

MEDITANDO EN EL CATECISMO

**Meditaciones sobre el Catecismo Menor del doctor Martín Lutero,
tomadas del libro *Crumbs* por Carl Manthey Zorn.**

Traducido por David Haeuser

1992

Misión del Sínodo Evangélico Luterano en el Perú

Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. S. Lucas 11:28

Así dice Cristo. Pero, ¿dónde tenemos la palabra de Dios? En la Sagrada Escritura, o la Biblia. ¿Qué es la Biblia? Es la palabra de Dios. Es una colección de libros escritos por los profetas de Dios en el Antiguo Testamento, y por los apóstoles y evangelistas en el Nuevo Testamento, por inspiración del Espíritu Santo. Así la Biblia es la palabra de Dios. “Toda la Escritura es inspirada por Dios,” dice el Apóstol Pablo acerca de los escritos del Antiguo Testamento. (2 Timoteo 3:16). “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo,” dice Pedro acerca de los mismos escritos. Al referirse a una palabra en particular, el Señor Jesús dice: “y la Escritura no puede ser quebrantada,” (Juan 10:35). Y el caso es exactamente igual con los escritos del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo dice: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu.” (1 Cor. 2:13). Así toda la Biblia es la palabra de Dios. No solamente afirma la Biblia esto de sí misma, sino que da prueba de ello por su gran santidad, cosa que no puede haber sido producido por los hombres, sino por Dios; y por el Espíritu Santo que da testimonio y obra a través de ella. “El Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.” (1 Juan 5:6). Y ¿con qué fin dio Dios su palabra en el Antiguo y Nuevo Testamentos? Para “hacerte sabio para la salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús.” (2 Tim. 3:15). Jesucristo es el núcleo, el centro y enfoque, no solamente del Nuevo Testamento, sino también del Antiguo. “Escudriñad las Escrituras,” dice Cristo, hablando del Antiguo Testamento; “y ellas son las que dan testimonio de mí.” (S. Juan 5:39). Verdaderamente, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. ¡Óyela, y guárdala, querido cristiano!

Oración: Todopoderoso y misericordioso Dios, te doy gracias porque me has dado a mí y a todo el mundo tu palabra, que me hace sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Dame tu Espíritu Santo, para que pueda oír y aprender tu palabra de buena gana, leerla, estudiarla diariamente, guardarla con un corazón honesto y sincero y así obtener la eterna salvación. Amén.

La letra mata, mas el Espíritu vivifica. 2 Corintios 3:6

En las Sagradas Escrituras hay dos doctrinas principales. Las dos son de Dios. Y sin embargo se difieren tanto como la vida y la muerte. Y a menos que percibas claramente las diferencias entre estas dos doctrinas, no sabrás cómo entenderlas ni qué creer. Estas dos doctrinas son la ley y el evangelio. En su ley Dios nos dice cómo debemos ser, y qué debemos y no debemos hacer. En su evangelio Dios nos dice que con amor nos quiere salvar por su gracia, por los méritos de Cristo. Cada palabra de la Biblia que nos dice cómo debemos ser nosotros, y lo que debemos y no debemos hacer, es ley. Cada palabra de la Biblia que nos dice que es la voluntad de Dios salvarnos por la gracia por los méritos de Cristo es evangelio. Toma tu Biblia, y trata de hacerte diestro en discernir cuáles palabras en ella son ley, y cuáles evangelio. La ley (“la letra”) mata, nos condena. ¿Cómo? ¿Por qué? Porque no la hemos guardado ni podemos guardarla, porque hemos cometido transgresiones contra ella, y lo seguimos haciendo. Somos pobres pecadores. El evangelio (“el espíritu”) sin embargo, da vida y salvación. ¿Cómo? ¿Por qué? Porque no exige nada de nosotros, sino solamente da libremente, de modo que solamente necesitamos tomarlo, confiar en él, y creer. Así dice la ley: “Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas.” (Deut. 27:26). El evangelio dice así: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” (S. Juan 3:16). La ley te demuestra tu pecado y ruina. El evangelio, más bien, te demuestra tu liberación, tu salvación. Aprende a conocer tu pecado y tu total ruina espiritual de la ley, pero aprende a conocer tu liberación, tu salvación, del evangelio. Huye de la ley que mata al evangelio vivificante. Luego la ley dejará de maldecirte, y tendrás la eterna salvación que el evangelio te da. Querido cristiano, permite que la ley sea tu ayo, para llevarte a Cristo, que te predica el evangelio.

Oración: Ilumíname, oh Dios, para que pueda entender rectamente tu palabra. Permite que de tu santa ley aprenda a conocer mi terrible ruina espiritual. Pero de tu santo evangelio, permite que aprenda a conocer tu gracia, que sobreabunda, la gracia que hay en Cristo Jesús, mi Señor y Salvador, que me salva de la ruina y me da la eterna salvación. Y, oh Dios de misericordia, permíteme permanecer en la verdadera fe en tu evangelio, el lugar seguro de refugio contra toda maldición. Amén.

Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti. Miqueas 6:8

Dios les ha dado su ley a todos. A todos se les aplican estas palabras: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti.” En la creación Dios escribió su ley en el corazón de los hombres. El hombre sabía por naturaleza lo que Dios quería que hiciera y no hiciera. A causa del pecado, este conocimiento se hizo borroso, pero no se ha borrado completamente. Porque estaba borroso, Dios después escribió su ley en diez mandamientos, escritos en dos tablas de piedra. La publicó por medio de Moisés y los profetas de Israel, y la interpretó y explicó por medio de Cristo y sus apóstoles. Pero el hecho de que el conocimiento natural de la ley no se haya perdido del todo es probado por los paganos. Ellos no tienen ni los Diez Mandamientos ni su explicación. Sin embargo, por naturaleza hacen varias obras de la ley, como se evidencia en sus enseñanzas morales y sus leyes. Ya que no tienen la ley que es revelada en la Escritura, son una ley para sí mismos. Así demuestran que tienen algo de la ley todavía en su corazón. ¿No tienen también los paganos una conciencia? ¿No les acusan o defienden sus pensamientos? (Rom. 2:14,15). Así todo el mundo conoce la ley de Dios. Nadie puede exculparse por ignorancia de la ley divina. Mucho menos puedes tú hacer esto. Él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti, no solamente por lo que está escrito en el corazón sino mucho más por los escritos de los profetas y apóstoles. ¡Huye a Cristo tu Salvador, oh pecador, para que se te quite tu culpa!

Oración: Sí. Señor, soy pecador, y no tengo excusa por mi pecado. Conozco tu ley, y la he violado. Peco diariamente. Huyo hacia ti, Señor Jesucristo. Lávame de mi pecado, y seré más blanco que la nieve. Perdóname mis pecados, porque tú los llevaste por mí y los pagaste en la cruz. Dame tu Espíritu benigno, para que de aquí en adelante pueda luchar contra el pecado y servirte según tu mandamiento. Amén.

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. S. Mateo 22:37,39

Este es el resumen, el contenido principal, el real y verdadero significado de todos los mandamientos. Cada mandamiento no es sino la aplicación a casos particulares del mandato de amar. Esto tiene que ser el corazón vivo de todos los mandamientos; cada mandamiento en particular es solamente una pulsada que debe y tiene que salir de este corazón. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Así dijo Cristo, así dice toda la Escritura. Y puedes ver que así es la cosa, querido cristiano. Hasta cierto punto todos los humanos pueden ver esto, especialmente al oírlo. Ya que Dios es el Altísimo, ya que es la Bondad misma, y digno de ser amado sobre todas las cosas, tienes que amarlo con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Si no haces esto, estás en el pecado, y haces lo malo. Y ya que Dios valoriza a tu prójimo tan altamente como a ti, tienes que amar a tu prójimo como a ti mismo. Si no haces esto, eres pecador, y haces lo malo. Dios no desea ningún cumplimiento externo, de mala gana, servil, y sin amor de sus mandamientos. Es el amor que tiene que impulsarte al cumplimiento de todos los mandamientos. Si tienes este amor, como Dios te lo exige, gustosa y propiamente cumplirás los mandamientos. Servirás a Dios a la perfección, no harás ningún daño a tu prójimo, sino sólo el bien. “Así que el cumplimiento de la ley es el amor.” (Rom. 13:10). Si no tienes este amor, te falta el corazón, estás muerto, pecaminoso completamente, y no puedes guardar ninguno de los mandamientos de Dios. ¿Tienes este amor, oh cristiano? Ya que eres un hijo regenerado de Dios, empiezas, es cierto, a amar a Dios y a tu prójimo. Pero, ay, ¡Cuánto le falta a tu amor todavía la verdadera calidad y fortaleza! ¡Qué pecaminoso eres, qué pecaminoso soy yo! ¡No es así? El amor propio crece como la maleza en nosotros. Y el amor a Dios y al prójimo no es más que una planta delicada, pobre y miserable en la sombra y entre la maleza de muchos pecados.

Oración: Oh Dios altísimo, fuente de bondad, digno de ser amado, cuyo amor hacia mí y los demás pecadores en la tierra no tiene límite ni medida, que no escatimaste a tu propio Hijo, sino que lo entregaste por todos nosotros para que en él pudiéramos vivir para siempre: sigue teniendo misericordia de mí, pobre pecador, y por los méritos de Cristo perdóname por amarte tan poco y guardar tan mal tus mandamientos. Y por medio de tu Espíritu Santo, oh Señor, enciende en mi corazón amor hacia ti y hacia mi prójimo, y concede que en la vida eterna esta pequeña llama se convierta en un fuego perfecto y santo. Amén.

No tendrás dioses ajenos delante de mí. Éxodo 20.3

Este es el primer mandamiento de Dios. Dios nos prohíbe tener a otros dioses aparte de él. Es cierto que no hay otros dioses aparte de él, pero si tememos, amamos o confiamos en alguna criatura en el cielo o en la tierra más que en Dios, entonces con un corazón entenebrecido y pecaminoso hacemos un dios, un ídolo de tal criatura y cometemos idolatría. ¡Qué pecaminoso es el mundo! Desde la caída en el pecado el mundo está, por un lado, metido en la más fragante idolatría, y adora las imágenes, invenciones de sus propios pensamientos impuros. Y Satanás sabe que es a él en realidad al que están adorando. Por otro lado, el mundo está hundido en la idolatría sutil, ya que se exalta por encima de Dios, sirve su propio vientre, y teme, ama y confía en la criatura. Tenemos que conocer rectamente a Dios, y temer y amarle a él, y confiar en él sobre todas las cosas. El temor de Dios debe guardarnos alejados de toda cosa mala que sea opuesta a Dios. El amor a Dios debe llenarnos de celo por cumplir todo lo bueno que él desea que hagamos. La confianza que debemos tener en Dios debe hacernos valientes, y debemos correr gozosamente a los brazos extendidos de Dios. Desafortunadamente, mientras que es cierto que en nosotros que hemos conocido a Cristo y a Dios en Cristo tal vida nueva está brotando, plantada y nutrida por Dios, aun así, ¡qué pecaminosos nos quedamos! ¡Qué débil es nuestro temor a Dios, nuestro amor a Dios, nuestra confianza en Dios! ¡Qué fuertemente crece todavía la odiosa idolatría en nuestro cuerpo mortal! “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo, Señor nuestro.” (Rom. 7:24,25). En Cristo tenemos el perdón de los pecados, y la justicia de Dios pone en nuestra cuenta por amor a Jesús, la justicia con que podemos presentarnos delante de Dios. También nos da su Espíritu Santo, y nos renueva. Así que, aunque el pecado se adhiere fuertemente a nosotros todavía, sin embargo con el espíritu libertado servimos a Dios, lo tememos, lo amamos, y confiamos en él.

Oración: Dios mío, yo soy un pecador pobre y miserable. No tengo el temor, amor y confianza en ti que debo tener. Perdóname mis pecados, y pon en mi cuenta la justicia de mi Salvador. Esto seguramente lo haces. Tu palabra me asegura de ello. Y me has dado tu Espíritu Santo, quien inicia en mí una vida nueva y recta. Permite que él se quede conmigo, oh Dios. Y en el día de la resurrección, despiértame del sueño de la muerte para ser como tú, en perfecta santidad, por los méritos de Jesús. Amén.

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano. Éxodo 20:7

Este es el segundo mandamiento de Dios. Él nos prohíbe tomar en vano su nombre. El nombre de Dios es todo aquello que él revela sobre sí mismo, especialmente en su palabra preciosa. Si tomamos en vano este nombre divino, si lo profanamos, cometemos un grave pecado, y profanamos a la divina Majestad misma. No debemos usar los varios nombres de Dios en exclamaciones frívolas. Es impudencia y blasfemia vergonzosa hacerlo. No debemos maldecir en el nombre de Dios, eso es, ni blasfemar, ni invocar sobre nosotros mismos ni sobre otros la ira y el castigo de Dios. No debemos jurar por el nombre de Dios, ni hacer juramentos no necesarios, frívolos, pecaminosos, o hasta falsos. No debemos usar hechicerías ni conjuros, buscar que nos digan la buenaventura, ni decirla nosotros mismos, tampoco consultar a los muertos ni practicar semejantes artes satánicas por el nombre de Dios. No debemos mentir ni engañar en el nombre de Dios, adornar ni encubrir la doctrina falsa o una vida impía utilizando la palabra y el nombre de Dios. No, ya que Dios tan misericordiosamente se nos ha revelado dándonos a conocer su nombre y dándonos su palabra, debemos adherirnos a él, haciendo el uso debido de su nombre y de su palabra porque esto es su voluntad para nosotros. En fe y amor sencillo debemos invocarlo en toda necesidad de cuerpo y alma, y confiadamente debemos creer que seguramente nos escuchará, que se manifestará bondadoso y benigno, y derramará sobre nosotros sus bendiciones. En todo tiempo debemos orarle a él, alabarlo y darle las gracias. ¡Qué pecaminosos somos! ¡Con cuánta misericordia Dios se ofrece a nosotros por medio de su nombre y palabra! Pero, ¡qué pobre uso hacemos de ellos, y con cuán poca gana aceptamos lo que él tan misericordiosamente nos ofrece!

Oración: Oh gran Dios, Tú tan misericordiosamente te revelas a mí tu nombre y tu palabra. Y quieres que allí te busque y te encuentre, que de corazón me deleite en ti, y que te honre, te alabe, y te magnifique. ¡Qué pecaminoso y débil de fe, tardío y frío soy! Perdóname este pecado por los méritos de Jesús. Concédeme, te ruego, tu Espíritu Santo para que pueda dirigir cuerpo, alma y mente, en tu nombre y palabra, para que tenga toda mi existencia en ti. Amén.

Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Éxodo 20:8

Este es el tercer mandamiento de Dios, así como fue escrito en la tabla de piedra. El día de reposo fue el séptimo día, el sábado. Dios mandó a su pueblo, los hijos de Israel, a santificar este día en particular. Pero este mandato fue explícitamente abrogado en el Nuevo Testamento. El Espíritu Santo dice a través del apóstol: “Por tanto nadie os juzgue... en cuanto a días de fiesta... o días de reposo” (Col. 2:16). El apóstol luego enseña que Cristo nos ha traído el verdadero día de descanso; por la gracia de Dios ahora podemos descansar del pecado. El día de reposo del Antiguo Testamento fue solamente un tipo y sombra de esto. Ya que el cuerpo ha venido en Cristo, la sombra se elimina. El día específico de reposo ya no existe. Tampoco se ha establecido ningún otro día sagrado para reemplazarlo, ni el mismo domingo. Toda la vida del cristiano debe ser su día de reposo. Dios manda: “la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (Col. 3:16). En la congregación cristiana la palabra de Cristo debe ser enseñada y predicada públicamente. Esto es sumamente necesario y saludable. Con este fin un día y una hora tienen que ser escogidos para que la congregación cristiana pueda reunirse para el culto público. Desde los tiempos más antiguos la Iglesia ha escogido el domingo para este propósito. Todavía observamos esta costumbre. El que no quiere tomar el tiempo para escuchar la palabra de Cristo la desprecia. Y no debemos despreciar la palabra de Cristo, sino más bien debemos considerarla santa, y oírla y aprenderla de buena gana. ¡Qué misericordioso es Dios, que ha permitido que se nos predique su palabra salvadora! Debemos darle las gracias de corazón por esto, y hacer todo lo que podamos por retener esta bondad espiritual, asistir con regularidad al culto divino, y escuchar con ánimo la palabra que se nos predica. Pero, ¿No conoces la falta de inclinación de tu corazón para oír la palabra de Dios, aunque seas cristiano?

Oración: Señor Dios, Padre celestial, te ruego que me dirijas y gobiernes por tu Espíritu Santo para que con todo mi corazón pueda oír y recibir tu palabra, y verdaderamente santificar el día de reposo, de modo que por tu palabra, yo también sea santificado, ponga toda mi confianza y esperanza en Jesucristo tu Hijo, y luego corrija también mi vida en conformidad con tu palabra, guardándome contra toda ofensa, hasta que por la gracia de Cristo obtenga la vida eterna. Amén.

Honra a tu padre y a tu madre. Éxodo 20:12

Este es el cuarto mandamiento de Dios. Padre y madre significan en primer lugar nuestros propios padres, pero luego también todos los que, según la ordenanza de Dios, son nuestros superiores en el hogar, el estado, la escuela y la iglesia. No debemos pasar por alto este orden divino. No debemos despreciar a nuestros padres y superiores, ni provocarlos a ira, sino honrarlos, servirlos, y obedecerlos, amándolos y estimándolos en gran manera. Ciertamente, “es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Si nuestros padres y superiores nos exigen algo contrario a la palabra de Dios, no podemos obedecerles. Pero en todo lo demás debemos darles la honra con que Dios les ha investido, y hacerlo de buena gana, por amor a Dios. Los niños tienen que obedecer a sus padres en todo. (Col. 3:20). Los hijos adultos deben mostrar a sus padres amor y bondad. A los demás superiores debemos darles aquella honra que les pertenece a causa de su oficio. Este mandamiento es “el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Ef. 6:2,3). Puedes juzgar lo que esto significa por las amenazas contra los que despiadadamente violan este mandamiento. Si los hijos rotundamente se niegan a obedecer a sus padres, los empleados a sus empleadores, los ciudadanos a su gobierno, los alumnos a sus maestros, los miembros de la iglesia a los predicadores de la palabra de Dios, – imagínate lo que significa esto – ¿podría haber alguna prosperidad, sería tolerable la vida? Pero si se respeta y observa el cuarto mandamiento, las cosas irán bien. ¡Ay! Aquí se podría hablar de muchos pecados. Examina tu propia conducta.

Oración: Dios mío, sé que desde la niñez soy malo y lleno de pecado. Lávame de todo mi pecado por la sangre que tu amado Hijo ha derramado por mí, y concédeme tu buen Espíritu, para que me enseñe – mientras more aquí en la tierra – a vivir conforme a tu santa voluntad de acuerdo a mi estado y vocación en la vida. Amén.

No matarás. Éxodo 20:13

Éste es el quinto mandamiento de Dios. Pero cometen un gran error los que piensan que han guardado este mandamiento al no haber matado a nadie, ni hecho otra herida ni daño al prójimo en su cuerpo. El enojo que procede del odio, el crujir de los dientes, el lenguaje abusivo es asesinato a los ojos de Dios. (S. Mat. 5:21,22). “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Juan 3:15). Las autoridades civiles, según la ordenanza de Dios, deben castigar a los asesinos y malhechores. (Gen. 9:6; Rom. 13:4). Pero nosotros no debemos guardar pensamientos de venganza contra los que nos han hecho mal. Tenemos que dejar la ira y la venganza al Dios santo. El Espíritu Santo nos dice por la boca del Apóstol: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Rom. 12:19-21). ¿En dónde estamos más dispuestos a violar el mandato supremo del amor hacia nuestro prójimo? Cuando se trata de nuestros enemigos y los que nos han hecho daño. Así es allí mismo donde debemos ser más cuidadosos en observar sus preceptos. Somos miserables pecadores. Precisamente porque el malvado amor propio mora en nosotros, la ramita todavía débil de amor al prójimo que vence todo, que ha sido implantado en nosotros los cristianos, tiene tan miserable existencia. “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios” (S. Mat. 15:19). Y ¡con cuánta frecuencia los pensamientos terminan en algo peor! Si deseamos permanecer como hijos de Dios, hemos de vivir en arrepentimiento diario y orar por su Espíritu Santo, el Espíritu de amor.

Oración: Señor Dios, querido Padre celestial, ¿No soy tu hijo querido? Pero soy un hijo muy débil y miserable, fácilmente llevado por los caminos errados y seducido por la maldad. Ten paciencia conmigo por los méritos de Jesús. Perdóname mi pecado. Te pido que por medio de tu Espíritu Santo refrenes y cambies la maldad en mí, hasta que al fin me libres de este cuerpo de muerte y me renueves a la bendita perfección. Amén.

No cometerás adulterio. Éxodo 20:14

Este es el sexto mandamiento de Dios. El matrimonio es instituido por Dios. Por eso no debemos profanarlo ni cometer adulterio. Ni por fornicación, ni por abandono voluntario, ni por un divorcio obtenido en las cortes civiles debemos disolver los lazos del santo matrimonio. Solamente cuando una de las personas ha cortado los lazos matrimoniales está libre la otra persona. Dice Cristo: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. “Cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de la fornicación, y se casa con otra, adultera” (S. Mateo 19:6,9). Pero no solamente el adulterio abierto aquí mencionado es adulterio a los ojos de Dios. Cristo dice: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (S. Mateo 5:28). Cada uno debe amar y honrar a su cónyuge. Cada uno debe serle fiel a su cónyuge en corazón, mente, inclinación, palabra y acción. Y todos, inclusive, por supuesto, los solteros, deben ser castos y decentes en palabra y obra. “Pero fornicación, y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias”, dice el Espíritu Santo. (Efesios 5:3,4). Debemos tomar muy en serio este mandamiento. Por esta razón debemos evitar toda oportunidad en que nuestro corazón, tan impuro por naturaleza, se inflame con malos deseos. Más bien debemos apagar los malos deseos con la palabra de Dios y la oración, trabajando con industria y ejerciendo la debida templanza en comer y beber. ¡Qué inmundo está nuestro corazón! “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones” (S. Mat. 15:19). Solamente en la justicia de Cristo, imputada a nosotros, podemos estar en pie delante de Dios; sólo el Espíritu Santo puede guardarnos de sofocar nuestra fe con la impureza.

Oración: Me da pesar, oh Señor y Salvador mío, por ser tan impuro. Cubre mi impureza con tu pureza delante del Padre, quien por el mérito de Cristo es también mi Padre. Y misericordiosamente concédeme tu Espíritu Santo, para que por medio de su ayuda y poder pueda controlar los deseos malos que están en mí, hasta que la luz de tu faz disipe completamente todas las tinieblas en mí. Amén.

No hurtarás. Éxodo 20:15

Este es el séptimo mandamiento de Dios. Pero no solamente los rateros y ladrones pecan contra este mandamiento. Todo el que defrauda a su prójimo en el negocio, o con astucia le quita negocio o ganancias, o se aprovecha de la ignorancia o apuro del prójimo para quitarle su dinero o bienes, o pide prestado y no lo devuelve, o está involucrado en negocios secretos con los ladrones, y así busca aprovecharse de la deshonestidad de otros, o que se enriquece por la usura, exprimiendo del prójimo su sudor y sangre, o se rehúsa a trabajar, dependiendo de otros para que lo mantengan, tal persona está hurtando. El mundo está lleno de ladrones. Las leyes civiles no pueden prevenir todo robo. Y los hombres se rehúsan a ser impedidos por la ley de Dios. El negocio y el comercio están muy corruptos. Nosotros debemos ser honestos delante de Dios. Él nos juzgará algún día. Él lleva cuentas de cada obra de los humanos. Debemos temerlo y amarlo, de tal modo que no le quitamos el dinero o bienes a nuestro prójimo, ni nos apropiemos de ellos con malas mercancías o ilícitos negocios; al contrario, debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y en palabra y obra ayudarlo a conservar y mejorar sus bienes y medios de vida. Debemos tratar de evitarle el daño con palabra y obra. Debemos prestarle, si haciéndolo podemos ayudarlo, sin buscar ventaja para nosotros. Debemos tener piedad de los pobres. ¡Ay de nosotros! Estamos condenados por este séptimo mandamiento. Nuestra mano ha tomado lo que no debe tomar; y no ha dado donde debe dar. ¡Y nuestro corazón! ¡Qué lleno de hurtos, que vacío de misericordia!

Oración: Oh Dios mío, concédeme tu Espíritu Santo, para que pueda aprender a conocer mi pecado, a buscar perdón dependiendo de tu gracia en Cristo, y luego enmendar mis caminos. Concédeme guardarme sin mancha del mundo y sus caminos pecaminosos, amar a mi prójimo y tratar fiel y honestamente con él y según los preceptos del amor, llevar a cabo con diligencia mi vocación, y esperar solamente de ti la bendición; porque tú bendices a los que caminan por tus sendas. Escúchame en el nombre de Cristo. Amén.

No hablarás falso testimonio contra tu prójimo Éxodo 20:16

Este es el octavo mandamiento de Dios. Dios nos prohíbe hablar testimonio contra nuestro prójimo con corazón falso, o sea, dar testimonio contra él para hacerle daño. “Ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo” (Zac. 8:17). Los chismosos más obvios son los que cuentan mentiras maliciosas acerca de su prójimo. Pero también es chismoso el que se rehúsa a contarle al prójimo la verdad que le podría ayudar. Los chismosos son los que revelan el pecado y la vergüenza secreta de su prójimo en su ausencia. ¿Por qué no decírselo cara a cara si sabes algo malo de él, y hacerlo con un corazón fiel y amante? “Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos”, dice Cristo. (S. Mat. 18:15). Aquéllos son chismosos que dañan o destruyen la buena reputación de su prójimo. Una mala palabra hablada contra el prójimo, ¡con qué rapidez se extiende! Dios habla en serio al prohibir esto, y nos amonesta a hablar lo que sea provechoso para el prójimo. Debemos defenderlo contra las acusaciones falsas. “Abre tu boca, juzga con justicia, y defiende la causa del pobre y del menesteroso” (Prov. 31:9). Debemos hablar bien del prójimo hasta tal punto que lo podamos hacer conforme a la verdad. Con amor debemos encubrir las faltas y fallas de nuestro prójimo, enfatizando sus buenas cualidades y quedándonos en silencio acerca de sus faltas y defectos. Recuerda que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos. ¡Qué miserables pecadores somos! Difícilmente hay otro mandamiento que nos muestre tan claramente nuestro pecado.

Oración: Cada uno de tus mandamientos, oh Dios, me acusa seriamente. ¡Con qué frecuencia he pecado contra mi hermano de boca y corazón, por lo que he hablado, como también al guardar silencio. Me humillo en el polvo ante ti, oh Dios santo. Ten misericordia de mí por los méritos de Cristo. Misericordiosamente permite que tu palabra y tu Espíritu Santo efectúen un cambio en mí, para que mi corazón y lengua se inclinen al verdadero amor por mi prójimo. Amén.

No codiciarás la casa de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo. Éxodo 20:17

Estos son los noveno y décimo mandamientos de Dios. Estos dos mandamientos son similares en cuanto a su significado. Sin embargo son dos mandamientos distintos, como se indica en el texto hebreo. Dios quisiera impresionarnos con el hecho de que él considera no solamente la obra externa, sino también el deseo del corazón. “No codiciarás” (Rom. 13:9). Esto es lo que Dios quiere que entendamos. Y es tan difícil para nosotros comprenderlo. Nos rehusamos a considerar el deseo malo como pecado. Pensamos que con dejar de cometer la acción externa, todo está bien. Pero Dios no quiere el corazón impuro. “Santos seréis”, dice él. (Lev. 19:2). No debemos desear nada de lo que sea de nuestro prójimo, ni codiciarlo, ni ansiarlo ni anhelar obtenerlo como posesión nuestra, aunque sea con apariencia de justicia. Hacerlo es contra la ley divina del amor. Así como Dios manda el amor, también prohíbe todo mal deseo. Los dos moran en el corazón. Dios quiere que el corazón sea santo. Más bien que codiciar lo que sea de nuestro prójimo, debemos desear de corazón que pueda retener lo suyo, y ayudarlo a hacerlo. “No mirando cada uno por lo suyo propio sino cada cual también por lo de los otros”, con bondad y consideración (Fil. 2:4). “Raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim. 6: 10). “La envidia es carcoma de los huesos” (Prov. 14-30). La avaricia y la envidia son abominables al Señor, raíces del pecado, y semillas viciosas y prolíficas del mal. Lee Santiago 1:14,15. ¿Quién puede defenderse ante estos mandamientos?

Oración: Dios mío, estoy lleno de codicia maligna y estoy sumamente impuro. Las raíces malignas del pecado brotan en mi corazón, los malos deseos son como carcoma en mis huesos. Sé benigno conmigo, oh Dios, ten misericordia de mí por los méritos de Jesús. Esconde tu rostro de mis pecados; acréditame la justicia de tu amado Hijo. Dame el poder divino de tu Espíritu Santo; crea y sostén en mí un espíritu nuevo, para que pueda servirte con la mente renovada según tu mandamiento. Amén.

Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares a los que me aman y guardan mis mandamientos. Éxodo 20:5,6

Con estas palabras Dios amenaza con castigar a todos los que quebrantan sus mandamientos. Como prueba de que habla en serio y de su celo santo señala sus acciones escritas en la historia bíblica, que nos cuenta que él ha castigado la maldad de los padres aun sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación cuando los hijos lo han odiado así como sus padres. Pero promete misericordia a todos los que guardan sus mandamientos. Y aquí, también, la historia bíblica demuestra que él ha hecho bien a millares de israelitas piadosos. Debido a su amenaza, debemos temer su ira, y no actuar contrariamente a sus mandamientos. Y debido a su promesa, debemos amar y confiar en él, y hacer de buena voluntad lo que está de acuerdo con sus mandamientos. Pero dime, cristiano, ¿tienen las amenazas de Dios el poder para guardarnos del pecado, para que no quebrantemos los mandamientos de Dios? ¡De ningún modo! El pecado ha tomado posesión de nosotros demasiado firme y completamente. Impulsados y atraídos por el Espíritu Santo a través del evangelio, tenemos que huir a Cristo, y diariamente apropiarnos de la gracia de Dios para el perdón de los pecados. Luego, movidos por el Espíritu Santo por la fe, tenemos que temer y amar a Dios, para evitar el pecado y hacer conforme a sus mandamientos. Entonces, Dios nos mira en Cristo con ojos de misericordia como a sus amados hijos, escondiendo su cara de los muchos pecados que todavía se adhieren a nosotros, y viendo solamente nuestro guardar sus mandamientos, aunque es tan imperfecto, y mostrándonos misericordia. Y esto es solamente gracia, pura gracia.

Oración: Mi Señor y Salvador, aquí estoy, un pobre pecador, que no he merecido nada sino tu ira y castigo. Pero concédeme aquella gracia que has procurado para mí y me has prometido. Perdóname mis pecados. Permite que yo sea un hijo de Dios. Enséñame por tu Espíritu Santo a andar, aunque sea débilmente, en las sendas de los mandamientos de Dios. Y según tu benigna misericordia, acepta esa obediencia, bendíceme, y hazme bien, oh Jesús. Amén.

La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro. Romanos 6:23

El castigo verdadero y adecuado con que Dios amenaza a los que odian y quebrantan sus mandamientos es la muerte. “La paga del pecado es muerte”. “El día que de él comieres, ciertamente morirás”, dijo Dios a Adán en el paraíso, al prohibir que comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal. (Gen. 2:17). ¿Qué es la muerte? Pongamos otra palabra de Dios para mostrarnos lo que realmente es la muerte. “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Deut. 27:26; Gál. 3:10). La maldición de Dios y la muerte van unidas. Así la muerte es la ira y desagrado de Dios, la muerte temporal, y la eterna condenación. La maldición de Dios, su ira y desagrado, están sobre los que quebrantan sus mandamientos, y por medio de la muerte temporal los pecadores entran en la muerte eterna, la eterna condenación. Es una cosa horrible odiar a aquel Dios que es Santidad y Justicia misma, y quebrantar sus mandamientos. Ninguna criatura puede hacer esto y escapar sin ser castigado. – Pero hay una liberación grande y llena de misericordia. “La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”. En Jesucristo, nuestro Salvador y Propiciación, hay gracia para nosotros los pecadores, hay bendición y vida eterna. En Cristo Jesús nos envuelve el amor de Dios en el tiempo y la eternidad, y quita la muerte. Dios nos da la vida eterna en Cristo, libre y gratuitamente, solamente por la gracia. Y nos ofrece este don por medio de su palabra y su Espíritu. Y nosotros, los cristianos, que creemos en Jesucristo y aceptamos este don de Dios, tenemos la vida eterna.

Oración: Dios santo y justo, Padre de misericordia, por mi pecado y transgresión de tus mandamientos he merecido la muerte. Tú lo dices, Dios que siempre dices la verdad, y yo lo sé. Sin embargo, oh Dios, también me dices que me das la vida eterna por medio de Cristo Jesús, mi Señor. Y es solamente la gracia la que te motivó a atraerme a mi Salvador, y así hacerme un heredero de la vida eterna. Ahora cumple en mí tu obra de gracia, oh Dios de misericordia, y ayúdame a permanecer con mi Salvador en la verdadera fe y así obtener la vida eterna. Amén.

Por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Romanos 3:20

Dios sabe, por supuesto, que no podemos guardar su ley como él quisiera que lo hiciéramos. Pero también nosotros debemos saberlo. A causa del conocimiento débil de la ley que el hombre todavía tiene por naturaleza, el hombre naturalmente también sabe algo de su transgresión de la ley, y por tanto de su pecado. Pero Dios quiere profundizar este conocimiento, hacerlo más hondo. Tenemos que conocer nuestra depravación total. Tal conocimiento es obrado por su ley, la ley revelada en la Biblia. Allí vemos como en un espejo lo pecaminosos que somos; porque vemos la santidad que debe ser nuestra. La ley nos revela los rincones más recónditos de nuestros corazones, y exhibe el deseo maligno, que odia a Dios, que como ratas hace un nido allí. Este deseo malo es el pecado básico del cual nacen todos los demás pecados. De este hecho no tenemos ningún conocimiento aparte de la ley. Así, sin la ley no conocemos toda la fuerza y lo terrible de nuestro pecado, lo enorme y profundo de él. Es a esto que se refiere San Pablo al escribir: “Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás” (Rom. 7:7). Por la ley es el conocimiento del pecado. ¿Por qué quiere Dios que así aprendamos a conocer nuestro pecado por medio de la ley? Para que pudiéramos adherirnos tanto más firmemente a Jesús en la verdadera fe y a la justicia que él ha comprado para nosotros y nos ha dado. Es cierto que la ley y el conocimiento del pecado que obtenemos por medio de ella no obran la fe, ¡ni pensarlo! Solamente, el evangelio y el conocimiento de la gracia de Dios en Cristo hacen esto. Pero el evangelio utiliza la ley para mostrarnos lo absolutamente perdidos que estamos sin Cristo, y nos impulsa tanto más a refugiarnos en los brazos amorosos de nuestro Salvador.

Oración: Oh mi Dios, yo, tu hijo, te doy las gracias porque por tu ley me has revelado mi depravación total, y por tu evangelio me revelas tu gracia, que sana todas nuestras heridas. Oh Señor, dame tu Espíritu Santo, para que, entre más profundamente conozca mi pecado, más firmemente me aferre de tu gracia que es en Cristo Jesús, mi Señor. Amén.

Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien. Josué 1:8

Los cristianos regenerados, los hijos de Dios, en quienes mora el Espíritu Santo, desean, sí, ansían llevar una vida que agrada a Dios. Desean hacer las buenas obras que son aceptables a Dios. Pero en esto no deben guiarse por su propia opinión supuestamente piadosa, mucho menos por los mandatos de los hombres, sino por la ley de Dios. La ley de Dios ha de ser la regla que guía cada acción de ellos. La ley de Dios nunca debe apartarse de su boca, sino que deben meditar en ella día y noche, y deben buscar seguir todos sus preceptos. Entonces podrán estar seguros de que están haciendo el bien, y siempre actuarán sabiamente. Entonces, aunque Dios sabe que el hombre no puede cumplir su ley, sin embargo ha hecho de su ley una regla para nosotros, sus hijos, que debemos seguir, y que nos dice con cuáles y con qué clase de obras debemos servirlo. Es una acción presumida si nosotros mismos escogemos las obras con las cuales queremos servir a Dios. Dios nos ha dicho en su ley cómo debemos ser, y qué tenemos que hacer y no hacer, y hemos de seguir solamente a estos preceptos. Verdaderamente, esto nos dará bastante que hacer para toda la vida. Entre más seriamente tratemos de guardar los mandamientos de Dios, más nos daremos cuenta de lo que aún nos falta, de lo mal de nuestra habilidad para guardarlos.

Oración: Oh Señor, dame tu Espíritu Santo, para que pueda correr en el camino de tus mandamientos. y acompáñame en este camino, oh Dios de misericordia, y a diario perdóname todos mis pecados por los méritos de Jesús. Consuélame y fortaléceme por tu Espíritu de gracia, para que siempre pueda levantar las manos que se aflojan y las rodillas que se debilitan. Endereza los caminos para mis pies, para que corran en los caminos de tus mandamientos. Amén.

El pecado es infracción de la ley. I Juan 3:4

¿Qué es el pecado, propiamente dicho? “El pecado es infracción de la ley”, dice nuestro texto. La ley divina nos dice qué es lo recto. El pecado es toda infracción de la ley divina, cada desviación de sus reglas y preceptos, cada fracaso en hacer todo lo que exige de nosotros, cada cosa hecha contraria a o en oposición a ella. Considera bien esto, oh cristiano; el pecado es cada desviación de la regla de la ley divina. Ya que Dios, el Dios santo, nos ha dicho en su ley cómo debemos ser, qué debemos hacer y no hacer, cada infracción de la ley tiene que ser maldad, error, pecado. Los hombres a menudo hablan de pecados graves y leves, y tienden a no tomar tan en serio los últimos. Eso es un error. Cada cosa, sin excepción, que está en contra de la ley de Dios es maldad, pecado, e impiedad. Pero si alguien dice que algo es pecado que no está prohibido en la ley de Dios, no lo escuches. Solamente es pecado aquello que está en contra de la ley de Dios, y ninguna cosa más. Nadie tiene el derecho de atar nuestra conciencia con leyes hechas por los hombres. Pero encontrarás bastante pecado, muchas desviaciones de la regla de la ley divina, si solamente te examinas. Lucha valientemente contra ellos en el poder del Espíritu Santo.

Oración: Señor Jesucristo, sé que no puedo defenderme ante tu ley divina. No soy como debo ser; no hago lo que debo, no dejo de hacer lo que tú has prohibido en tu ley. Líbrame y quita de mí, te ruego, la carga de mi pecado, y declara a tu Padre que tú has hecho propiciación por mí. Pero también dame santa valentía y dótame del poder de tu Espíritu, para que pueda seria y exitosamente resistir el pecado y servirte de acuerdo con tu ley. Amén.

El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. 1 Juan 3:8

¿Cómo entró el pecado en el mundo? Esta es una pregunta que la razón humana no puede contestar. Nuestro catecismo tiene la razón en contestar en base a la palabra de Dios: “Por medio del diablo, quien primero se apartó de Dios, y por medio del hombre, quien de su libre albedrío permitió que Satanás lo descarriara en el pecado”. Así el primer origen del pecado está en el diablo. “El diablo peca desde el principio”, es decir, fue el primero en pecar; con él se originó el pecado. ¿Cómo sucedió que gran número de los ángeles a quienes Dios había creado buenos cayeron en pecado? No lo sabemos, ni lo podemos comprender. Dios no nos lo ha revelado en las Escrituras. Solamente dice que esto sucedió, y que Satanás, el príncipe de los ángeles caídos, ha seducido al primer hombre, y el primer hombre, de su libre albedrío, se dejó seducir. Así sucedió también que “el pecado entró en el mundo por un hombre”, en el mundo donde mora el hombre. (Rom. 5:12). Pero, como hemos dicho anteriormente, el diablo es el que ha originado el pecado. Y el que comete pecado es del diablo; no es de Dios, es del diablo, engendrado por el diablo, es hijo del diablo, es como el diablo. Esta es una afirmación dura. Pero es cierta, completamente cierta. Así dice San Juan, “el apóstol del amor”, inspirado por el Espíritu Santo. Nuestro querido y amoroso Salvador dijo lo mismo a los judíos incrédulos: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo.” (S. Juan 8:44). Desde la caída de Adán todos los hombres, por naturaleza, son del diablo. No hay diferencia. Es algo terrible. Pero gracias a Dios, “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8). Tú sabes esto. Por medio de la fe en el Hijo de Dios, tú, un pobre pecador, eres un hijo de Dios, su hijo amado, a quien Dios perdona todos los pecados, y a quien Dios purifica constantemente por su Espíritu Santo, y al fin, en la vida eterna, te hará como él, perfectamente santo, sin pecado.

Oración: Mi Señor y Salvador Jesucristo, Hijo de Dios, fuerte y misericordioso Auxilio y Salvador, te doy gracias porque tú me has hecho a mí, un hijo del diablo, un hijo de Dios, y de la más dura servidumbre me exaltaste a la más bendita libertad, de la más profunda degradación hasta el sumo honor. Ayúdame, para que por la fe pueda retener esta gracia y don precioso de ti, y así obtener la salvación eterna. Amén.

Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. S. Juan 3:6

Por la “carne” se entiende la depravación pecaminosa de la naturaleza humana. Y es cierto que la naturaleza humana es completa y totalmente depravada, privada de la justicia que tenía cuando Dios primero la creó, e inclinada a toda maldad. “En mi carne no mora el bien”, dice el apóstol Pablo. (Rom. 7:18). “El intento del corazón del hombre es malo desde su juventud”, dice Dios mismo. (Gen. 8:21). Así la naturaleza humana es sujeta a la ira de Dios y a la condenación. “Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”, dice San Pablo. (Ef. 2:3). Tal depravación total de toda la naturaleza humana no se adquiere por la educación o costumbre, ni nos es implantada en alguna otra forma, sino que es heredada. La hemos heredado de Adán por virtud de nuestra concepción y nacimiento de progenitores pecaminosos. “Lo que es nacido de la carne, carne es”, dice Cristo nuestro Señor. Y David escribe por inspiración del Espíritu Santo, “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5). Así el pecado está lo más profunda y firmemente ligado con nuestra naturaleza humana. Por naturaleza somos carne. Ningún poder humano puede cambiar esto. Ningún poder humano nos puede dar entrada al reino de Dios. Esto se llama el pecado original pero, “lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”, dice Cristo. Dios lo puede cambiar. Dios puede darnos entrada al reino de Dios. Lo hace por medio de su Espíritu Santo, quien opera en nosotros a través de su palabra, por la palabra de Cristo. Crea algo nuevo en nosotros. Implanta en nosotros la fe en Cristo, y así nos hace entrar en el reino de Dios. Y crea y obra en nosotros una vida nueva. Nos regenera, nos hace “espíritu”, espirituales. Como consecuencia de esto hay una guerra constante en esta vida entra la carne y el espíritu. Pero el espíritu es más potente que la carne. En el cielo seremos puramente espirituales.

Oración: Te doy gracias, Dios mío, porque me has regenerado a mí, quien por naturaleza soy carne, por medio de tu palabra y Espíritu Santo, y me has hecho espíritu, de modo que ahora creo en mi Salvador y encuentro en él verdadero consuelo, y también lo sirvo con las nuevas fuerzas que me has dado, y confiadamente espero obtener la vida eterna. Me has hecho entrar en tu reino, oh Dios de misericordia. Guárdame en él, aquí en el tiempo y después en la eternidad. Amén.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Génesis 1:1.

Cualquier niño cristiano conoce estas primeras palabras de la Biblia. Y la verdad que contienen, o sea, que hay un Dios grande, omnipotente y eterno, que ha creado el cielo y la tierra y todo lo que está en ellos, es un conocimiento que todo ser humano tiene por naturaleza. De todos, repito, de todos los hombres dice San Pablo: “Lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1: 19-20). Y sin embargo los necios y burladores, voluntariamente endureciendo sus corazones, niegan la existencia de este todopoderoso Hacedor del cielo y de la tierra, y hablan de una materia que por sí sola, por revoluciones eternas, se desarrolló y formó lo que ahora existe. “Crear” quiere decir hacer de la nada, por la sola palabra. No tienen excusa para su necedad impía. Esto es lo que hizo Dios al principio. (Hebreos 11:3). ¡Qué grande y sin límite es Dios! Confesamos, junto con todos los cristianos de todos los tiempos: “Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”. Sí, y creemos y debemos creer, que por medio de Jesucristo este todopoderoso Dios y Creador es nuestro Padre, y que nosotros somos sus queridos hijos. ¡A qué alturas nos exalta la fe! ¡Y qué pequeña hacemos nuestra fe por nuestra propia culpa! Si el Dios Todopoderoso es nuestro Padre y nosotros sus queridos hijos, ¿No debemos alegrarnos y cantar, siempre estar llenos de buen ánimo, gozosos, impávidos, y gloriarnos valientemente en él, aunque el mundo y hasta Satanás nos ataquen? ¿Y no debemos luego adornarnos con santidad y justicia que agradan a nuestro Dios y Padre y son convenientes para nosotros, sus hijos? Pero, ¡Cuán débil es nuestra fe!

Oración: Oh Señor Dios, cuya grandeza y poder son incomprensibles, quien por tu palabra creaste los cielos y la tierra de la nada, qué grano tan pequeño de polvo soy delante de ti, y además arruinado por el pecado y la muerte. Y sin embargo quieres aceptarme como tu querido hijo por medio de Jesucristo. Oh Señor, dame tu Espíritu, para que él me levante y me lleve a ti. Amén.

A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. Salmo 91:11

No debemos maravillarnos porque Dios haya creado aparte del hombre también a otros seres racionales y personales que no moran en la tierra. La Biblia nos dice que Dios ha creado a los ángeles. Son “espíritus” (Hebreos 1:14). Aunque todos conocemos la palabra “espíritus”, no entendemos su significado. Dios creó al principio a un sinnúmero de estos espíritus, todos a la vez. Cantaron y se regocijaron cuando puso los fundamentos de la tierra. Dios los llama sus hijos. (Job 38:7). Son santos. (S. Mat. 25:31). Mañana oiremos que, aunque fueron creados santos, no todos quedaron así. Hoy oiremos solamente de los ángeles buenos. Ahora son confirmados en su bienaventuranza, y siempre ven el rostro de Dios en el cielo. (S. Mateo 18:10). Exceden en fortaleza, alaban a Dios, y como ministros suyos, hacen lo que sea de su agrado y conforme a sus mandatos. (Salmo 103:20-21). Y, Dios mandó a sus ángeles acerca de nosotros, para guardarnos en todos nuestros caminos. “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34:7). ¡Qué historias tan grandiosas y hermosas nos cuenta la Sagrada Escritura acerca de los ángeles que tomaron forma visible e hicieron los mandatos de Dios en la tierra, sirviendo a los hombres y guardándolos! Lee 2 Reyes 6:8-17. El último servicio que nos rinden en la tierra es llevar nuestra alma hasta el cielo. (S. Lucas 16:22). Pero en el día final tratarán mucho con los hombres. Luego cantaremos en bendita comunión con ellos para siempre, nosotros, los queridos hijos de Dios. ¡Qué misericordioso es Dios hacia nosotros!

Oración: Todopoderoso, eterno y misericordioso Dios, quien en tu maravillosa misericordia has ordenado a los ángeles para ser ministros tuyos en beneficio de nosotros, dame tu gracia, te pido, para que mi vida sea protegida y guardada aquí en la tierra por aquellos que sin cesar están en la presencia de tu divina majestad, por los méritos de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Salvador. Amén.

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar, al cual resistid firmes en la fe. 1 Pedro 5:8,9

También hay ángeles malos. Son espíritus que cayeron de Dios, aunque en el principio fueron creados buenos y santos. Son gobernados por un príncipe, y, por regla general, la Biblia habla solamente de él cuando habla de los ángeles malos. Él, como lo sabes, fue el primero que pecó. (I Juan 3:8). Estos ángeles malos no permanecieron en la verdad. (S. Juan 8:44). No guardaron su primer estado de gloria, sino que dejaron su bienaventurada habitación. Y Dios los ha rechazado para siempre. Les ha reservado cadenas eternas en las tinieblas para el juicio de aquel gran día. (S. Judas 6). Por eso son los enemigos declarados de Dios. Intentan destruir y arruinar las obras de Dios. Y también son los enemigos declarados de nosotros, los hombres. ¡Recuerden la tentación y la caída en el paraíso! Dios en su santa sabiduría permite al diablo y a sus espíritus malignos andar por la tierra y practicar sus designios malos hasta el día del juicio. El diablo tiene aquí un reino, un reino de gran astucia y poder. Es el príncipe de este mundo, el gobernador de las tinieblas de este mundo. (Ef. 6:12). Con este enemigo, con todos estos enemigos malignos, nosotros los cristianos tenemos que luchar, como lo escribe el apóstol. Ve como el Espíritu Santo, en el texto que encabeza nuestra devoción, nos advierte contra nuestro adversario y nos amonesta a que seamos sobrios y a que velemos, y lo resistamos firmes en la fe. Pero con nuestro poder no se logra nada. Pronto estaríamos perdidos. Mas por nosotros pugnará de Dios el escogido, Cristo, a quien el diablo conoce, y quien ha herido al diablo en la cabeza. Él ayuda a los suyos, a los que permanecen en su palabra y se arman con su palabra. Con ellos, todo el poder del diablo no podrá lograr nada. Mi querido cristiano, permanece con Cristo.

Oración: Mi Señor y Salvador, gran Vencedor, que has derrotado al diablo y al infierno, guárdame contra toda seguridad carnal, y concédeme tu gracia para que en todo tiempo pueda estar vigilante contra el diablo que busca destruirme. Pero también ayúdame a invocarte, a armarme con tu santa palabra, y así en tu poder ayúdame a resistir efectivamente a Satanás, y habiendo hecho todo, a mantenerme firme en la fe. Amén.

Entonces dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; señoree en.... la tierra. Génesis 1:26

Tal fue el consejo y la deliberación de la Santa Trinidad en la creación. Grandes son las obras del Señor que vemos, y sumamente maravillosas. Pero la principal entre las criaturas visibles es el hombre. Él fue hecho para señorear en la tierra; debe tener dominio sobre todo lo que está en la tierra. Hasta el sol, la luna y las estrellas están a su servicio. Como puedes leer en Génesis 2. Dios mismo preparó el cuerpo del hombre con particular cuidado y amor, y le ha dado su alma racional, le ha otorgado la mayor perfección de cuerpo y alma, y sobre todo, le ha hecho a su imagen, conforme a su semejanza. Esto último se ve en nuestro texto. Y la imagen de Dios consistió en que el hombre fue creado en justicia y santidad como la de Dios, y que poseyó el conocimiento más grande que es posible tener, el conocimiento de Dios, un conocimiento puro que exalta y glorifica. (Ef. 4:24, Col. 3:10). Así el hombre es el principal de entre las criaturas de Dios. Pero ¡Ay de nosotros! ¡Qué vergonzosamente desfigurados somos en cuerpo y alma a causa del pecado! La imagen de Dios se ha convertido, – el lápiz apenas lo puede escribir – en la imagen del diablo. Pero en los cristianos regenerados, los principios, las primeras líneas de la imagen divina, reaparecen aunque sea de una manera débil e imperfecta. En la vida eterna, la imagen de Dios será restaurada completamente en nosotros, en la perfección celestial. “Veré tu cara en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17:15).

Oración: Señor, Dios mío, Tú me exaltaste y yo caí a lo profundo. Pero tú te inclinaste hacia mí en Jesucristo mi Salvador, y otra vez me levantaste y me llevaste a ti, y me llevarás al cielo, a la suprema exaltación y gloria. Alabanza y gloria sean a ti, oh mi Dios. Perfecciona tu obra en mí, y no me dejes, Señor fiel. Amén.

Aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos. Hechos 17:27-28

Después que en el principio creó la tierra, y sobre todo al hombre, Dios no retiró su mano de la creación, sino que sigue activo y trabajando. Hace esto según las leyes que ha establecido en la naturaleza, pero siempre reservando para sí el ejercicio completamente libre de su voluntad. Es por amor a nosotros que obra en conformidad con sus leyes, porque nosotros tenemos que cultivar la tierra y hacer que la tierra y todo lo que hay en ella sirva para nuestro beneficio; y ¿cómo podríamos hacer esto si no hubiera leyes naturales? Siempre obra también conforme a su voluntad libre y soberana, porque, como es el Señor, no está sujeto a las leyes, sino que es superior a ellas. Dice: “Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él”. Y al crear los animales, dijo: “Fructificad y multiplicaos”, y lo mismo dijo cuando creó al hombre. El sol, la luna y las estrellas deben dividir el día de la noche, y servir de señales para estaciones, días y años. (Génesis 1). Estas son leyes de la naturaleza que Dios ha establecido. Pero siempre es el gran Señor soberano que en y por medio de estas leyes sigue creando, obrando y sosteniendo. Así es apropiado que no solamente Adán y Eva, sino también nosotros hoy digamos: “Creo que Dios me ha hecho a mí juntamente con las demás criaturas; que me ha dado mi cuerpo y mi alma, mis ojos y mis oídos, y todos mis miembros, mi razón y todos mis sentidos, y los sostiene aún”. Dios no está lejos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, y nos movemos y somos. A Dios le debemos nuestra vida y existencia; en Dios, por virtud de su gran poder, existimos; cada aliento, cada movimiento de nuestro cuerpo, debemos atribuirlo a su gran poder. ¡Qué abominación tiene que ser para Dios si abusamos del poder que él nos da para pecar! ¡Y qué paciencia de Dios de sostenernos a pesar de ello!

Oración: Oh gran Dios, en cuyo poder – que sostiene todas las cosas – yo, juntamente con toda criatura, vivo, me muevo y soy, por los méritos de Jesucristo perdóname mis pecados que te son tan ofensivos. Y dame tu Espíritu Santo, para que pueda vivir, y moverme, y tener mi ser en ti, no solamente en lo corporal, sino también espiritualmente. Y ten paciencia con tu hijo débil, hasta que tú me lleves al estado de eterna perfección. Amén.

Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. 1 Pedro 5:7

Dios sostiene a sus criaturas aquí en la tierra por el tiempo que a él le place. Él, que está presente dentro de toda su creación, “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3). Este texto habla del Hijo, nuestro Salvador, y da prueba de su eterna deidad. El Hijo hace esto, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Para preservar así todas las cosas y proveer para una familia tan grande, se necesitan la omnipotencia y la sabiduría de Dios. Él también te guarda a ti. Con este fin te da vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar, consorte e hijos, campos y animales, y todos los bienes, conforme a tus necesidades dentro de tu estado y vocación en la vida. Abundante y diariamente te provee de todo lo que necesitas para sostener este cuerpo y tu vida. Es Dios quien hace esto, solamente Dios. Seguramente, tú también tienes que trabajar, mientras puedas hacerlo; porque “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (1 Tes. 3:10).

Normalmente, Dios quiere sostenerte por medio de tu trabajo. Y también tienes que usar tu entendimiento. Pero tienes que confiar, depender, y edificar no sobre tu trabajo ni sobre tu entendimiento. Con éstos no puedes lograr nada a menos que Dios se digne bendecir tu trabajo y tus planes. No debes hacer que tu trabajo y tu entendimiento sirvan a los propósitos de la avaricia pecaminosa. Y no te preocupes. No pienses, ¿qué comeré, o qué beberé, o con qué me vestiré? Es Dios quien te guarda y provee para ti, no tú. Y Dios es tu Padre en Cristo Jesús. ¡Qué pecaminosas son, entonces, la ansiedad y la preocupación! Oh cristiano, hijo de Dios, pobre pecador, toma tu ansiedad y échala sobre Dios; él te cuida a ti. Esto es ciertamente la verdad. El Espíritu Santo lo ha declarado.

Oración: Oh Dios, Padre mío, te doy gracias porque me has asegurado tu cuidado y providencia. Te doy gracias porque me has exhortado con tanta bondad a que eche todas mis ansiedades sobre ti. Perdona la debilidad pecaminosa de mi fe. Por medio de tu palabra, concédeme tu Espíritu Santo, para que pueda gozosa y totalmente depender de ti. Oye mi oración por los méritos de Jesús. Amén.

No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada. Salmo 91:10

De esta manera Dios te quita tu ansiedad, hijo de Dios. Y el Dr. Lutero, en su Catecismo Menor, de acuerdo a esta promesa te enseña a creer que Dios te defiende contra todo peligro, te guarda y ampara contra todo mal. ¿Pero cómo es esto? ¿No es cierto que en realidad toda clase de males y plagas nos afligen? ¿No nos enseña esto mil veces nuestra experiencia? ¿No nos enseña esto la misma Escritura? Piensa en la historia de José. Pero, en realidad, ¿qué es lo que esta misma historia de José nos demuestra? Nos muestra que Dios hace todas las cosas que parecen mal, y que nos dan un sabor bastante amargo, ayudar a bien a los que aman a Dios. José mismo finalmente les dijo a sus hermanos que habían hundido su alma en un profundo dolor: “Vosotros pensasteis mal contra mí mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (Génesis 50:20). De la misma manera trata Dios contigo si eres su hijo. Todo lo que te pasa, por mal que pareciera, tiene que contribuir para tu bien, para el bien eterno de tu alma. Luego no puede ser realmente un mal. Y no puedes considerarlo como una plaga. Mi querido cristiano, esta vida no es nada comparada a la bienaventurada vida que viene después. Allí todo será tan glorioso que ni lo podemos comprender ahora. Tu Padre celestial, que te ama tanto, a veces, es cierto, permite que te pasen cosas difíciles de sobrellevar. Pero en cada ocasión, es solamente una parada bien planeada y preordenada en el camino a la vida eterna a donde él te está conduciendo. Y así en amor y benignidad, te sostiene y templea todo, y en su compasión y amor, te consuela. Confía en la promesa que él te da en el versículo bíblico arriba. Y “encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará” (Salmo 37:5).

Oración: Mi querido Padre celestial, dame, te ruego, una mente sencilla para confiar implícitamente en ti, y creer firmemente que tú me guías en seguridad y me haces bien. Cuando tengo que llorar y sollozar, ayúdame a levantar a ti mis ojos, y a buscar en ti mi consolación y auxilio, porque tú eres mi querido Padre en Cristo Jesús. Amén.

Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo. Génesis 32:10

Así habló Jacob, el patriarca. Y así debe hablar todo cristiano. Somos menores, o sea, no somos dignos de las bendiciones que el Señor derrama sobre nosotros. No confiere nada sino bondad y misericordia divina y paternal sobre nosotros, a pesar de no encontrar en nosotros ningún mérito ni dignidad. ¡Escudriñemos y examinemos nuestra vida y nuestros caminos! ¿Merecemos que Dios nos provea todo y nos guarde, que nos gobierne y nos proteja, y hasta nos castigue y corrija como un padre fiel a sus hijos, y que haga que todo sirva para nuestro bien para que al final lleguemos a la meta que su gracia en Cristo ha puesto delante de nosotros? Claro que no. Merecemos algo totalmente distinto. “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Salmo 103:13). El hecho de que le temamos, que vivamos en reverencia a Dios, eso también es su misericordia. Pero el hecho de que este temor de Dios es una planta tan débil y miserable en el jardín de nuestro corazón, eso es nuestra culpa. Pero Dios sigue mostrándonos su misericordia. ¿Qué le debemos por todo esto? ¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo? La verdad es que no puedo darle nada como recompensa. Pero es mi deber darle gracias por todo, y ensalzarle, servirle y obedecerle. ¿No es así? Seguramente le debemos esto. Nuestras acciones de gracias, y nuestra alabanza, nuestro servicio y obediencia serán bastante pobres y débiles en comparación con los beneficios de Dios. Sin embargo, nuestro Padre celestial aceptará el débil palpitar de nuestro corazón hacia él, nuestra débil voz de alabanza y acciones de gracias, nuestros esfuerzos débiles e inadecuados. Hace que la plenitud de Cristo reemplace nuestra deficiencia. Su Espíritu intercede por nosotros. ¡Alabado sea Dios!

Oración: Oh Señor Dios, Padre celestial de quien recibimos toda buena dádiva sin cesar y abundantemente, y que diariamente, de pura gracia, nos guardas contra todo mal, concédeme, te ruego, tu Espíritu Santo, para que, reconociendo con verdadera fe toda tu bondad, ahora y siempre te dé las gracias y alabe tu amor y misericordia; por Jesucristo, tu amado Hijo, nuestro Señor. Amén.

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. Hechos 4:12

Este nombre es JESUCRISTO. No hay salvación en ningún otro. Nadie puede ser salvo excepto por Jesucristo. Es una mentira, una mentira que destruye las almas la que ahora se predica en tantos púlpitos y es proclamado por tantos “ministros del evangelio”, que niega que Cristo sea el único Salvador, insistiendo en que él sea solamente uno entre tantos y que la religión cristiana no sea la única religión verdadera, sino sólo posiblemente más perfecta que otras. Testifiquemos aquí enfática y firmemente con las Escrituras que no hay salvación en ningún otro; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos que el nombre de Jesucristo. “Jesús” quiere decir Salvador. Y este nombre le fue dado porque él es el único Salvador de toda la humanidad. (S. Mat. 1:21). Y “Cristo” o “Mesías” quiere decir el Ungido. Era costumbre ungir en el Antiguo Testamento cuando los reyes y los sumos sacerdotes, y también posiblemente los profetas en Israel, eran instalados en su oficio. Este nombre fue dado a Jesús porque él fue ordenado por Dios para ser nuestro único Salvador, nuestro verdadero Profeta, Sumo Sacerdote, y Rey. (Salmo 2:6). Y él ha sido ungido con el Espíritu Santo sin límite. (Salmo 45:7; Hechos 10:38). Siempre busca a Cristo, siempre aprende a conocer mejor a Jesucristo, siempre cree en Jesucristo, siempre sigue a Jesucristo, siempre da testimonio de Jesucristo delante de todos. No hay salvación en ningún otro, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos.

Oración: Señor Jesús, Tú eres el único Salvador de toda la humanidad, y aparte de ti no hay salvación. Ayúdame a creer en ti, a adherirme a ti, y a no ser apartado de ti por la mentira grande y poderosa que el adversario tuyo y mío extiende en la tierra. Tú, el único Salvador, sálvame por la fe en ti. Amén.

Este es el verdadero Dios. I Juan 5:20

¿Quién es este Jesucristo de quien hablamos? La Biblia dice: “Este es el verdadero Dios”. Dice que es “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Rom. 9:5). Dice que es “Jehová, justicia nuestra” (Jer.23:6). Por esto Tomás le dijo al Resucitado: “Señor mío, y Dios mío” (Juan 20:28). La Biblia dice que es el unigénito Hijo del Padre, segunda Persona de la Santísima Trinidad. El Padre le dijo: “Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy”. Él mismo testifica y dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito” (Juan 3:16). El Espíritu Santo dice: “Él no escatimó ni a su propio hijo” (Rom. 8:32). Jesucristo es el “Verbo” que era en el principio y era con Dios y era Dios, y por medio de quien todas las cosas fueron hechas. (Juan 1:1-3). Él es el omnipotente, el omnisciente, el omnipresente. (S. Mat. 28:18; Juan 21:17; Mat. 28:20). Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3). Perdona el pecado, ejecutará el juicio. (S. Mat. 9:6; S. Juan 5:27). “Adórenle todos los ángeles de Dios” (Hebreos 1:6). “Todos honren al Hijo como honran al Padre” (S. Juan 5:23).

Aquí está el punto de división. Todo el que no cree la clara doctrina bíblica de que Jesucristo es el verdadero Dios, engendrado del Padre desde la eternidad, no puede creer en él. Esto es sumamente milagroso y maravilloso, que Dios se haya hecho hombre en Jesucristo. Carne y sangre no aceptarán esto. ¿Cómo podemos obtener y retener esta fe? Hemos de ver la gloria de Jesucristo, verla siempre nuevamente, la gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad – en la Sagrada Escritura. Por medio de ella el Espíritu Santo obra la fe.

Oración: Señor Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, Hijo del Padre e Hijo de María, concédeme tu Espíritu Santo para que pueda ver tu gloria en tu palabra, así como tus discípulos lo vieron con ojos esclarecidos, y pueda creer en ti, así como tus discípulos creyeron en ti, para que pueda formar parte de la bienaventurada compañía de los que obtienen la vida eterna por medio de la fe en ti. Amén.

Y el Verbo se hizo carne. San Juan 1:14

El Verbo, el Verbo eterno se hizo carne. El unigénito del Padre se hizo el Hijo de María. Dios se hizo carne. Este es Jesucristo. Jesucristo es el verdadero Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero Hombre, nacido de la virgen María. Es un verdadero hombre. No fue el cuerpo de un fantasma lo que vio la gente. Tampoco asumió un cuerpo sólo temporalmente como cuando se les apareció a los santos del Antiguo Testamento. Al contrario, realmente se hizo verdadero Hombre. Frecuentemente se llamó a sí mismo “el Hijo del Hombre” (S. Juan 3:14). El Espíritu Santo en la Biblia lo llama “Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5). Tiene verdadero cuerpo humano. Después de su resurrección dijo a sus discípulos: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (S. Lucas 24:39). Tiene verdadera alma humana. En el Getsemaní dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (S. Mat. 26:38). Caminaba y se paraba, dormía y se despertaba. Tenía hambre y sed, se ponía triste y se alegraba. Hasta se murió y volvió a la vida. En el día postrero él, el Hijo del Hombre, vendrá otra vez en su gloria. Era, es, y siempre será verdadero hombre. Él, el Hombre Cristo Jesús, quien es a la vez Dios y el Señor del cielo, es el segundo Adán, el que restaura todo lo que habíamos perdido en el primer Adán: la justicia, la vida y la eterna salvación. Tanto en su oficio como en su persona él es el Mediador, el único Mediador entre Dios y los hombres. (1 Tim. 2:5). Cree firmemente en él como tu Mediador.

Oración: Oh gran Dios, Hijo eterno del Padre eterno, alabo tu incomprendible compasión, que manifestaste en hacerte verdadero hombre y nuestro Mediador, para, como el segundo Adán de la raza humana, poder reconciliarnos con Dios, y darnos la justicia y la salvación. Concédeme la gracia para creer que tú te hiciste un verdadero hombre, para redimir a la raza humana, para que así yo esté seguro de que Dios me tiene misericordia y me dará la vida eterna. Amén.

Y atemorizados, se maravillaban, y se decían unos a otros: ¿quién es este, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen? S. Lucas 8:25

Tenemos que estar llenos de santo temor y maravilla al ver a Jesús como la Biblia nos lo retrata. Tenemos que exclamar con los discípulos: “¿Quién es éste?” Observamos en el Señor dos naturalezas muy distintas la una de la otra: la naturaleza divina, eterna, increada, y la naturaleza humana, creada, temporal. El eterno Hijo de Dios, en el cumplimiento del tiempo, recibió en su Persona la naturaleza humana: el verdadero Dios SE HIZO verdadero hombre. La naturaleza humana es ahora la naturaleza misma del Hijo de Dios. Jesucristo es Dios y Hombre en una sola Persona. Y así, cada una de las dos naturalezas, aunque siempre distintas en su esencia, comparte las propiedades de la otra. Así, a causa de esta unión de las dos naturalezas en una Persona, el eterno Hijo de Dios nació hace casi veinte siglos. (Gál. 4:4,5). Él, el verdadero Dios, el Señor de gloria, el Príncipe de la vida, derramó por nosotros su sangre, fue crucificado, y muerto. (I Juan 1:7; Hechos 20:28; S. Juan 5:26,27; Hebr. 1:6; S. Juan 5:23). Y fue necesario que Jesucristo fuera verdadero Dios y verdadero Hombre en una sola Persona, porque vino para ser nuestro Redentor. Fue necesario que él fuera HOMBRE, para que pudiera cumplir la ley, sufrir y morir, como sustituto de toda la humanidad. Fue necesario que él fuera DIOS, para poder aplacar la ira de Dios y vencer el pecado, la muerte y el diablo. Medita sobre esto, oh cristiano, y adora a aquel cuyo nombre es “Admirable”.

Oración: Es cierto, Señor Jesucristo, que tú eres Admirable, el Admirable predicho por el profeta. No hay nadie que pueda comprenderte con la razón humana. Pero brilla en mi corazón por medio de tu palabra. Pon tu imagen en mi alma por medio del evangelio. Glorifícate en mi corazón y alma por tu Espíritu Santo, para que pueda creer en ti, verdadero Dios y verdadero Hombre, mí único y amado Salvador, bendito por los siglos. Amén.

Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis. Deuteronomio 18:15

El oficio de nuestro Señor Jesucristo es el de redimir y salvarnos. Con este fin fue enviado al mundo por el Padre. Fue instalado en este oficio por el Padre. Por esta razón se le llama el Ungido, el Mesías, el Cristo. Como tal, él es en primer lugar nuestro PROFETA, nuestro predicador. Él es el gran profeta, de cuya venida profetizó Moisés al pueblo de Israel en las palabras de la Biblia que hemos citado arriba. Él es el único Profeta que nos revela, nos proclama y nos predica el consejo y la voluntad de Dios acerca de nuestra redención y salvación. No hay ningún otro profeta que pueda hacer esto. “A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1: 18). De él dice el Padre: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oid” (S. Mat. 17:5). Y ¿cómo cumple los deberes de su oficio profético? Mientras moraba en la tierra, dio testimonio de sí mismo de palabra y obra, es decir, con grandes señales y maravillas, de que él es el Hijo de Dios y el Salvador y Redentor del mundo. Luego ordenó a sus discípulos y apóstoles que predicaran su palabra y por inspiración del Espíritu Santo que la escribieran. Y lo que ha sido escrito, su palabra, debe ser proclamado en la tierra hasta el fin del mundo. Y a sus siervos que proclaman su palabra él les dice: “El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (S. Lucas 10:16). Así, en todo tiempo, él, solamente él, es el Profeta, el Predicador. Ya en el Antiguo Testamento, él fue el Profeta, el mismo que es el Hijo de Dios y que se haría hombre. Los profetas que hablaron de la gracia venidera lo hicieron por “el Espíritu de Cristo que andaba en ellos” (I Pedro 1:11). Mi querido cristiano, Jesucristo es tu único Profeta o Predicador. No hagas caso a nadie más. Oye solamente su palabra, y nada más.

Oración: Señor Jesús, ayúdame a mí, pobre pecador, para que no escuche a nadie más, no importa quién sea o de dónde venga, en todo lo que pertenece a mi salvación, sino solamente a ti. Tú eres el único Profeta que ha venido del cielo. Tu palabra es la verdad infalible. Permite que me adhiera a esta palabra, que confíe en ella, que dependa de ella en la vida y en la muerte. Amén.

Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos. Hebreos 7:26

El sumo sacerdote en el Antiguo Testamento tenía tres deberes. En primer lugar, debería vigilar para que la gente guardara la ley de Dios. En segundo lugar, tenía que hacer sacrificios por los pecados del pueblo. Todo esto fue imperfecto. En primer lugar, el mismo sumo sacerdote no podía guardar la ley de Dios. Así tenía que ofrecer sacrificios también por sus propios pecados. Y luego ¿qué sacrificaba? Animales. Además, él mismo necesitaba intercesión. Los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento fueron solamente sombras y tipos del verdadero Sumo Sacerdote. “Tal sumo sacerdote nos convenía, santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos”. Y lo tenemos. Cristo es nuestro verdadero y único Sumo Sacerdote, En primer lugar, en vista de que nosotros no pudimos guardar la ley de Dios, él la guardó en nuestro lugar. “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gál. 4:4-5). En segundo lugar, ¿qué ofreció en sacrificio por nuestros pecados? Se ofreció a sí mismo. “Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (I Pedro 2:24). “He aquí, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). “Esto lo hizo una vez para siempre” (Heb. 7:27). Habiendo hecho esto, todo fue cumplido. En tercer lugar, continuamente intercede por nosotros delante de su Padre celestial, presentando la propiciación que él ha hecho. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (I Juan 2:1-2). Querido cristiano, pon toda tu confianza solamente en este Sumo Sacerdote.

Oración: Mi Señor y Salvador, mi único Sumo Sacerdote, ¡qué misericordioso eres! Has cumplido la onerosa ley por mí. Te has sacrificado por mí. Siempre intercedes por mí. En ti, solamente en ti confiaré. Y tú me salvarás. Amén.

Yo soy rey. S. Juan 18:37

Así dijo el Señor a Pilato. Y es en verdad un Rey. Es un Rey que ningún otro rey puede igualar. Toda majestad en la tierra no es más que una sombra insignificante, pobre, débil de su majestad. Su majestad es una majestad divina. “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad,” o sea, es Dios en cuerpo humano. (Col. 2:9). Así tanto según su naturaleza divina como según su naturaleza humana, él es Rey sobre todo. Su reino y su poder se extienden sobre el cielo, la tierra y el infierno. El cielo es su trono, la tierra es estrado de sus pies, y el infierno es la cárcel de su reino. “En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Col. 1: 16-17). Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Heb. 1:3). Él gobierna y reina sobre todo. Todas las cosas están sujetas a él. Grandes y pequeñas, cosas pasadas y por venir, la vida y la muerte, todo lo tiene en su mano y lo guía según su voluntad con divina omnipotencia y omnisciencia. ¡Qué Rey tan magnífico! Ahora no vemos que todas las cosas están sujetas a él. Todavía permite que lo desprecien y se burlen de él. ¿Pero qué es el tiempo presente? Un momento breve. Pronto, y por toda la eternidad será revelado que él es el Rey. Oh cristiano, este Rey es tu Salvador, tu Salvador querido, fiel y misericordioso, que te ama con amor indecible e inestimable. ¡Qué seguro estás, y qué bienaventurado en su cuidado!

Oración: Todopoderoso Señor y Salvador, Rey y Señor sobre todo, que te revelarás como fuerte y terrible a tus enemigos: te doy gracias porque eres mi Jesús, mi querido Salvador. Me encomiendo a tus manos fuertes para el tiempo y la eternidad. Y sé que tus manos me recibirán y me guardarán. Amén.

He aquí tu Rey viene a ti, manso. S. Mateo 21:5

Jesucristo, el gran Rey, cuyo reino no tiene límite ni frontera, que será un terror para sus enemigos, viene a ti manso. A ti, a ti que lo recibes como tu Salvador, que deseas ser salvo por él. Permíteme decirte algo. Jesucristo tiene un reino aquí, en la tierra, un reino especial, que siempre ha sido un reino pequeño e insignificante a la vista. A este reino pertenecen todos los pobres pecadores que creen en él como su Salvador y ponen en él su confianza. Todos éstos juntos constituyen su reino. Este reino se llama su reino de gracia. Cristo gobierna en él con su gracia grande, pura e inmensurable. Él, el gran Rey todopoderoso, abraza a cada uno de los que pertenecen a este reino con su gracia maravillosa. En este reino a diario y abundantemente perdona todos los pecados. Él protege, guía, dirige y gobierna los miembros de este reino, de modo que, a pesar de todas las tentaciones del diablo, del mundo y de la carne, permanecen suyos y reciben la felicidad eterna. Pero ¿cómo, con qué medios perceptibles, gobierna su reino? Solamente por su palabra, no por nada más. Pero en esta palabra de él está presente su Espíritu Santo, y por medio de ella obra y es efectivo. ¡Que nadie trate de gobernar a los miembros de este reino por ningún otro medio que no sea por la palabra de Cristo! Sólo Cristo es el Rey de este reino. Es un Rey manso, manso hacia los pecadores pobres y miserables. A ellos los saca del dominio del pecado por su palabra y Espíritu Santo, y les gobernará internamente para que puedan servirlo. Querido cristiano, regocíjate y da gracias a Dios por haberte metido en este reino.

Oración: Rey manso, Señor Jesucristo, te doy gracias porque me has dado entrada a mí, un pobre pecador, a tu reino de gracia, este reino preciosísimo, en donde abrazas a los tuyos con gran compasión, y los guías a la salvación. Querido Jesús, permíteme quedarme en este reino hasta que la muerte cierre mis ojos. Amén.

**El Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. 1
Timoteo 4:17**

Jesucristo, el Rey del reino de poder y de gracia, también tiene un reino celestial, un reino preparado para nosotros que somos suyos aquí en la tierra, un reino en el cual entrarán todos los que aquí en la tierra han estado en el reino de gracia. Al dejar esta tierra entrarán en este reino celestial. Este se llama el reino de gloria porque allí no hay más que honra y gloria. Allí estaremos completamente libres de todo lo que aquí llamamos malo. Allí se habrá contestado plenamente nuestra petición, “y líbranos del mal”. Ahora ni podemos concebir la plenitud de honra y gloria que será nuestra allí. Allí nuestras almas estarán completamente satisfechas, regocijándose en todos los dones del cielo, y nunca nos cansaremos de ellos, sino que siempre los desearemos de nuevo, y siempre estarán allí en abundancia. Y así será por toda la eternidad. Ese será nuestro verdadero hogar, comprado para nosotros por el Salvador con su sangre preciosa. Allí gozaremos de la verdadera vida que Cristo en su misericordia ha ganado por nosotros. ¡Que se dirija allí tu corazón y tu mente! ¿Quién puede seguir lamentando las dificultades del viaje cuando ésta es la meta? Y el Salvador, el Rey, nos ha prometido y asegurado que nos llevará allí. ¡No lo dudes! Di, “El Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial”. Tu Salvador no te trata tacañamente. Aquí te derrama la plenitud de su gracia, y allí te dará la plenitud de su gloria. ¡Queda con él, queda de él!

Oración: Rey grande, rico, misericordioso, bondadoso y generoso, mi Señor y Salvador Jesucristo, dame toda tu gracia y gloria. No lo puedo comprender, pero tú lo has prometido. Dámelo entonces, oh Señor, mi querido Salvador. Amén.

Se humilló a sí mismo. Filipenses 2:8

Jesucristo estaba “en la forma de Dios.” Su naturaleza humana, estando unida personalmente con su divinidad, poseía toda la majestad divina. Sin embargo “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”. El Señor Jesucristo no se aferró como uno lo hace con un botín al uso de esta majestad comunicada a su naturaleza humana. “Se despojó a sí mismo”. No hizo exhibición de su majestad divina. Dejó a un lado el uso constante y pleno de ella. “Tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre”. Puedes ver esto en las historias bíblicas de los evangelistas. Nació un bebito débil y pequeño. Creció, obediente a sus padres, aprendió, trabajó, comió, bebió, se despertó, durmió, se cansó, se puso triste, se alegró. Caminaba de un lugar a otro. A la voluntad de su Padre, quien antes había ordenado todo esto, se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Se humilló a sí mismo. Esto se llama el estado de humillación en el cual quedó desde su concepción hasta su sepultura. En este estado, según su naturaleza humana, no usó la majestad divina que le fue comunicada. Solamente al hacer obras divinas, milagros, o cuando habló palabras de majestad divina, permitió que brillara su divina majestad. ¿Por qué se humilló tanto Jesucristo? Siendo nuestro sustituto, quiso redimirnos por su obediencia a la ley divina y por su amargo sufrimiento y muerte. ¿Cómo podría haber hecho esto si siempre hubiera utilizado plenamente su gloria divina? Míralo, querido cristiano, en su profunda humillación, y dale gracias por ella con todo tu corazón.

Oración: Señor Jesucristo, Salvador divinamente glorioso, te doy gracias que también en tu amor para conmigo te has humillado tan profundamente para hacerte semejante a mí, un pobre y condenado pecador, en todas las cosas excepto el pecado. Enciende en mí la fe en el corazón, y el verdadero amor hacia ti mediante esta bendita verdad evangélica, y finalmente permite que vea tu gloria en tu reino de gloria. Amén.

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo. Filipenses 2:9

Dios ha levantado a Cristo del estado de obediente humillación, y lo ha exaltado hasta lo sumo y más sublime. Ahora Cristo, según su naturaleza humana, utiliza la divina majestad que le fue comunicada, continua y plenamente, sin restricciones. Dios ha dado al Hijo del Hombre, Jesucristo, un nombre que es sobre todo nombre. Al nombre de Jesús toda rodilla debe doblarse, todo lo que está en el cielo, y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua debe confesar que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Bienaventurado el que hace esto con gozo, creyendo aquí, para verlo allí en la eterna felicidad. ¡Ay de aquel que rehúsa hacer esto aquí en su incredulidad! Un día lo tendrá que hacer temblando y llorando de horror. Esto se llama el estado de exaltación de Jesucristo. Nuestro Señor entró en este estado cuando fue vivificado en el sepulcro, y, habiendo descendido en triunfo al infierno, después se mostró a sus discípulos como el Resucitado, y cuando ascendió al cielo para sentarse a la diestra de Dios Padre todopoderoso. En este estado de exaltación todo el mundo lo verá cuando venga otra vez a juzgar a los vivos y a los muertos. Y en este estado de exaltación quedará eternamente. Querido cristiano, conoce a tu Salvador, tu querido Salvador, que tanto te ama en su exaltación. ¿Qué o quién puede hacerte daño, quién puede robarte tu salvación, ya que tu Salvador es exaltado sobre todas las cosas, te rodea, te guarda y te protege con su gran poder divino?

Oración: Señor Jesús, mi Salvador, con gozo doblo la rodilla a tu nombre; con gran regocijo confieso que tú eres el Señor, a la gloria de tu Padre, que te ha humillado y exaltado para mi salvación. Me encomiendo en tus manos, que fueron clavadas en la cruz por mí, y que ahora tienen todo el poder divino. Oh Señor Jesús, mi Salvador glorioso, espero solamente en ti, sálvame. Amén.

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron. 1 Pedro 3:18-20

Cristo fue “muerto en la carne”. En cuanto a su carne, su naturaleza humana, su vida en esta tierra, fue muerto. “Pero vivificado en espíritu”. En cuanto a su espíritu, su naturaleza divina, su vida tal como fue controlada por este espíritu, fue vivificado. Así es que el hombre Jesús, que fue muerto, al tercer día fue vivificado, de modo que ahora existe en la divina gloria. En esta gloria divina el Hombre, Cristo Jesús, fue y predicó a los espíritus encarcelados que en otro tiempo habían sido desobedientes. Esta cárcel es el infierno. Allí están los espíritus de los incrédulos, los desobedientes. A ellos Cristo, en su divina gloria, les proclamó su victoria. También los demonios oyeron esta proclamación. “Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Col. 2:15). El descenso de Cristo al infierno fue una procesión triunfal, su predicación en el infierno fue un grito de victoria. El infierno tenía que saber que él había conquistado, y que ellos habían perdido. Esta fue la primera acción del Cristo exaltado. Si hay espíritus en el infierno a quienes Jesús había proclamado su victoria, también hay espíritus en el cielo que fueron informados de su victoria. Los primeros lloraron, los últimos se regocijaron. ¡Qué nosotros aquí en la tierra nos regocijemos en la victoria, en la exaltación de nuestro Salvador, para que podamos pertenecer a los “espíritus de los justos hechos perfectos”, (Heb. 12:23), uniéndonos con ellos en sus cánticos de alabanza cuando se haya terminado nuestra peregrinación terrenal.

Oración: Señor Jesús, Salvador exaltado, que declaras tu victoria a los vivos y a los muertos, permite que nosotros que vivimos en este tiempo de gracia recibamos tu testimonio con verdadera fe, de modo que cuando venga nuestra última hora podamos partir de esta vida, no a la inquietud tormentosa, sino al júbilo y la paz. Escúchame, oh bendito Salvador, que estabas muerto, pero vivirás por toda la eternidad. Amén.

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. 1 Pedro 2:9

Aquí en la tierra hay un linaje, un pueblo, que es reunido de entre todas las naciones. Es el linaje escogido por Dios. Todos sus miembros son reyes y sacerdotes espirituales, que reinan sobre el diablo, el mundo y la carne, y se ofrecen como sacrificios a Dios. Es una nación santa, porque posee la justicia de Dios, y sirve a Dios con obras santas. Es un pueblo especial, comprado por Dios para ser suyo para siempre. Exhibe y proclama en palabra y obra las excelencias de Dios, y publica la gloria de su nombre. Esta es la generación, el pueblo, que Dios ha llamado con su gracia de las tinieblas del pecado y la incredulidad a su luz maravillosa, la luz de su gracia que es Cristo Jesús, la luz de la fe en Cristo Jesús. Este linaje, este pueblo es toda la Iglesia cristiana en la tierra, a la cual el Espíritu Santo llama, congrega, ilumina y santifica y la guarda con Jesús en la única verdadera fe. Esta es la única santa iglesia cristiana en la tierra, la comunión de los santos, los que son santificados por la fe en Cristo. Este es el pueblo que da voces de júbilo, que se alegra y canta: “Reconoced que Jehová es Dios; él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado” (Salmo 100:3). Esta generación, este pueblo nace solamente por la gracia, y vive solamente por y en la gracia. No puede contar ni cantar nada sino la gracia. ¡Y qué maravillosa ha sido la gracia que fue derramada sobre este pueblo! ¡Qué bienaventurado es este pueblo! Y, oh cristiano, ¡Tú perteneces a este pueblo!

Oración: Te doy gracias, Padre celestial y Dios eterno, que por medio de tu precioso Espíritu Santo me has llamado a mi Salvador Jesucristo, y que por la fe me has hecho participante de su salvación, de modo que ahora pertenezco a ese linaje escogido que es tu nación santa y pueblo especial en el tiempo y en la eternidad. Te pido, Señor, que en tu misericordia me concedas los dones de tu Espíritu, para que delante de todo el mundo pueda proclamar tus alabanzas, tú que tan misericordiosamente me has llamado de las tinieblas a tu luz admirable. Amén.

¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y oídos! ¡Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo! Hechos 7:51

Cuando por medio de la palabra y el Espíritu de Dios uno ha salido de las tinieblas a la luz, y así pertenece al pueblo escogido de Dios, esto no es de ningún modo debido a los méritos o dignidad propios, sino solamente a la gracia de Dios. Ahora preguntamos, ¿Está siempre dispuesto Dios a hacer esto con todo el que oye el evangelio? Seguramente. “Vivo yo, dice Jehová de los ejércitos, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Ez. 33: 11). Dios nuestro Salvador “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:4). “El Señor...no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). ¿Por qué, entonces, no se convierte la mayoría de las personas? Porque obstinadamente se resisten a la palabra y al Espíritu de Dios, porque se rehúsan ser convertidos. Jesús dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (S. Mat. 23:37). Y Esteban, lleno del Espíritu Santo, dijo al Concejo Supremo de los judíos: “Duros de cerviz e incircuncisos de corazón. Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo”. En verdad, todo el que no viene a formar parte del pueblo de Dios, y así se pierde, se pierde solamente por su propia culpa. ¡Y hay tantos que se pierden que son llamados cristianos y escuchan la palabra de Dios! Pero por el hecho de que tú pertenezcas al pueblo de Dios por medio de la fe, tienes que dar las gracias solamente al Dios de misericordia.

Oración: Dios misericordioso, ¿Quién soy yo para que por medio de la fe en Cristo me hayas hecho miembro de tu pueblo al cual salvas? No es porque yo lo haya deseado, sino porque fue tu voluntad misericordiosa que yo sea tuyo. No se debe a que yo te haya escogido, sino que tú me has escogido, oh Fuente de Gracia. Sigue concediéndome tu gracia; completa tu obra en mí. Mantenme en las filas de los tuyos, y llévame a las mansiones de eterna felicidad. Amén.

Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella para santificarla. Efesios 5:25-26

La “santa iglesia cristiana” de la cual hablamos en el tercer artículo del Credo cristiano es “la comunión de los santos,” es decir, toda la cristiandad en la tierra, o el número total de los que creen en el Señor Jesucristo, y en tal fe son santificados para Dios. Así, solamente los creyentes pertenecen realmente a la iglesia, pero también todos los creyentes sin distinción. Ellos son la iglesia a la cual Cristo amó, por la cual se entregó a sí mismo, y a la cual santificó por medio del evangelio y por el Espíritu Santo en la fe. Esta iglesia no es una congregación u organización visible, de modo que se pueda dar un registro de toda su membresía, sino una congregación invisible, espiritual, que es conocida solamente por el Señor, y solamente él cuenta sus miembros y los nombra, ya que solamente el Señor puede saber con seguridad cuáles son los que creen en Cristo y por lo tanto le pertenecen a él. “Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Tim. 2:19). La iglesia es el reino de Dios, el reino de gracia de Cristo. Y “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque el reino de Dios está entre vosotros” (S. Luc. 17:20,21). La fe, que es lo que nos hace miembros de la iglesia, del reino de Dios, está dentro de nosotros y conocida solamente por el Señor. Y así hay solamente UNA iglesia. Hay solamente UN reino de Dios. Es “UN cuerpo y UN Espíritu” (Ef. 4:4). La iglesia es SANTA. Cristo la ha santificado por la justicia que él ha dado, y por su Espíritu, el cual lo une con él. Así es “santa y sin mancha” delante de Dios por su gracia. (Ef. 5:27). Además, es una iglesia “cristiana.” Sus miembros son “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Ef. 2:20). Y esta iglesia y congregación – escucha, querido cristiano – es la novia amada de Cristo, a la cual se dan todas las promesas eternas. Ahora, examínate para ver si tienes esta fe, y si, por tanto, perteneces a esta iglesia. “Examinaos a vosotros mismos” (2 Cor. 13:5).

Oración: Creo en ti, mi querido Señor y Salvador, Jesucristo. Soy tuyo; pertenezco a los que son tuyos, a tu iglesia. Pero te ruego, ayúdame a salir de mi incredulidad. Oh gran Pastor y Obispo de mi alma, guárdame, y permite que sea y permanezca tuyo hasta mi último aliento, y luego llévame a mi hogar, sí, a donde tú estás, en tus moradas seguras. Amén.

Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. Isaías 55:10,11

¿En dónde se encuentra en la tierra esta santa iglesia cristiana, esta congregación y pueblo de Dios? En dondequiera, y solamente en donde se proclama el evangelio de Cristo; porque según la promesa de Dios su palabra nunca falla en producir fruto. Ve la promesa de Dios mismo al principio de esta meditación. Si conoces algún lugar en donde se predica la palabra de Dios, en donde se reúne la gente para oír el evangelio de Cristo, puedes estar absolutamente seguro de que allí está la iglesia, allí están los creyentes, allí está una parte de la cristiandad, allí hay algunos que pertenecen al pueblo de Dios. Aunque muchos de los que oyen y leen la palabra de Dios son hipócritas e impíos, sin embargo, la palabra de Dios nunca vuelve vacía; habrá algunos que crean el evangelio, que serán convertidos, y que se mantendrán firmes en su fe por medio de esta palabra. Dios lo ha prometido, y tienes que creerlo. Así, si perteneces a una congregación en la cual se proclama el verdadero evangelio, debes decir: Yo estoy entre un pueblo en medio del cual hay hijos de Dios, en medio del cual Dios engendra hijos y los nutre hasta la vida eterna. Y aunque observes muchas debilidades y abusos allí, y aunque las condiciones sean tales que parecería que hubiera muy pocos verdaderos creyentes en ese lugar, sin embargo, tienes que creer la promesa de Dios y decir: Seguramente hay hijos de Dios en este lugar. Y en vez de quejarte y murmurar, y hasta retirarte y huir, debes más bien ser activo, esforzándote por curar la debilidad y corregir todo abuso.

Oración: Te doy gracias, oh Señor, porque me has llevado al lugar en donde tu palabra es proclamada puramente, y los sacramentos son debidamente administrados, y así, a un lugar en donde hay una comunión de los que son tus hijos por la fe en Jesucristo. Permite que siempre siga siendo tu querido hijo. Concédeme la gracia para ser siempre vigilante, y fortalece a los que están a punto de perder su fe. Amén.

Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge toda clase de peces. S. Mat. 13:47

No solamente se predica el evangelio, sino hay también los que profesan la fe cristiana, que se reúnen para escuchar el evangelio. Por supuesto,, uno puede ver esta gente, contarles, hacer una lista de sus nombres. El número total de los que profesan la fe cristiana y asisten para escuchar el evangelio se llama la iglesia VISIBLE. El número total de los que en cualquier lugar y en un cuerpo organizado profesan la fe cristiana y se reúnen alrededor del evangelio, se llama una congregación cristiana local. Pero en esta iglesia visible, y dentro de las congregaciones locales, hay también hipócritas y gente impía además de verdaderos cristianos. Solamente el Señor conoce a los que son suyos. Si se hace manifiesto que uno que profesa ser un cristiano es un hipócrita e impío, luego, según el precepto y orden establecido de Cristo tal persona tiene que ser expulsada de la congregación cristiana y declarada gentil y publicano. Esa es la voluntad de Dios. Pero aparte de ese caso, no podemos distinguir entre los creyentes y los hipócritas, y por lo tanto no podemos excomulgarles. Eso porque no conocemos el estado del corazón de nadie. El reino del cielo, el reino de Dios, la iglesia de Cristo en la tierra, es como una red que fue echada en el mar y recoge toda clase de peces, buenos y malos. Después de llenarse la red, la llevan a la orilla y se sientan para recoger los buenos en canastas, pero echan fuera los malos. Esta división en el Reino de Dios se hará en el día final, no ahora. Al fin del mundo los ángeles saldrán por mandato de Dios, y separarán a los malos de los justos. Luego los malos serán echados fuera a donde habrá lloro y crujir de dientes. ¡El que tiene oídos para oír, que oiga!

Oración: Señor Jesús, te doy gracias porque por tu palabra y Espíritu Santo me has dado la verdadera fe y me has hecho un miembro de tu iglesia. Guárdame, te ruego, en la verdadera fe hasta el fin, para que en la gran división final no sea echado al infierno, sino sea recibido en el cielo. Amén.

Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. S. Juan 8:31-32

Hay tantas organizaciones eclesióásticas en la tierra, cada una con sus doctrinas y sus credos. ¿A cuál de estas iglesias debe pertenecer un cristiano? A la que enseña y confiesa toda la doctrina de la palabra de Dios en toda su pureza, y en la cual se administran los sacramentos de acuerdo a la institución de Cristo. Es muy claro que esa es la voluntad del Señor. El Señor dijo a sus discípulos, y lo dice a todos los cristianos: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos”. Los verdaderos discípulos de Cristo no deben tener, ni desear tener, nada sino la palabra, la doctrina de Cristo. Entonces y solamente entonces, conocen la verdad, la verdad que Cristo ha traído desde el cielo para la salvación de los pobres pecadores. Y esta verdad les hará libres de las tinieblas del error y de la incredulidad en la cual estaban por naturaleza; les dará un verdadero conocimiento de todo lo que poseen en Cristo, y les hará participantes de todo esto por medio de la fe. Por eso, cuando el Señor dio a sus discípulos el mandato real de ir y hacer discípulos a todas las naciones, bautizándoles, dijo también, “enseñándoles para que guarden todas las cosas que os he mandado” (S. Mat. 28:20). Siempre, hasta el fin del mundo, los cristianos deben guardar y adherirse a lo que Jesús mandó a los primeros discípulos, lo que él les enseñó. Ten mucho cuidado, querido cristiano, para que pertenezcas y te adhieras a una iglesia que tiene, enseña y confiesa todas las doctrinas de la palabra de Cristo en toda su pureza. Entonces tienes la verdad, que te salva y libera.

Oración: Mi Señor y Salvador Jesucristo, deseo ser tu verdadero discípulo. Deseo tener y escuchar solamente tu palabra, no la palabra o la doctrina de hombres. Oh Señor, te pido que siempre me ayudes a encontrar un lugar en donde tu palabra se enseñe y se predique en su verdad y pureza. Permite que la plenitud de tu verdad brille en la tierra, para que no prevalezcan las tinieblas del error. Amén.

**Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos.
Romanos 16:17**

La iglesia que tiene, enseña y confiesa todas las doctrinas de la palabra de Dios en su pureza se llama una iglesia ortodoxa. A esta iglesia debemos adherirnos, contribuir para su mantenimiento y su propagación según nuestra habilidad. Por otro lado, cualquier iglesia que no tiene, enseña, ni confiesa todas las doctrinas de la Biblia, tal como las encontramos en la Biblia, se llama una iglesia heterodoxa. Tales iglesias causan divisiones y tropiezos entre el pueblo de Cristo, apartándose de la doctrina que aprendemos de la palabra de Dios. De los tales, los discípulos de Cristo deben apartarse; eso es lo que el Espíritu Santo nos enseña. Escucha, cristiano, así es el asunto. Debes maldecir la falsa doctrina. (Gal. 1:8,9). Tienes que tener mucho cuidado de los falsos maestros como los que destruyen tu alma; no debes creerles, sino debes probarles por la norma de la palabra de Dios. Así serán revelados como mentirosos. (S. Mat. 7:15; 1 Juan 4:1; Ap. 2:2). Debes evitar las iglesias heterodoxas, en donde dominan los falsos maestros; tienes que salir de tal iglesia si has pertenecido hasta ahora a ella. Tienes que separarte, y evitarla. (2 Cor. 6:14-18). A los cristianos heterodoxos, sin embargo, no debes juzgarlos ni condenarlos, sino que en amor debes creer que solamente son deficientes en este u otro punto de la doctrina cristiana. Porque piensa, si algunas de las doctrinas salvadoras todavía se enseñan en una iglesia heterodoxa, puede haber, de hecho, tiene que haber, algunos hijos de Dios entre ellos. Y debes regocijarte en este hecho. Pero en cuanto a ti, si quisieras ser un verdadero discípulo, debes permanecer en su palabra y en la iglesia que tiene, enseña y confiesa su palabra en toda su pureza.

Oración: Señor Jesús, concédeme tu Espíritu Santo, para que pueda estar seguro de cuál es la verdadera doctrina de tu palabra, para que pueda probar cada doctrina que me es ofrecida por los pastores y maestros según la norma de tu palabra. Guárdame de ser seducido para creer las doctrinas falsas. Mantenme firme en tu palabra para que siempre la confiese en palabra y obra. Hazme así un instrumento útil para la propagación de tu reino aquí en la tierra hasta que me llesves a mi hogar en tu reino de eterno gozo y alegría. Amén.

Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades. Salmo 103:2-3

La cristiandad, la única santa iglesia cristiana, la comunión de los santos, el pueblo escogido de Dios, los que por la verdadera fe en Jesucristo han llegado a ser sus queridos hijos, – esta cristiandad, y cada miembro de ella, posee algo todos los días en gran abundancia que es mejor que cualquier otra cosa, y que no se puede conseguir o comprar por ninguna obra humana ni por ningún tesoro en el mundo: el perdón de los pecados. El Dr. Lutero dice en su Catecismo Menor: “En esta cristiandad él nos perdona todos los pecados a mí y a todos los fieles diariamente con gran misericordia”. Y el Espíritu Santo mueve a cada cristiano a decir estas palabras de alabanza y regocijo: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades”. En verdad, este perdón de los pecados vale más que todos los tesoros del mundo. Si Dios no nos perdonara nuestros pecados, estaríamos perdidos. Si hubiera un solo pecado que Dios no nos perdonara, estaríamos perdidos. Pero Dios nos perdona a nosotros los cristianos todos nuestros pecados, y lo hace diaria y abundantemente. A diario nos toma en su abrazo paternal y nos perdona todos nuestros pecados. Nuestros pecados siguen siendo perdonados día a día, toda maldición y todo castigo está lejos de nosotros, y descansamos gozosa y pacíficamente en el seno de Dios esperando la vida eterna, la cual seguramente él nos dará. “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades”. Esto es ciertamente la verdad.

Oración: Oh misericordioso Dios y Padre, ¿Cómo te agradeceré y te alabaré debidamente? No lo puedo hacer. Sin embargo, oh Señor, me regocijo porque por tu palabra y el Espíritu Santo me has hecho un miembro del número noble y bendito de aquellos a quienes diaria y abundantemente les perdonas todos los pecados. Ahora yo, un pobre pecador, tengo la paz y seré salvo. Abba, Padre, permite que yo siempre, y en dondequiera que me encuentre, pertenezca a esta iglesia cristiana. Amén.

En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia. Efesios 1:7

Querido cristiano, ¿sabes cómo realmente es el asunto en cuanto al don divino más precioso, el perdón de los pecados? Nos es dado por la GRACIA de Dios; nosotros seguramente no tenemos ningún derecho ni título al perdón de los pecados. Nos es dado de las grandes e inagotables riquezas de la misericordia divina, porque somos culpables de graves transgresiones. Y nos es dado por los méritos de Cristo. No es solamente por un impulso de misericordia que Dios perdona los pecados; eso violaría su justicia y su santidad, que es un fuego devorador, al igual como su veracidad, la veracidad de su palabra en la cual amenaza con el castigo a los transgresores. Pero en Cristo, nuestro Salvador, quien llevó nuestros pecados y castigo como nuestro sustituto, tenemos la redención por su sangre; y esta redención consiste en Dios perdonando nuestros pecados. Y por medio del evangelio de la gracia de Dios en Cristo el perdón de pecados nos es proclamado y ofrecido. Y por medio de la fe, por la fe en esta palabra misericordiosa de Dios en cuanto a Cristo y la redención y el perdón de pecados en él, recibimos y aceptamos el perdón de los pecados. Y allí está el asunto en cuanto al perdón de los pecados. No hay otra manera de obtenerlo. Ahora, oh cristiano, tómallo libremente. La gracia de Dios es abundante también para ti. Cristo es también tu Salvador. El evangelio es para ti también. Dios quiere que tú también digas con gozo “Creo en el perdón de los pecados”.

Oración: Te doy gracias, oh Dios de misericordia, que por tu pura gracia por los méritos de Cristo y por medio del evangelio me ofreces en todo tiempo el perdón de los pecados, el único tesoro que puede salvarme. Solamente tengo que tomar, gratuitamente, solamente creer. Ahora, Dios mío, te pido, dame tu Espíritu Santo para que no tema ni dude, sino que con fe y regocijo, acepte la salvación que tú me ofreces tan libremente y sin precio: el perdón de mis pecados. Amén.

**Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe, sin las obras de la ley.
Romanos 3:28**

Si el hombre no se encuentra justo ante el trono de juicio de Dios, es condenado. Pero ningún hombre puede ser declarado justo ante Dios en base a las obras de la ley. Nadie puede hacer ni una sola obra de la ley que sea perfecta delante de Dios, mucho menos puede ser completamente justificado delante de Dios por las obras de la ley. Entonces, ¿Qué se debe hacer? Ahora viene Dios y proclama que el hombre es justificado delante de él sin las obras de la ley, sin mérito, de hecho, a pesar de y sin considerar todos sus pecados y culpa. Pero esto va mucho más allá que todo concepto humano. ¿Cómo se encontrará el hombre justo delante de Dios sin las obras de la ley, sin mérito, y a pesar de y sin considerar sus pecados y culpa? Dios dice “por fe.” Pero ¿Cómo por la fe? ¿Con qué clase de fe? Por la fe que confía en el hecho bendito de que Dios perdona los pecados por su gran misericordia, por los méritos de Cristo. Tú sabes que Dios hace esto. Y ahora medita y considera lo que significan las palabras: Dios perdona el pecado. Significan que Dios no imputa o no toma en cuenta los pecados contra nosotros. Si Dios no nos imputa los pecados a nosotros, luego, por supuesto, nos declara justos. Y eso es precisamente lo que Dios nos dice a nosotros los pecadores perdidos y condenados. Nos perdona los pecados, nos declara y hace justos delante de él, nos justifica. Y ahora es importante que no rechacemos esto, sino que lo aceptemos en verdadera fe como una liberación misericordiosa. Así somos justos ante Dios por la fe, sin las obras de la ley. Esta es la verdadera y genuina bandera cristiana, nuestro estandarte, siguiendo el cual conquistaremos todo y obtendremos la salvación eterna: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe, sin las obras de la ley”.

Oración: Señor, Dios mío, porque tú me lo dices, lo creeré, y dependeré de ello en la vida y en la muerte, – que soy justificado ante ti por la fe, sin las obras de la ley. Confiando en esto partiré de esta vida, y levantándome delante de tu trono de juicio diré: Tú, oh Dios, me has perdonado mis pecados, y así me has declarado justo. Te pido, oh Dios, que me guardes en esta única fe que me puede salvar. Amén.

Cristo Jesús... nos ha sido hecho por Dios... justificación. 1 Corintios 1:30

En nosotros no tenemos justicia para poder estar de pie ante Dios. Pero Cristo nos es hecho por Dios justificación. Tenemos que decir: En cuanto a lo que hay en mí confieso que soy pura injusticia; pero Cristo es mi justicia. Dios ha hecho a Cristo nuestra justicia. ¿Cómo debemos entender esto? Cristo ha sido hecho justicia POR NOSOTROS. Es nuestro sustituto. Cristo ha cumplido la ley de Dios perfectamente – por nosotros. A Cristo, aunque no conoció pecado, Dios lo hizo pecado, – por nosotros. (2 Cor. 5:21). Puso en Cristo el castigo de todos nosotros. (Isaías 53:5). Cristo cumplió todo lo que exigía la ley – por nosotros. Cristo sufrió todo lo que la ley amenazó contra nosotros – por nosotros. Cristo cumplió toda la justicia exigida por la ley de Dios – por nosotros. Dios hizo esto por su gran misericordia. Así Dios ha hecho que Cristo sea nuestra justificación. Cristo es nuestra justicia. Se ha hecho un intercambio bendito: Cristo fue hecho pecado por nosotros, nosotros somos hechos justicia de Dios en él. (2 Cor. 5:21). Seguramente la justicia de Cristo es válida ante Dios, y la justicia de Cristo nos pertenece a nosotros. Tienes que creer firmemente, querido cristiano, que la justicia con la que puedes presentarte ante Dios no es la tuya, sino la de otro, la justicia de Cristo. Ésta, Dios te la da. Te pertenece. Tienes que apropiártela por la verdadera fe. Así puedes estar en la presencia de Dios. Así todos tus pecados te son quitados y eliminados; te son perdonados por los méritos de Cristo, y estás envuelto con la justicia pura, sin mancha, intachable y perfecta – la justicia de Cristo. Si te apropias de esto en verdadera fe, ya no tendrás que temer ni desesperarte. Luego en todo tiempo posees la perfecta justicia para poder presentarte delante de Dios.

Oración: Oh Dios, ¡con cuánta misericordia me has ayudado! Hiciste a Cristo mi justicia. Cristo es mi joya, mi vestimenta gloriosa, mi manto de justicia. Concede que por medio de la operación misericordiosa de tu Espíritu Santo me revista de Cristo, me envuelva en él, y me esconda en él por la fe. Y por los méritos de Cristo, declárame a mí, un pecador, justo ante ti. Amén.

Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. 2 Corintios 5:19

“Dios estaba en Cristo”; porque Cristo fue y es Dios que se hizo hombre. “Reconciliando consigo al mundo”. Dios ha reconciliado al mundo con él por medio de Cristo. Para Dios, las antiguas relaciones de amor que prevalecían antes de la caída son restablecidas. La justa ira de Dios que se había encendido contra la humanidad pecaminosa e impía, fue expiada. “No tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Ya que Dios está reconciliado con el mundo, por supuesto ya no les toma en cuenta sus pecados. ¿Cómo podría estar reconciliado y todavía tomarles en cuenta el pecado? “Y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”. Por medio de su palabra, la cual ha encomendado a nosotros, Dios ahora nos informa que él estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta sus pecados. Y Dios no solamente nos informa de esta reconciliación, sino que también nos la ofrece a nosotros, nos la presenta, escrita y sellada, por medio de su palabra. Y ahora tenemos que ser reconciliados con Dios; tenemos que aceptar esta reconciliación. Sí, y Dios nos invita con bondad y poderosamente, y con corazón amoroso nos persuade por medio de su palabra, y por la operación misericordiosa del Espíritu Santo a través de esa palabra, a aceptar esta palabra de reconciliación. El que la acepta la tiene, y en el tiempo y en la eternidad goza de sus frutos benditos. El que la rechaza, por su propia culpa queda bajo la ira de Dios y se pierde eternamente.

Oración: Gran Dios, ¡Cuánta compasión y misericordia me has concedido! Me has reconciliado a mí, un pecador y tu enemigo, contigo mismo, y no me has tomado en cuenta mis pecados sino los has puesto en Cristo. Y me invitas a esta reconciliación por tu palabra y Espíritu Santo. Ayúdame, oh Señor, para que pueda siempre aceptar esta invitación y por la fe descansar en tu seno paternal. Amén.

Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Romanos 4:5

El que obra, el que obra de cualquier manera, para de esa forma estar justo ante Dios, nóvalo bien, renuncia a la gracia de Dios y quiere tener la salvación no como un don de gracia, sino como un salario que Dios está obligado a darle en pago por sus obras. El que es tan ciego como para obrar de esta forma, contradiciendo y burlándose de toda la palabra de Dios, recibirá un salario muy diferente de la salvación. “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gál. 3:10). “Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío”. – ¡Deténgase! ¿Qué significa esto: “que justifica al impío?” Significa que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, al mundo impío, no tomándoles en cuenta sus pecados. Luego, “al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”. ¿Qué significa: “su fe le es contada por justicia?” Esto es lo que significa, que le es contada por justicia lo que la palabra de reconciliación le proclama y le comunica, o sea, que Dios en Cristo reconcilió al mundo consigo mismo, y por tanto ya no les toma en cuenta sus pecados. Esta obra misericordiosa de Dios, la cual él acepta por la fe fundamentándose en la palabra de Dios, le es contada por justicia. El creyente acepta para sí mismo lo que hizo Dios en Cristo para todo el mundo impío, o sea, que Dios en Cristo los justificó. Así, por medio de tal fe, tiene la justicia de Dios, y es ahora de hecho un hijo amado de Dios y es salvo. Así, no trabajes, sino cree en aquel que justifica a los impíos. Luego tu fe te será contada por justicia y obtendrás salvación.

Oración: Señor y Dios mío, concédeme la gracia, porque soy tu hijo, de ser diligente en las buenas obras, pero no permitas que nunca piense que por mis miserables obras me haga justo ante ti. Ayúdame a vivir y a morir en la fe que solamente justifica, en la seguridad firme de que en Cristo has justificado a los impíos y así también a mí. Amén.

Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Efesios 2:8-9

Nosotros los cristianos somos salvos. Somos rescatados de la condenación y nos es dada la salvación, la plenitud de la cual pronto gozaremos. Pero somos salvos por la gracia, sí, por la gracia por medio de la fe, por la fe en Cristo. Y esto no es de nosotros; no había nada en nosotros, tampoco hicimos nada a causa de la cual Dios se haya motivado a salvarnos. Es total y solamente el don de misericordia de Dios, un regalo de parte de él. No fuimos salvos a causa de nuestras obras. Ninguno de nosotros podemos jactarnos de ninguna obra que haya motivado a Dios a salvarnos. Así, tampoco es nuestra fe una obra de la cual podríamos jactarnos. Al contrario, la fe no es otra cosa que la mano espiritual dada y hasta abierta por Dios, en la cual él ha puesto la justicia y la salvación que él tan misericordiosamente da por los méritos de Cristo para que la podamos tener y gozar. Es cierto que en el mismo momento en el cual la fe recibe esos dones gratuitos de gracia y es consciente de poseerlos, se hace una madre fructífera de todas las buenas obras, porque el amor, que es el cumplimiento de la ley, nace junto con la fe. Aunque llegamos a ser justos ante Dios y somos salvos por la fe, sin embargo no es de modo alguno una obra que podría haber motivado a Dios a darnos la justicia y la salvación. Nadie debe decir: Creo, y por eso Dios me justifica y me salva. Lo que todos deben decir es: Dios me da la justicia y la salvación solamente por la gracia, y por eso creo. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

Oración: Oh Señor, Dios mío, estoy seguro de tu gracia, y dependo de ella para salvarme. Dependo de tu gracia en Cristo Jesús, mi Señor, la cual me das en tu palabra. No dependo de nada en mí. Aun mi fe es débil y miserable. No permitas que la chispa de fe se extinga de mi corazón, oh Señor, sino preserva y fortalece mi fe. Hazla un recipiente para tu gracia. Amén.

Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día. 2 Timoteo 1:12

Hemos oído tanto acerca de creer. ¿Qué significa creer? Para creer en Dios por medio de Cristo Jesús, mi Señor, es necesario en primer lugar conocer el evangelio. Uno tiene que poder decir: “Yo sé a quién he creído”. “¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído?” (Rom. 10:14). Luego, uno tiene que aceptar como cierto el evangelio. El que piensa que el evangelio es una mentira naturalmente no puede creer. “El que se rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). Sin embargo, hasta los demonios tienen un conocimiento del evangelio, y también saben que es la verdad, y sin embargo no creen en el verdadero sentido de la palabra. “También los demonios creen, y tiemblan” (Sant. 2:19). Por tanto, la tercera y principal parte de la fe es la confianza, firme confianza en aquel Dios a quien el evangelio nos ha dado a conocer. Si puedes decir: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”, si puedes decir: Yo conozco a Dios por el evangelio; conozco su gracia que es en Cristo Jesús, mi Señor; conozco lo que él por su gracia me ha encomendado, y estoy persuadido de que por ello me salvará a mí, un pobre pecador, en aquel gran día – entonces crees verdaderamente. Que Dios te conceda tal fe y te guarde en ella por la gracia, por su palabra y Espíritu Santo.

Oración: Te doy gracias, oh Señor, que por medio de tu palabra has revelado claramente tu majestad divina y tu voluntad misericordiosa hacia mí, un pecador, y porque tu gran misericordia te ha movido a hacer todo para mi salvación y la del mundo entero. Ilumíname, te ruego, por tu Espíritu Santo, para que pueda confiar firmemente en tu gracia abundante y depender de ella en la vida y en la muerte – por Jesucristo tu Hijo amado, mi único Salvador. Amén.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. Romanos 8:38-39

Noten bien qué confiado estaba el apóstol Pablo de poseer la gracia y el amor de Dios y de obtener la eterna salvación. Tenía una confianza que excluía en absoluto toda duda. Fue tan firme su confianza que muchos intérpretes de la Escritura piensan que ha de haber tenido una revelación especial. Pero miren lo que dijo. ¿Habla solamente de sí mismo? ¿No dice, “nosotros”? ¿No habla entonces de todos los cristianos? Seguramente cada cristiano puede y debe estar tan seguro del perdón de sus pecados y de su eterna salvación como lo estuvo San Pablo. Cada cristiano, digo. No hablo de los incrédulos. Y ¿en qué se funda tal confianza? En la promesa y palabra de Dios. Dios dice que por causa de Cristo diaria y abundantemente perdona todos tus pecados. Tú sabes que Dios lo dice. ¿Miente Dios? Eso es imposible. Por tanto puedes y debes estar totalmente seguro del perdón de tus pecados, y donde hay perdón de pecados, allí también hay vida y salvación. Así puedes y debes estar totalmente seguro de tu salvación. Pero dices, ¿Qué tal si caigo de la fe? Es cierto que si caes de la fe estás perdido, pero Dios te ha prometido y te ha asegurado que él te mantendrá en la verdadera fe, “sois guardados por el poder de Dios mediante la fe para alcanzar la salvación”, dice el Espíritu Santo. (1 Pedro 1:5). Lee una vez más lo que el Espíritu Santo ha inspirado a Pablo a escribir en estos versículos. Ahora debes estar totalmente seguro, mi querido cristiano, que Dios te preservará tu fe. Tal confianza, desafortunadamente, frecuentemente está pasmada dentro de nosotros a causa de la debilidad de nuestra carne, pero consideremos siempre la palabra y la promesa de Dios, luego esta confianza siempre brotará de nuevo, siempre recobrarás la seguridad del perdón de tus pecados y de tu salvación.

Oración: Dios mío, es cierto que por los méritos de Cristo perdonas mis pecados y me salvas porque tú lo dices y lo prometes. Por tanto te ruego me des tu Espíritu Santo para que pueda tener absoluta seguridad de tu perdón. Ayúdame a no considerar nada más sino solamente tu segura palabra y promesa y consuélame y llena mi alma con gozo sobre esta seguridad bendita, para que gozosamente ande en la vida nueva. Amén.

Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón. Salmo 119:32

Ningún hombre tal como es por naturaleza se deleita en hacer según los mandamientos de Dios, ni tampoco lo puede hacer porque el pecado lo domina. Pero es muy diferente con uno que es justificado por la fe en Cristo. Tal persona sabe que es amada por Dios, y sabiendo que Dios la ama, conoce tanto más su pecado. A la luz de la gracia amorosa de Dios su pecado le parece tanto más oscuro. Y eso lo entristece. Pero, y a pesar de todo eso, sabe que Dios le ama y no desea ver en él nada sino la justicia de Cristo. Y así se engrandece su corazón, se llena de consolación y siendo consolado se abre hacia Dios y el amor de Dios hacia él. Y en un corazón que es consolado así y ha sido abierto, nace el amor a Dios, el amor para con él que le ha amado primero. Luego empieza el hombre a correr en el camino de los mandamientos de Dios. “Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón”. Entonces no hay necesidad de la vara de la ley, no hay necesidad de un opresor, de alguna compulsión. Dentro del pecador justificado hay una nueva ley, la ley del amor a Dios. Él está poderosamente impulsado por el Espíritu de Cristo y el amor de Cristo lo constriñe. Es una compulsión dulce a hacer lo que bien agrada a Cristo, a Dios. La ley de Dios ya no tiene que venir a él desde afuera como algo extraño con exigencias insistentes. No, está escrita en su mismo corazón y mente. Quiere, realmente quiere hacerla, cumplirla. La justificación por la fe en Cristo es el medio, el único medio, el medio fuerte y seguro, por el cual el hombre llega a desear hacer según los mandamientos de Dios. Mi querido cristiano, conoces esto por experiencia. ¿Sabes lo que significa esto? “Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón”.

Oración: Oh Señor, ésta es mi vida y mi única consolación, que tú, abundante y diariamente me perdonas todos mis pecados y me justificas a mí, un pobre pecador, por los méritos de Jesucristo. ¡Cuán grande, oh Dios, es tu amor y tu compasión que tú me has permitido conocer a través de tu palabra y del Espíritu Santo. Mi pobre corazón apenas puede creerlo, pero, oh Señor, te amo y me deleito en tus mandamientos según el hombre interior. Quisiera amar y servirte mejor. Ayuda a tu pobre hijo. Oh fiel Dios, ayúdame. Amén.

El justo por la fe vivirá. Romanos 1:17

El hombre es justificado ante Dios y salvo no por ninguna obra, acción o conducta, sino solamente por medio de la fe en Cristo. Eso es lo que enseña nuestro texto. Este artículo de la justificación y de la salvación por la fe es el artículo principal, el mismo corazón de la doctrina cristiana. Ésta es la única fe salvadora, ésta entonces es la fe de todos los hijos de Dios antes y después de la encarnación de Cristo. Eso es lo que creyó Adán, Abraham y David y miles más. Eso es lo que creyó el ladrón en la cruz, y Pedro, Lutero y otros miles. Esta es la doctrina de los profetas y de los apóstoles. En este artículo de la fe la iglesia cristiana se distingue de todas las religiones falsas. Por medio de esta fe todos los verdaderos cristianos se distinguen de todos los cristianos falsos. Si quisieras ser cristiano y ser justo ante Dios y obtener la salvación eterna, tienes que adherirte firmemente a este artículo. Si como cristiano quisieras ser un miembro útil en el reino de Dios, tienes que hacer lo más que puedas para que se retenga este artículo y se predique en la iglesia en toda su pureza. Así como tu ojo no aguanta un grano de arena así ha de ser imposible para ti permitir que este artículo sea oscurecido, atacado o herido aun en el mínimo grado. Solamente por medio de este artículo se da verdaderamente toda gloria a Dios, por medio de este artículo solamente se da consuelo verdadero y permanente a los pobres pecadores que ardientemente desean la salvación. Da horror ver cómo Satanás lucha con furia contra este artículo por medio de sus siervos, los falsos maestros. Da lástima ver cómo la gente, jóvenes y grandes, se extravía de esta fe. Adhiérete a esta verdad bendita de que eres justo ante Dios y serás salvo, no por medio de ninguna obra, acción o conducta tuya, sino solamente por la fe en Jesucristo. El justo por la fe vivirá.

Oración: Señor, esta es tu palabra de gracia para todos los pecadores desde el principio hasta el fin del mundo, “el justo por la fe vivirá”. Me envolveré en esto, me adheriré firmemente a esta verdad. Moriré confiando en ella y así apareceré ante tu trono de juicio y obtendré la vida eterna. Ayúdame a esto, oh Dios fiel. ¡Qué esta palabra sea proclamada hasta el fin del tiempo, Dios misericordioso! Amén.

Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Daniel 12:2

Todo, sí, todo en toda la eternidad depende del perdón de los pecados, de la justificación. Piensa en el gran día de la resurrección del cual has oído tanto especialmente en la estación de la Pascua. Habrá muchos, un gran número que duerme en el polvo de la tierra que se despertarán, algunos para la vida eterna, aquellos, seguramente, que han sido justificados por medio de la fe en Cristo; otros a la vergüenza y a la eterna condenación, los que han muerto en la incredulidad con sus pecados no perdonados. El piadoso Lázaro fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico impío fue echado al infierno y el tormento. Los justificados resucitarán con cuerpos glorificados. (Filipenses 3:21). Aquéllos a quienes sus pecados les fueron retenidos “serán abominables a todo hombre” (Isaías 66:24). “Los justos despertarán para la vida eterna, los injustos despertarán a la eterna vergüenza y condenación, y su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará”. (Isaías 66:24; San Marcos 9:44). Oh cristiano, siempre piensa en el despertar, en el día de la resurrección. En cualquier momento puedes dormirte en la muerte y luego viene el despertar. ¡Qué terrible ha de ser despertarse para la vergüenza y la eterna condenación! ¡Qué inmensurablemente glorioso será despertarse para la vida eterna! Oh cristiano, cada tarde permite que el perdón de los pecados te cubra, cada mañana envuélvete en el manto de salvación, la justicia de Cristo. Entonces despertarás para vida eterna.

Oración: Mi Señor, mi Salvador, me ofreces el perdón de los pecados. Lo acepto. Tú me das el manto de tu justicia y me lo pongo. Así dormiré cuando llegue mi última hora y así despertaré cuando llegue tu hora y así entraré a la vida eterna. Señor, nunca permitas que caiga de la verdadera fe y del consuelo que ella da. Amén.

Y yo les doy vida eterna. Juan 10:28.

Así dice Jesús en cuanto a sus ovejas, los creyentes. Y ¿qué enseñan la Escrituras acerca de la vida eterna? Enseñan que las almas de todos los creyentes están con Cristo en el momento en que dejan el cuerpo en la muerte, que cuerpo y alma serán unidos en el día de la resurrección y que los creyentes vivirán así con Cristo en eterno gozo y gloria. Al ladrón que estaba muriendo Jesús dijo: “de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (San Lucas 23:43). Esteban, al morir, dijo al Salvador, “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). Y la voz del cielo dijo: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14:13). Y en cuanto a la eterna consumación que entrará en vigor con el último día cuando se levantarán todos los muertos, el apóstol dice por inspiración del Espíritu Santo: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él se manifieste seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). En la noche en que entró en su sufrimiento el Salvador oró: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (San Juan 17:24). Y por medio de David, el Espíritu Santo profetiza en cuanto a la vida eterna: “En tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11). Mi querido cristiano, adhirámonos siempre a estas palabras de vida y confiemos en ellas. Que éstas y palabras similares de vida despierten en nosotros un deseo ferviente para la vida eterna. Mantengámonos firmes con el perdón de pecados por la fe en Jesucristo, que es el único medio, pero un medio seguro, por el cual heredamos la vida eterna. Si nos adherimos firmemente al perdón de los pecados, entonces no tendremos que estar preocupados ni llenos de ansiedad por obtener la vida eterna.

Oración: Señor mi Dios, Perdóname mis pecados por los méritos de Cristo; perdóname mis pecados hasta que parta de esta vida. Amén. Sé que lo harás Y luego da la vida eterna. Amén. Sé que lo harás. Oh Señor, tú me has llamado por medio de tu palabra para la vida eterna y no me avergonzarás, No Señor, tú eres fiel en tu promesa. Amén.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado. Efesios 1:3-6

Sabemos por seguro que Dios en su gran misericordia, con gran seriedad, con gran poder, por medio del evangelio y de su Espíritu Santo busca convertir y salvar a uno que oye el evangelio. Así sabemos con seguridad que es exclusivamente la culpa del hombre mismo si no se convierte y se salva. Y con igual certidumbre sabemos que cuando un hombre se convierte y se salva, esto se debe exclusivamente a la gracia y a la obra de Dios, sin ningún mérito o participación de parte del hombre. “Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales nos preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:8-10). Y del texto al principio de nuestra lección aprendemos que nosotros los cristianos, a quienes Dios ha hecho en este tiempo presente por medio del evangelio, por medio de la gracia, sus hijos creyentes y a quienes llevará a la salvación, hemos sido escogidos y predestinados por Dios desde la eternidad a tal adopción de hijos, y que eso fue solamente por la gracia, por los méritos de Cristo, según el puro afecto de su voluntad. Sí, cuando un pecador se convierte y se salva, se debe exclusivamente a la gracia y a la obra de Dios y no a ningún mérito o participación de ninguna clase de parte del hombre. Lo que Dios en este tiempo presente obra y efectúa en nosotros solamente por la gracia, eso ha determinado hacerlo desde la eternidad, movido solamente por su gracia. ¡Qué seguros podemos y debemos estar de nuestra salvación! Dios nos ha escogido y predestinado a ella desde la eternidad. Ya que ahora experimentas la obra misericordiosa de Dios en ti, querido cristiano, también debes estar confiado en que desde la eternidad Dios te ha escogido y predestinado a la salvación.

Oración: Señor mi Dios, todo es por tu gracia. Por tu gracia me has atraído a ti y me has hecho tu hijo. Por tu gracia, conforme a tu promesa, me guardarás en la fe y me darás la felicidad eterna. Por tu gracia, desde la eternidad me has escogido y predestinado inalterablemente a mí, un pobre pecador, para la adopción de hijo y para la salvación. Completa tu obra de misericordia en mí, oh Señor, y guárdame en la verdadera fe, y permite que yo herede la vida eterna por los méritos de Jesucristo. Amén. Lo harás. Amén.

Señor, enséñanos a orar. San Lucas 11:1

Queremos aprender a orar. Y Dios nos enseñará en su palabra. La oración es una acción de adoración que hacen los hijos de Dios. Cuando los hijos de Dios oran, se acercan a su Padre celestial y hablan con él, llevan sus peticiones delante de él, y le ofrecen alabanzas y acciones de gracias. La oración se ofrece tanto con nuestros corazones como con nuestros labios. La oración es la palabra de la boca y la meditación del corazón. (Salmo 19:14). Hablar solamente con la boca, al mismo tiempo que uno no presta atención a las palabras habladas, es palabrería, y no una oración. Dios escucha la oración. Oye hasta el más débil suspiro del corazón. “El deseo de los humildes oíste, oh Jehová; tú dispones su corazón, y haces atento tu oído” (Salmo 10:17). ¿Qué es efectivamente lo que Dios dice? Dice: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído” (Isaías 65:24). Dios oye y contesta nuestra oración de antemano. Y nunca pienses, mi querido cristiano, que Dios desea que utilices muchas palabras y un lenguaje muy fino. Dice el Salvador: “Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosa tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis (San Mateo 6:7-8). Nosotros somos los hijos de Dios, y somos como niños pequeños, no importa la edad que tengamos. Así hablemos a nuestro Padre en tal forma como lo hacen los niños. Entre más sencillo, entre más como niños nos dirijamos a él, mejor le agrada. Cada cristiano puede orar, aunque sea completamente iletrado; y el docto tiene que olvidar su sabiduría cuando ora.

Oración: Querido Padre celestial, gran Dios, te doy gracias que por medio de Jesucristo soy tu hijo, y puedo orarte a ti, y contarte todo, llevar todas mis quejas y mis peticiones a ti en oración. Y tú misericordiosamente me oirás, porque eres tan bondadoso conmigo como lo es un padre con su hijo. Querido Padre celestial, concédeme tu Espíritu Santo, para que él pueda abrir mis labios y mi corazón, de modo que en todo tiempo pueda venir a ti y orarte a ti, gran fuente de toda gracia. Amén.

Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás. Salmo 50:15

¿Qué debe inducirnos a orar? ¿Qué debe animarnos a nosotros pobres, miserables pecadores, pero quienes, al mismo tiempo, somos los hijos de Dios, a orar? ¿Qué debe darnos hasta un intenso deseo de hacerlo? En primer lugar, el mandato de Dios. Dios nos lo manda. Él dice: “Invócame”. Esto, sin embargo, no es un mandato duro y áspero, sino más bien uno bondadoso y misericordioso. Y debemos estar contentos porque Dios así nos manda a orar y debemos decirle: “Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová” (Salmo 27:8). En segundo lugar, debe inducirnos a orar la promesa de Dios. Él dice: “Te libraré.” Y Jesús dice: “Pedid, y se os dará, buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (San Mateo 7:7). ¿Podría haberte dado una promesa más bondadosa y más consoladora? ¿No debemos, entonces, orar? Santiago tiene la razón en decir: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:2). En tercer lugar, nuestra necesidad debe inducirnos a orar. Invócame en el día de la angustia”, dice Dios. Nuestra necesidad es tan grande y hay tantas cosas que necesitamos. Nuestras necesidades son mayores de lo que sabemos o imaginamos. Necesitamos ayuda divina contra el diablo, el mundo y nuestra propia carne. Nuestro cuerpo y alma igualmente tienen necesidad. Tenemos necesidades respecto tanto a este tiempo presente y a la eternidad. No puede haber mayor necesidad de la que tenemos todos los días. Y somos completamente incapaces de ayudarnos a nosotros mismos. Por eso Dios nos dice: Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”. ¿No debe esto inducirnos a orar?

Oración: Te doy gracias y te alabo, oh Dios de misericordia, que me mandas a invocarte en mi necesidad e impotencia. Y tú prometes libramme. Oh, Dios, no permitas que me quede lejos, sea por temor de ti o porque dependa de mí mismo, sino más bien concédeme gracia por tu Espíritu Santo para que huya a ti, buscando ayuda solamente contigo, que no solamente eres el Todopoderoso, sino que también eres mi Padre misericordioso por medio de Jesucristo, mi Señor. Amén.

Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. San Mateo 4:10

¿A quién debemos orar? Seguramente no estás en duda acerca de esto. Debemos orar solamente al verdadero Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Él, el Dios trino, es el único verdadero Dios. Y hemos aprendido a conocerlo de su palabra. Todo lo que se llama Dios aparte de él es un ídolo, un dios imaginario, un dios hecho por los hombres. En dondequiera que se adore a un ídolo, como entre los judíos, entre los unitarios, y las logias, no debes participar en tales cultos pecaminosos. “¡Pero cómo!” dicen algunos, “pues, no hay más que un Dios”. Ellos quieren decir que uno también puede orar al llamado dios de la gente que acabamos de mencionar. Es cierto, hay solamente un Dios. Pero este único Dios es el Dios trino. Todo lo demás que se considere un dios es un ídolo. ¿Es justo que adores a ídolos, que participes en el culto a los ídolos? Tampoco debes invocar a los santos ángeles. Aunque son muy exaltados, no son más que espíritus que sirven y cumplen los mandatos de Dios. No pueden escuchar ni conceder respuesta a las oraciones. Isaías por el Espíritu Santo le dice a Dios: “Pero tú eres nuestro Padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová eres nuestro Padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre” (Isaías 63:16). Los santos en el cielo, los verdaderos santos, nos ignoran y no nos conocen ni nos oyen. Y los santos que hace el Papa no son nada. Debemos orarle solamente a Dios. Él oye y concede respuesta a nuestras oraciones; él es el Todopoderoso y es sumamente misericordioso para con nosotros.

Oración: Oh Dios verdadero, misericordioso, y amante, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que te has revelado a mí tan misericordiosamente para mi salvación, y que tan bondadosamente me invitas a invocarte: ¿Por qué debo dirigir mi oración a cualquier otro sino solamente a ti? ¡Lejos sea de mí el hacerlo! Solamente concédeme la gracia y tu auxilio de creer firmemente que tú seguramente oirás mi oración. Amén.

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Filipenses 4:6

¿Qué debemos pedir en nuestras oraciones? Querido cristiano, ¿no ves lo que dice Dios? En vez de preocuparte y molestarte, haz conocidas tus peticiones delante de Dios en la oración y ruego, dándole gracias con todo tu corazón por ser un Dios misericordioso, que desea tu oración. Pide todo a Dios en oración, no hay excepción. Puedes pedirle a Dios las cosas grandes. Nada es demasiado grande que él no lo pueda dar. Y también puedes pedirle a Dios las pequeñeces. Nada es demasiado pequeño o insignificante para que tu amoroso Padre celestial no lo tome en cuenta. Sobre todo, sin embargo, pídele a Dios las grandes y gloriosas bendiciones espirituales que son necesarias para tu bienestar espiritual, para tu eterna salvación. Cada cristiano sabe que esto es de suma importancia. Y también le pide a Dios las bendiciones temporales que son necesarias para conservar esta vida. Pero tienes que actuar como un hijo amado de Dios, y no pedir por ignorancia presuntuosa las cosas que estén en conflicto con la gloria de Dios y con tu bienestar temporal y espiritual. Jesús dijo: “Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (San Marcos 11:24). ¿Pero puedes realmente creer que Dios te daría algo que no promovería su gloria divina y tu bienestar temporal y espiritual? La gloria de Dios se promueve solamente cuando da dones realmente buenos. Oh cristiano, no tengas cuidado de nada, sino en todo, por oración y ruego, con acción de gracias, haz conocidas tus peticiones ante Dios. Pero mantén siempre una mente sencilla, que firmemente cree que Dios sabe mejor que tú lo que es realmente bueno y saludable para ti. Oiremos más de esto mañana.

Oración: Te doy gracias, mi querido Padre celestial, que por tu promesa misericordiosa me quitas todas mis preocupaciones, y me dices invocarte, y confiar que tú me darás lo que sea mejor para mí en el tiempo y en la eternidad. Dame, oh Padre bondadoso, el espíritu de adopción, para que pueda encomendar con confianza y gozo todo mi destino a ti, siempre mirándote, siempre invocándote; porque tú eres mi Dios sumamente bondadoso por medio de Jesucristo mi Salvador. Amén.

**Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.
San Lucas 22:42**

Tenemos que observar una distinción al ofrecer nuestras oraciones. Cuando pedimos cosas que son necesarias para nuestra salvación, sencillamente debemos pedir sin poner ninguna condición a nuestras oraciones. Y Dios seguramente contestará nuestra oración, porque él ha prometido hacerlo. Nuestro Señor y Salvador dijo: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (San Lucas 11:13). Y “esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14). Es otra cosa cuando pedimos algo que no es absolutamente necesario para nuestra salvación, y algo que Dios no nos ha prometido explícitamente. La fe de tan alto grado, como la de Pablo, por ejemplo, o aun la que poseyó Lutero, y dones particulares del Espíritu Santo, son dones espirituales verdaderamente preciosos, pero no son absolutamente necesarios para nuestra salvación, y el Espíritu Santo “reparte a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). La misma cosa se puede decir en cuanto a la liberación inmediata de la tentación espiritual y la aflicción corporal. ¿Es esto necesario para nuestra salvación? Al contrario, ¿No es tal tentación y aflicción saludable para nosotros? ¿Y piensas que el gozo constante de buena salud, buena fortuna, una abundancia de los bienes de este mundo siempre son saludables para nosotros y nuestros seres queridos, o hasta necesarios para nuestra salvación? Al pedir tales cosas, (y ciertamente puedes hacerlo), aprende de Jesús, el mejor de los maestros. Cuando en el Huerto de Getsemaní tuvo que tomar esa copa de la más amarga agonía, oró fervientemente que se le apartara esa copa de él, pero agregó: “Padre, si quieres, pase de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya”. Así tú también debes orar en todo asunto que no sea necesario para tu salvación. Déjalo a la voluntad de tu Padre celestial, que te ama con mucho cariño, y que seguramente desea tu salvación, si quiere darte estas cosas, y cuándo, y cuántas de ellas.

Oración: Mi querido Padre Celestial, fiel Dios, estoy seguro que me amas y deseas mi salvación. Por esto te doy las gracias con todo mi corazón. Dame, querido Padre, tu Espíritu Santo, para que yo pueda tener la voluntad de dejar todo lo demás a tu misericordia y tu sabiduría divina, creyendo firmemente que con tierno amor y fidelidad me guardarás y en amor me cuidarás, hasta que me reúnas con la comunidad de tus elegidos en el cielo, quienes te alaban y glorifican en toda la eternidad. Amén.

Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Gálatas 4:6

Los que no creen en nuestro querido Salvador Jesucristo no pueden realmente orar de una manera que agrade a Dios. No conocen ni aceptan la gracia y amor de Dios que se encuentran solamente en Jesucristo, y son recibidos solamente por medio de la fe en él. Están sujetos a la ira de Dios. ¿Cómo podrían realmente orar? ¿Cómo podrían tener la confianza de un niño en Dios que es necesario para una verdadera oración? ¿Cómo pueden sus oraciones ser aceptables y agradables a Dios? No, los incrédulos no pueden orar. Pero nosotros los pobres pecadores que creemos en Jesucristo somos los hijos amados de Dios. Y Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo en nuestros corazones, quien clama desde dentro de nosotros y junto con nosotros: “¡Abba, Padre!” Nosotros podemos verdaderamente orar, y hacerlo de una manera que agrada a Dios. Tenemos la gracia de Dios, somos santos muy amados. Siempre oramos en el nombre de Jesucristo. En toda nuestra oración y súplica nos basamos en esto, que por medio de Jesucristo hemos sido reconciliados con Dios. Y desde dentro de nosotros y junto con nosotros el Espíritu Santo siempre ora y hace súplica. Él es el Espíritu de nuestro Salvador, a quien el Salvador ha enviado a nuestros corazones. Así oramos con una confianza que es aceptable a Dios. Dependemos de la palabra de nuestro Salvador y confiamos en ella: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará.” (San Juan 16:23). Somos guiados por el Espíritu de Cristo, quien es a la vez el Espíritu del Padre, para contar a nuestro Padre celestial todo, así como lo hacen los niños, todos nuestros problemas, y siempre confiar en que él misericordiosamente concederá la respuesta a nuestras oraciones y nos dará los dones mejores y más saludables. Ésta, oh querido cristiano, es verdadera oración

Oración: Ah, mi Padre celestial, en todo tiempo dame el mejor Maestro para enseñarme a orar, tu Espíritu Santo, el Espíritu de tu querido Hijo, mi Salvador, para que en el nombre de él, mi Redentor, pueda orar a ti, y para que en la verdadera fe y confianza gozosa pueda encomendarme a tus todopoderosos brazos extendidos. Y luego escucha mi oración, oh Padre, y rica y abundantemente dame todo lo que sea bueno, benéfico, y saludable para mí, y llena mi pobre corazón con gozo y paz. Amén.

Orad unos por otros. Santiago 5:16

No debes orar solamente por ti mismo, mi querido cristiano, sino también por los demás. Los cristianos deben orar unos por otros. Ya que debes amar a tu prójimo como a ti mismo, debes también orar por tu prójimo como por ti mismo. Ora por tus seres amados, a quienes Dios ha unido contigo con los lazos familiares. Ora por tus amigos; éste es el mayor favor posible que puedes concederles. Ora por los demás cristianos, para que la gracia de Dios siempre quede con ellos. Ora por aquel a quien ves desviándose. Ora por tu enemigo. El Salvador dice: “Ora por los que os ultrajan y os persiguen” (San Mateo 5:44). Si oras por tu enemigo, seguramente lo amarás; porque no puedes odiar a aquel por quien oras. No olvides a tu predicador, tu pastor, cuando haces tus oraciones. El apóstol Pablo pidió tal intercesión. (Efesios 6:19; Colosenses 4:3). Y el mismo apóstol nos amonesta orar “por todos los hombres” (1 Timoteo 2: 1). Esto está de acuerdo con la voluntad misericordiosa de Dios de que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad. Hay cristianos que hacen una lista de las personas por quienes quieren orar en particular, y que diariamente ponen esta lista delante de ellos cuando oran en privado. Hacer esto es algo muy bueno. – Pero no debes orar por los muertos. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Dios ya ha juzgado a los muertos. Sus almas o están con los bienaventurados en el cielo o con los condenados en el infierno. Es una violación de la honra de Dios orar por los muertos. Dios juzga justamente. Pero ora, ora, ora por los que aún viven, porque ellos todavía viven en el día de la salvación.

Oración: Señor, Dios de misericordia, que deseas que nosotros, tus hijos, oremos unos por otros, derrama sobre mí, te pido, el espíritu de amor y de oración, de modo que haga gustosa y voluntariamente, diligente y fervientemente según tu voluntad, y pueda creer firmemente que mi intercesión no es en vano, sino que te mueve a tener compasión y misericordia de mi prójimo, porque gustosamente tú nos ayudas por medio de Jesucristo, el Salvador del mundo. Amén.

Oren en todo lugar. 1 Timoteo 2.:8

Sí, puedes orar en todo lugar. Isaac había salido a orar en el campo en la tarde. (Génesis 24:63). Para confesar públicamente su fe, Daniel oraba desde la ventana abierta de su casa tres veces al día. (Daniel 6:10). Jonás oro al Señor, su Dios, desde el vientre de un pez. (Jonás 2:1). Nuestro Salvador subió a un monte a solas para orar. (San Mateo 14:23). Los primeros 120 discípulos de Dios continuaron unánimes en oración y ruego. (Hechos 1:14). Pablo y Silas oraron en la cárcel a media noche. (Hechos 16:25). Puedes orar en cualquier parte. Solamente, “cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie, en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve lo secreto te recompensará en público” (San Mateo 6:5-6). Así, tu cuarto es un lugar bueno, muy bueno, para que ofrezcas tu oración diaria. Y cuando digas las oraciones en el culto público o en las devociones familiares, no distraigas tu atención, no seas flojo, sino únete con todo tu corazón en la oración, súplica, acción de gracias, alabanza. Hay una promesa especial para la oración unida. Porque Jesús dice: “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (San Mateo 18:19-20).

Oración: Misericordioso Dios y Padre, en dondequiera que esté, tú estás conmigo, y tu ojo, Padre, me ve, y tu oído está inclinado para oír lo que deseo de ti. Soy tu hijo. ¿Debo estar, entonces, mudo, y debería estar mi corazón cerrado hacia ti? ¿No debo hablarte e invocarte como un hijito le habla a su madre, pidiéndole esta y otra cosa? Oh Padre celestial, que bondadosamente te inclinas a mí; dame tu Espíritu Santo, para que con confianza sencilla pueda elevar mi corazón a ti por medio de Jesucristo. Amén.

Orad sin cesar. 1 Tesalonicenses 5:17

Los burladores representan a este texto como si los cristianos no debieran hacer nada sino orar todo el tiempo. Pero vamos a ver lo que quiere decir. Cuando un niño está con su madre, y juega o aprende su lección, o hace esto o aquello, ¿no habla todo el tiempo con su madre al mismo tiempo?, ¿Se queda su boquita en silencio? ¿Y no pide muchas cosas? ¿No entiendes ahora lo que significa “orar sin cesar”? En dondequiera que esté un cristiano, un hijo de Dios, y sea cual fuere lo que esté haciendo, siempre sabe que está con su Dios, y que su Dios está con él. Y así su corazón siempre estará con Dios, y tiene algo que decir a Dios todo el tiempo, alguna queja, o alguna petición a llevar delante de él, o algo por qué dar las gracias. Y así lo desea nuestro bondadoso Dios de amor. “Orad sin cesar”. Pero el cristiano también tiene que tener horas fijas del día para sus oraciones diarias. Debe decir su oración de la mañana y de la tarde. Debe dar las gracias antes y después de la comida. Y una vez al día, al menos, debe tener devociones privadas, es decir, debe leer la Biblia con atención, agregando una oración o tal vez un himno. ¿Debe un cristiano solamente participar de pan del cuerpo y no igualmente de pan espiritual todos los días? En cada familia cristiana el padre o la madre debe preocuparse por tener devociones familiares todos los días. Estas devociones deben ser breves y buenas, para que no nos llenemos de cansancio y disgusto a causa de nuestra carne pecaminosa. Pero especialmente, mi querido cristiano, cuando la cruz y la tribulación te aflijan, recuerda el texto: “Jehová, en la tribulación te buscaron; derramaron oración cuando los castigaste” Isaías 26:16.

Oración: Señor Dios, que eres mi querido Padre por medio de Jesucristo mi Salvador, dame, te ruego, tu Espíritu Santo para que pueda orar a ti sin cesar, como me conviene a mí, tu hijo amado. Concédeme gracia para nutrir mi alma pobre, débil y pecaminosa, con tu palabra todos los días, para que puedas guardarla para la vida eterna, y para que en esta vida presente pueda creer y fortalecerse en temerte y amarte. Amén.

Padre nuestro que estás en los cielos. San Mateo, 6:9

El Padrenuestro es la mejor oración que existe porque el Señor Jesucristo mismo nos la ha enseñado. Y Cristo nos instruye a dirigirnos a Dios con el nombre de “Padre”: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Y lo que enseña Jesús, lo enseña Dios. Dios quisiera con estas palabras tiernamente invitarnos a creer que él es nuestro verdadero Padre, y que nosotros somos sus verdaderos hijos, para que con valor y plena confianza le supliquemos, como hijos amados a su amoroso Padre. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1). El Padre hizo esto por medio de Jesucristo y a causa de Jesucristo, quien es nuestra propiciación. Y nos ha dado a nosotros pobres pecadores su Espíritu Santo, que nos atrae hacia él. Y no hemos recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, como si todavía estuviéramos bajo la ley que nos condena, sino hemos recibido el Espíritu de adopción, por lo cual clamamos: “Abba, Padre” (Rom. 8:15). ¿Qué más quisieras o qué más esperas, ya que el mismo santísimo Dios, toda la bendita Trinidad, amorosamente se digna venir a ti, invitando y rogándote a orar? Dios desea ser tu querido Padre, y tú debes ser su querido hijo, y has de depender de él y pedirle todas las cosas. Ahora, ¡no seas renuente! ¡Hazlo! ¡Toma libremente! ¡No seas tímido! Dios sabe que eres un pecador. Y sin embargo quiere que le llames Padre. Entonces, ¡sé su hijo! y si te faltan muchas cosas que el hijo de Dios debe tener, no te quedes atrás con timidez por esa causa, sino apresúrate a ir a tu Padre celestial, y pídele para que te lo dé. Con tu propio poder, es cierto, jamás lo puedes obtener. Dios tiene que darlo y lo hará.

Oración: ¡Oh Dios, qué misericordioso eres! Tú quieres ser mi querido Padre, y yo debo ser tu querido hijo. Y con todo valor y plena confianza debo pedirte todo. Así, aquí estoy, pero siempre anímame de nuevo, querido Señor, para que pueda pedirte toda cosa buena, en el nombre de Jesucristo. ¡Siempre tráeme a tu brazo paternal por medio de tu Espíritu Santo! Amén.

Santificado sea tu nombre. San Mateo 6:9

Esta es la primera petición que debemos hacer. Debemos orar para que el nombre de Dios sea santificado entre nosotros. ¿Cuál es el nombre de Dios? Pues, el nombre “Padre”. Debemos rogar para que Dios nos conceda gracia, para atesorarlo como algo sagrado, y como el mayor bien que puede haber, el que Dios desea ser nuestro amoroso Padre, y que podemos dirigirnos a él con ese nombre. Debemos orar a Dios, escribir este nombre “Padre” en nuestro corazón con el fuego de su Espíritu Santo, para que esta bendita verdad siempre esté encendida y brille en nuestros corazones: ¡Dios es mi Padre! Dios hace esto por medio de su palabra, su palabra de gracia. Por tanto debemos orar para que pueda ser enseñada entre nosotros la palabra de Dios en su verdad y pureza. Además debemos orar a Dios para que nos conceda su Espíritu Santo, de modo que sinceramente estemos contentos y nos regocijemos y demos las gracias por el hecho de ser sus hijos, y como hijos de Dios podamos llevar una vida santa conforme a su palabra. ¡Que Dios nos preserve de llevar una vida impía, de llevar una vida indigna de un hijo de Dios! Con la falsa doctrina y con una vida impía el nombre de Dios es profanado. “¡Santificado sea tu nombre!” Esta es y tiene que ser la primera petición. Dios viene para encontrarse con nosotros pobres pecadores en Cristo Jesús por medio de su palabra y del Espíritu Santo, y dice: quiero ser y deseo ser llamado tu Padre. Luego cada uno de nosotros sobre todo debe contestar y orar: “¡Santificado sea tu nombre!” ¡Ah, sí Señor, permíteme conocer esto, permíteme comprenderlo, permíteme vivir y morir, confiando en esta verdad salvadora, que tú eres mi Padre, y que yo soy tu hijo.

Oración: Señor Dios, nuestro Padre en el cielo, nosotros, tus hijos, que todavía somos tan débiles e indiferentes, te rogamos concedernos tu gracia, para que tu dulce nombre pueda ser santificado entre nosotros no solamente con nuestro corazón, sino con todo lo que decimos o hacemos. Concédenos tu palabra en su verdad y pureza, para que la luz de tu gran misericordia pueda brillar siempre más para nosotros. Guárdanos en tu gracia contra toda falsa doctrina por la cual tu nombre es profanado, y contra toda vida impía, con la cual tu nombre está expuesto a la vergüenza. Amén.

Venga tu reino. San Mateo 6:10

No se refiere al reino de poder, porque eso comprende a toda criatura en el cielo, la tierra y el infierno. Se refiere al reino de gracia, y al reino de gloria. Pedimos en esta segunda petición que los confines del reino de gracia puedan abarcarnos también a nosotros, que la gloria del reino de gloria pueda adornar y bendecirnos a nosotros también. Esto debe ser nuestro mayor cuidado y nuestra oración más profunda, que mientras vivamos en este mundo, pertenezcamos al Sión de Dios, al rebaño de Cristo, a la única santa iglesia cristiana, a la comunión de los santos, al verdadero cristianismo. Sobre esta iglesia él que una vez fue coronado de espinas, pero ahora es coronado con gloria, reina con su gracia y con su palabra de gracia, y los ciudadanos de este reino se apresuran a besar su cetro, movidos por el Espíritu Santo. Oramos para que cuando se termine nuestra vida terrenal, los ángeles nos lleven a donde veremos la gloria del Señor y participaremos de ella, y donde seremos bañados en gloria continua y sin fin. Esto se hará cuando nuestro Padre celestial nos dé su Espíritu Santo, de modo que por su gracia creamos su santa palabra, y llevemos una vida piadosa, aquí en el tiempo y después en la eternidad. También oramos para que el Espíritu Santo pueda morar en nosotros constantemente, para que podamos quedarnos firmes en la verdadera fe y en una vida santa, en el amor y temor de Dios hasta que alcancemos la meta en donde todas las benditas perfecciones de la eternidad nos adornarán y nos circundarán, y será nuestra porción y posesión dentro y fuera. Pero también oramos para que se extienda el reino de gracia más y más y que siempre más almas puedan participar de las bendiciones del reino de gloria, y que Cristo venga pronto, sí, pronto.

Oración: Señor, querido Padre celestial, te ruego, guárdame en el reino de gracia de tu querido Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, por medio de la fe en él, y finalmente recíbeme en su bendito reino de gloria. Trae también a los errados que andan en tinieblas, a los cautivos de Satanás, al conocimiento de la verdadera fe en Cristo. Completa el número de tus elegidos y permite que amanezca pronto tu reino de gloria. Amén.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. San Mateo 6:10

La voluntad de Dios hacia nosotros es una voluntad buena y misericordiosa. Dios quiere que seamos sus queridos hijos y que obtengamos la vida eterna. Quiere que vivamos en su reino aquí en el tiempo y después en la eternidad, y por tanto que abracemos a Cristo en verdadera fe. Contra esta voluntad buena y misericordiosa, el consejo malo y la voluntad del diablo, el mundo y nuestra carne se levanta en rebelión. Este mal consejo y voluntad no quiere que santifiquemos el nombre de Dios. Tampoco quiere que venga el reino de Dios. Debemos por tanto clamar y orar: **hágase tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra.** En el cielo no hay ninguna mala voluntad que se rebele contra la buena voluntad de Dios, por tanto rogamos en esta petición que Dios desbarate y estorbe todo mal propósito y toda mala voluntad que nos impida santificar el nombre de Dios, y que él nos fortalezca y nos mantenga firmes en su palabra y en la fe hasta el fin de nuestros días. Rogamos al todopoderoso y fiel Padre para que venga en nuestro auxilio y se oponga al diablo, al mundo, y a nuestra carne, para que a pesar de su enemistad, nosotros permanezcamos siendo sus hijos y obtengamos la eterna salvación ¡Cuán necesaria es esta petición! Y Dios seguramente la concederá. Ha prometido fortalecernos y conservarnos firmes en su palabra y en la verdadera fe hasta el fin de nuestros días. Nos ha dicho: “Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar salvación” (1 Pedro 1:5). Y lo que es más, él mismo nos ha mandado a orar así. – Mi querido cristiano, cuando ves correctamente el asunto, tienes que reconocer que tu enemigo más peligroso es tu propia carne depravada. Y cuando Dios desbarata y estorba su mal consejo y voluntad, te va a doler, y estarás en tribulación. Pero regocíjate en esto y sé paciente, sabiendo que Dios está cumpliendo su voluntad buena y misericordiosa en ti, y di: “hágase tu voluntad”.

Oración: Querido Padre celestial, Dios fiel, te ruego que hagas en mí tu buena y misericordiosa voluntad, y que desbarates y estorbes la voluntad mala y contraria del diablo, del mundo y de mi propia carne. Y dame, oh Padre, tu Espíritu Santo, para que en todo tiempo pueda resignarme a tu voluntad, para que en toda la eternidad te pueda alabar y glorificarte a ti, oh Padre, por tu gran fidelidad. Amén.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. San Mateo 6:11

¡Qué tiernamente recuerda nuestro Padre celestial aún nuestro pobre cuerpo y sus faltas y necesidades! Su Hijo, nuestro querido Salvador, nos enseña a orar: “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. Con “el pan de cada día” quiere decir todo lo que pertenece al sostén y las necesidades del cuerpo. Por tanto, Dios nos dará esto si le pedimos en el nombre de Jesús. No debemos preocuparnos como, desafortunadamente, estamos muy prestos a hacer, sino que debemos orar. Y debemos orar por lo que necesitamos cada día, “dánoslo hoy”; no debemos estar preocupados acerca del día de mañana. Debemos llegar a ser como niños pequeños. ¿Se preocupan los chiquitos de su comida y ropa? ¿No piden más bien a sus padres lo que necesitan? ¿Y has oído a un niño decir: Mamá, dame algo para comer mañana? ¿Se preocupa el niño de la mañana? ¡Seamos hijos sencillos de Dios! Pero recuerda, mi querido cristiano, que tu Salvador no te manda a pedir gran abundancia o lujos, sino el sencillo pan diario. Esto te proveerá. Y si se te ocurre el pensamiento de que aún a los malos, que nunca oran, Dios les da no solamente el pan diario sino hasta riquezas y abundancia, luego nota dos cosas. En primer lugar, como hijo de Dios, seguramente tú deseas recibir tu pan diario de la mano de Dios con oración y acciones de gracias. Y además, ¿pueden los malos depender de que Dios en todo tiempo les dé su pan diario? De ningún modo. Pero tú sí puedes, por tanto ora con un corazón sencillo: “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. Y comparte tu pan con tu prójimo necesitado.

Oración: Querido Padre celestial, dame tu Espíritu Santo, para que toda mi preocupación sea que yo permanezca como tu hijo querido. Luego permite que diligentemente cumpla con mis deberes según mi vocación y estado de vida, en que tú me has puesto, y permite que siempre busque mi pan de cada día de tu bondad paternal, de ningún modo cargando mi corazón con preocupaciones paganas; porque tú eres mi querido Padre, por medio de Jesucristo. Amén.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. San Mateo 6:12

Diariamente pecamos mucho. Esto es cierto. Tampoco merecemos nada sino el castigo. Y no merecemos que Dios acepte y oiga nuestras oraciones y peticiones. Pero el Hijo de Dios, nuestro misericordioso Sumo Sacerdote, que ha expiado nuestro pecado y culpa, nos manda ir, así como lo hacen los niños, a nuestro Padre celestial cada día y pedir: Perdónanos nuestras deudas. Y nuestro Padre celestial seguramente nos perdona y lo hace con gran misericordia. No considera nuestros pecados, y no nos culpa de ellos. No niega nuestra oración a causa de ellos, sino que misericordiosamente nos da toda clase de cosas buenas. Y luego nuestro Salvador nos enseña a prometer y jurar que nosotros también perdonaremos a los que pequen contra nosotros. Si nuestro Padre celestial abundante y diariamente nos perdona todos nuestros pecados, y nos da toda clase de bendición, luego, seguramente, nosotros también debemos perdonar de corazón y estar prestos para hacer el bien a los que pequen contra nosotros. El conocimiento de la gracia de Dios, y nuestra fe en él, que hacen de nosotros nuevas criaturas, naturalmente efectúan esto entre nosotros. El que no quisiera perdonar a su prójimo realmente no conoce ni confía en la gracia de Dios, o la ha malgastado, para decirlo así, y la ha olvidado. Tal persona no puede tener el perdón de Dios. Y si, sin embargo, ora la quinta petición del Padrenuestro, al hacerlo invoca sobre sí mismo la ira de Dios. Porque la quinta petición dice: “Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

Oración: Querido Padre celestial, te pido por causa de Jesucristo y por mandato de él que no mires mis pecados, ni por causa de ellos rechaces mi oración que te ofrezco. Es cierto, no soy digno de ninguna de las cosas por las cuales pido, ni las he merecido; porque diariamente peco mucho y no merezco nada sino el juicio. Pero, a pesar de esto, en tu misericordia concédeme todo. Así yo también de corazón perdonaré y haré bien a los que pequen contra mí, que soy pobre pecador. Lo haré con la ayuda de la gracia de tu Espíritu Santo. Amén.

Y no nos metas en tentación. San Mateo 6:13

Hay dos tipos de tentación, la tentación para el bien y la tentación para el mal. La tentación para el bien es enviada por Dios; la tentación para el mal viene del diablo, del mundo y de nuestra carne. La tentación para el bien consiste en esto, que Dios prueba a sus hijos para fortalecer su fe. Así Dios tentó a Abraham (Gén. 22:1-19), y así Jesús puso a prueba a la mujer sirofenicia (San Marc. 7:25-30). La tentación para el mal consiste en esto, que el diablo, el mundo y nuestra carne quisieran engañar o seducirnos a la falsa creencia, a la desesperación, y a otras grandes vergüenzas y vicios. Así el diablo tentó a Adán y Eva (Gén. 3:1-6), a nuestro Salvador (San Mat. 4:1-11), y a Judas Iscariote (San Juan. 13:2). Por medio de tal tentación Caín y Judas cayeron en desesperación (Gén. 4:13; San Mat. 27:4-5), y Pedro en el terrible pecado de negar a su Señor (San Luc. 22:54-60). ¿Qué es, entonces, lo que debemos significar al decir a nuestro Padre celestial: “y no nos metas en tentación”? Debemos querer decir y orar que Dios nos proteja y guarde de modo que el diablo, el mundo y nuestra carne no nos engañen, ni nos seduzcan con una falsa creencia, a la desesperación, o a otros grandes vicios y vergüenzas, y que aunque seamos muy tentados, al fin vencamos y obtengamos la victoria. Y si pedimos en esta forma, ciertamente seremos oídos. Por tanto esta petición es para nosotros un escudo potente y victorioso y un arma en esta pobre vida que está tan llena de tentaciones.

Oración: Querido Padre celestial, no puedo en ninguna forma, ni por ningún poder mío, resistir las tentaciones con que soy atacado por el diablo, el mundo y mi propia carne depravada. Muy pronto me pierdo. Pero en el nombre de tu querido Hijo, mi Salvador, clamo a ti, para que me guardes en toda tentación. Y así, por tu gracia estoy confiado en que al fin venceré, obtendré la victoria, y por medio de la verdadera fe entraré a la vida eterna. Amén.

Mas libranos del mal. San Mateo 6:13

¿Encuentras fácil llevar la cruz y la tribulación? Probablemente no. Duele la cruz y la tribulación. Gemimos bajo ella. Nos parece un mal; y en sí mismo es un mal con que somos visitados a causa del pecado. Y ahora nuestro querido Salvador Jesucristo viene y nos dice que oremos: “Libranos del mal”. El significado de la petición es éste: Primero, debemos orar para que Dios nos guarde de los muchos males, de cuerpo y alma, de propiedad y honor, para que se alejen de nosotros, aunque los hemos merecido. ¡Y lo hace! En segundo lugar, debemos orar para que, por su Espíritu Santo, Dios nos ayude a llevar gustosa y gozosamente la cruz que él nos impone para nuestro beneficio, y que él la tiemble, y pronto nos la quite, si tal es su santa voluntad. Y, por fin, debemos orar para que finalmente, al llegar nuestra última hora, Dios nos conceda un fin bienaventurado, y misericordiosamente nos lleve de este valle de lágrimas a sí mismo en el cielo. No habrá cruz, no habrá dolor, no habrá muerte, no habrá la amargura de la separación. Allí seremos completamente librados de todo mal. Así, fortalécete con esta petición, mi querido cristiano, contra la alarma y la desgracia, contra la tristeza, la mala fortuna, contra la lamentación, contra la enfermedad, el desánimo, el cuidado, y el temor, contra todo día malo. Y que siempre la misericordiosa aceptación que haga el Padre de tu oración eche una luz consoladora sobre tu camino, hasta que amanezca sobre ti la bendita luz del cielo.

Oración: Oh mi querido Padre celestial, líbrame de todo mal, por amor a Jesús. Dame tu Espíritu Santo para que pueda saber con absoluta seguridad que toda cruz con que tú todavía me afliges no es un mal, sino la bendición eterna, y concédeme gracia para llevarla con paciencia. Oh mi Dios, en bondad paterna ten compasión de tu frágil hijo, y trata misericordiosamente conmigo. Y al fin, oh mi Padre, llévame lejos, lejos de todo mal, a tu mansión bendita. Amén.

Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria por todos los siglos. Amén. San Mateo 6:13

Esta es la conclusión del Padrenuestro. Agregando estas palabras debe ser nuestra intención decirle a Dios en toda sencillez que, como el Señor y Rey del reino en que hemos obtenido ciudadanía, es solamente en él en quien debemos buscar ayuda; que solamente él tiene el poder de conceder nuestras peticiones, y que, de igual forma, toda gloria, honor y alabanza que resulten serán solamente suyos. Y luego debemos decir: Amén. Y no debemos agregar este Amén a nuestra oración por costumbre, sin pensar, sino que tiene que ser un Amén consciente, fuerte, firme, creyente. ¿Qué es lo que quiere decir la palabra Amén? Amén quiere decir: “Sí, así sea”. Debemos estar seguros de que estas peticiones son aceptables a nuestro Padre en el cielo, y de que son oídas por él; porque él mismo nos ha mandado orar así, y ha prometido escucharnos. Dios dice Amén a tales peticiones, y nosotros también debemos regocijarnos en fe y decir con confianza: Amén, Amén; sí, sí, así sea. Querido cristiano, estudia el Padrenuestro, y aprende y considera lo que Dios te manda orar en él, y qué es lo que así promete darte. Encontrarás en él una abundancia de dones por los cuales puedes pedir y que Dios te dará, y que te harán verdaderamente contento y bienaventurado en el tiempo y en la eternidad. El Padrenuestro es un tesoro abierto, lleno de riquezas, y Dios demuestra estos tesoros y dice: pídemelos, y seguramente te los daré. ¡Abre tus ojos, tu corazón y tus labios, y pide, cree y di: Amén. ¡Ésos son míos! Amén.

Oración: Mi querido Padre celestial, yo, un pobre pecador, te doy gracias por Jesucristo, mi Salvador, que puedo así dirigirme a ti. Escribe tu nombre de “Padre” en mi corazón con tu palabra y con tu Espíritu. Permite que yo esté en tu reino, aquí en el tiempo y después en la eternidad. Esta es tu voluntad misericordiosa y buena; ¡qué se haga esta voluntad en mí! También dame mi trozo de pan. Y perdóname misericordiosamente todos mis pecados, y dame gracia para perdonar gustosamente a los que pequen contra mí. Y no me dejes caer en tentación. Y líbrame en todo tiempo del mal, finalmente de todo mal. Amén, mi Padre. Seguramente lo harás. Amén.

Es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Romanos 1:16

Nuestro Señor Jesucristo por medio de su preciosa sangre ha comprado para nosotros el perdón de los pecados, la vida y la salvación, y también el Espíritu Santo para encender en nosotros la fe. Estos tesoros de su gracia los ha puesto en el evangelio; y por medio de él los da a nosotros. Así el evangelio es el poder de Dios para la salvación. Y así el evangelio es un medio de gracia, un medio por el cual Dios nos da toda su gracia. Y por medio de la fe – la cual Dios engendra por medio del evangelio – llegamos a poseer los tesoros de su gracia que el evangelio contiene. Así el evangelio es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. – Como un cofre puede contener tres divisiones llenas de tesoro, así el evangelio tiene tres partes por medio de cada una de las cuales se nos dan los mismos dones de gracia. Estas tres partes son: La palabra, el bautismo y la Santa Cena. Y así podemos decir que hay tres medios de gracia. El bautismo y la Santa Cena se llaman sacramentos, o actos sagrados. Porque el bautismo y la Santa Cena se llaman sacramentos, o actos sagrados ordenados por Dios, mediante los cuales, por ciertos medios externos conectados con su palabra, él ofrece, provee y sella para los hombres la gracia que Cristo ha merecido. El medio externo conectado con la palabra de Dios en el bautismo es el agua; en la Santa Cena es el pan y el vino. Por medio de estas señales visibles los sacramentos te hacen ver clara y visiblemente que Dios te otorga aún a ti su gracia, o sea, el perdón de pecados, la vida y la salvación, y también el Espíritu Santo. ¡Cuánto amor y cuidado tiene Dios de nosotros! ¡Cuánto hace para convencernos con seguridad de que él verdaderamente nos da su gracia! Por tanto, debemos participar libremente de ellos, regocijándonos en la fe, y debemos agradecerle con corazón y obra.

Oración: Te doy gracias, mi Dios, por tu santo evangelio, mediante el cual revelas, das y provees para mí tu gracia salvadora que Cristo me ha conseguido. Y te doy gracias por tus santos sacramentos mediante los cuales tratas conmigo individualmente, y me sellas a mí tu gracia por medio de señales visibles. Te ruego, Dios misericordioso, que así me hagas firme y gozoso en la fe, y completamente seguro de tu gracia. Amén.

Por tanto, Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. San Mateo 28:19

Bautizar quiere decir lavar, lavar con agua. Pero el bautismo cristiano es “el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26). El Dr. Lutero por tanto dice: “el bautismo no es solamente agua, sino que es el agua comprendida en el mandato divino y ligada con la palabra de Dios”. El bautismo cristiano no ha sido ordenado por los hombres, sino por Dios. Dios lo ha instituido, Dios lo ha mandado. Es el agua comprendida en el mandato divino. El Señor les dijo a sus discípulos: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos”. Y Dios ha unido su palabra con el agua. Es agua conectada con la palabra de Dios. El Señor dijo: “Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. Esta palabra demuestra lo que realmente es el bautismo. Nosotros, los pecadores perdidos y condenados, somos bautizados, lavados o bañados, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Somos lavados y bañados en lo que el Dios Trino revela que ha hecho por nosotros. Somos lavados y bañados en la gracia y el amor del Padre quien por los méritos de Cristo nos recibe como sus hijos. Somos lavados y bañados en el mérito de la sangre del Hijo, que nos ha hecho justos y buenos delante de Dios. Somos lavados y bañados en el poder santificador del Espíritu Santo, que enciende en nosotros la fe y nos hace nuevas criaturas. Así el bautismo nos admite en la comunión misericordiosa del Dios Trino. – ¡Oh Cristiano, eres bautizado! ¡Agradece a Dios la gracia maravillosa, de la cual te ha hecho partícipe por medio de este santo sacramento!

Oración: Te doy gracias, Señor Dios Trino, porque me has librado del poder de las tinieblas, y me has trasladado a tu reino de gracia, y me has hecho partícipe de tu gracia. Concede, oh Señor, que hasta la hora de mi muerte me consuele en esta verdadera fe que he recibido por medio de este santo sacramento, y así obtenga la salvación. Amén.

El lavamiento del agua por la palabra. Efesios 5:26

¿Qué dones o beneficios confiere el bautismo? – Precisamente porque es el lavamiento por la palabra, tiene gran poder. Da perdón de los pecados, la vida y la salvación, y el Espíritu Santo para encender en nosotros la fe. O, como lo expresa el doctor Lutero, “obra el perdón de los pecados, libra de la muerte y del diablo y da la salvación eterna a todos los que creen lo que dicen las palabras y promesas de Dios”. Y ahora permítenos mostrarte tales palabras y promesas de Dios con las cuales el bautismo recibe su gran poder. El Espíritu de Dios dice: “Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:25-26), y, “arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 2:32), y, “Levántate, y bautízate, y lava tus pecados” (Hechos 22:16). Ves que el bautismo obra el perdón de los pecados. Y dice Jesús: “El que creyere y fuere bautizado será salvo” (San Marcos 16:16). Y el apóstol por inspiración del Espíritu Santo habla así: “El bautismo que corresponde a eso ahora nos salva” (1 Pedro 3:20-21). Ves que el bautismo da eterna salvación. Y el apóstol escribe por inspiración del Espíritu Santo: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:4-7). Aquí ves que el bautismo nos salva y que nos da el Espíritu Santo para regenerar y renovarnos por medio de la fe, para que seamos justos delante de Dios y herederos de la vida eterna. ¡Toma, entonces, oh cristiano, los dones de gracia que Dios te ha dado por el bautismo! ¡Toma y guárdalos con seguridad por la gracia del Espíritu Santo quien también te es dado por medio del bautismo!

Oración: ¡Ayúdame oh Dios, ayúdame para que en verdadera fe pueda retener firmemente los tesoros grandes y salvadores que tú me has dado por medio del bautismo! Ayúdame a hacer esto por medio de tu Espíritu Santo, a quien has derramado abundantemente sobre mí en el bautismo. ¡Ayúdame para que nunca pierda el perdón de los pecados ni la vida eterna que me has dado! Amén.

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Romanos 6:4

Por medio del bautismo nosotros los cristianos somos hechos partícipes de Cristo, y de toda la salvación que ha obtenido para nosotros. “Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27). Cristo murió y fue sepultado por nuestros pecados como nuestro sustituto. Nosotros somos hechos partícipes de esto por medio del bautismo. Nuestros pecados ya no pueden condenarnos ni controlarnos. “Somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”. Cristo, nuestro sustituto fue levantado de los muertos por la gloria del Padre, y ahora vive una vida nueva, libre de la carga de nuestro pecado. De esto, también, somos hechos partícipes por medio del bautismo: tenemos una vida nueva, libre de la carga de nuestro pecado. “Así también nosotros andemos en vida nueva”. ¿Qué significa esto? Significa que el viejo Adán en nosotros, la naturaleza pecaminosa que hemos heredado de Adán y en la cual nacemos, debe morir, debe ser ahogado por el pesar y el arrepentimiento diarios, y debe morir con todos sus pecados y malos deseos. Diariamente nosotros los cristianos debemos arrepentirnos del pecado que todavía se nos adhiere, y pedirle a Dios que los perdone por los méritos de Cristo. Esto mata el poder del pecado. “Y que debe cada día surgir y resucitar el nuevo hombre, para vivir eternamente delante de Dios en justicia y pureza”. Tal nuevo hombre y un nuevo ser y vida espiritual, está en nosotros los cristianos por medio de la gracia que hemos recibido. Este nuevo hombre debe resucitar en nosotros diariamente para una vida y manera de andar piadosas. Y este nuevo hombre vivirá para siempre, en la gloria eterna, librado completamente del viejo Adán. – Esto es lo que nuestro bautismo debe significar para nosotros los cristianos.

Oración: Señor mi Dios, que de gran misericordia por el lavamiento de regeneración me hiciste partícipe tanto de la muerte y de la vida de mi Salvador, te pido me otorgues el poder del Espíritu Santo para que diariamente muera para el pecado, y viva para ti y te sirva, hasta que en la vida venidera esté completamente renovado y perfectamente feliz. Amén.

De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es. San Juan 3:5-6

La muy extendida secta bautista – de hecho, toda la iglesia reformada, de la cual es una rama – considera el bautismo solamente una ceremonia externa, sin poder regenerador. Y dicen que es un error bautizar a los pequeños, porque, según dicen, los pequeños no pueden creer. ¿Deben ser bautizados en su infancia los niños que nacen en la iglesia cristiana? Sí, claro; porque son carne nacidos de carne, habiendo heredado la depravación pecaminosa de sus padres. Y con mucha solemnidad el Señor Jesús nos asegura del hecho de que nadie puede entrar en el reino de Dios a menos que nazca de agua y del Espíritu, o sea, que sea regenerado. ¿Y a quién nos manda bautizar Jesús? A todas las naciones. (San Mateo 28:19). Seguramente también están incluidos en “todas las naciones” los niños pequeños. Y enfatizó muy particularmente que el reino de Dios es de los pequeños. (San Marcos 10:14). Por tanto, también el bautismo, el cual los regenera para el reino de Dios, pertenece a los pequeños. ¿No fueron circuncidados los niños pequeños del pueblo de Dios en el Antiguo Pacto al octavo día por el mandato divino? ¿Y no ha tomado el bautismo el lugar de la circuncisión en el Nuevo Testamento? (Colosenses 2:11-12). Y también los pequeños pueden creer; el Espíritu Santo que es derramado sobre ellos en el bautismo, enciende en ellos la fe, aunque no entendemos la manera en que lo hace. Jesús habla de niños pequeños que creen en él. (San Mateo 18:2-6). Así, de la boca de los niños y de los que maman, el Señor ha fundado la fortaleza a causa de sus enemigos. (Salmo 8:2; San Mateo 21:16). Y Juan el Bautista fue lleno del Espíritu Santo ya en el vientre de su madre, y creyó en su Salvador. (San Lucas 1: 15 y 44). Oh cristiano, no te engañes, sino consuélate con el bautismo que has recibido en tu infancia.

Oración: Señor, ayúdame, para que no sea llevado al error por la doctrina falsa e imaginaria. Dame gracia para consolarme con el bautismo que he recibido en la infancia hasta la hora en que me muera, y por la gracia que he obtenido en él obtener la vida eterna. Amén.

Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. Apocalipsis 2:10

¡Querido cristiano! Tú, sin duda, fuiste bautizado cuando eras niño. Allí recibiste la gracia de Dios que Cristo te ha procurado. Allí el Espíritu Santo encendió la fe en ti. Por tanto, allí fuiste regenerado y hecho hijo de Dios. Aquí, de hecho, tú hiciste lo que tus padrinos hicieron en tu nombre: renunciaste al diablo con todas sus obras y todos sus caminos, y prometiste ser fiel al Dios Trino, a ser suyo en vida y muerte, en tiempo y eternidad. Desde ese momento esta palabra de nuestro Señor se aplica a ti: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” ¿Siempre has sido fiel? ¿O, habiendo caído, volviste a tu gracia bautismal por medio de la fe en Cristo? – Nota bien lo que es la voluntad y el arreglo respecto a sus hijos bautizados. Tan pronto como sea posible deben ser nutridos con la palabra de Dios, con diligencia, diaria y rectamente, para que permanezcan fieles. Esto es lo que Jesús quería decir al decir a Pedro: “Apacienta mis corderos” (San Juan 21:15). El Espíritu Santo amonesta a los padres a que hagan esto, diciendo que deben criarlos en disciplina y amonestación del Señor. (Efesios 6:4). Con este fin las congregaciones cristianas mantienen escuelas parroquiales cristianas. Con el mismo fin nuestros hijos reciben instrucción especial para la confirmación. En la confirmación, que es una buena costumbre de nuestra iglesia, los niños, después de la debida instrucción, públicamente, en presencia de la congregación, con sus propios labios repiten la promesa que una vez hicieron por medio de sus padrinos: renuncian al diablo con todas sus obras y todos sus caminos, y prometen ser fieles al Dios Trino aún hasta la muerte. Y este voto bautismal, este voto de la confirmación, debe perdurar toda la vida. Que el que lo lea oiga lo que dice el Salvador: “Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida”.

Oración: Oh Señor, misericordiosa Trinidad, que en el bautismo me regeneraste para ser tu hijo, ahora repito el voto de que renunciaré al diablo, a todas sus obras, a todos sus caminos, y que permaneceré fiel a ti hasta la muerte. Con este fin concédeme el poder de tu Espíritu Santo, oh Padre, por los méritos de Jesucristo, mi Salvador, y finalmente dame la corona de la vida, la cual misericordiosamente me has prometido. Amén.

Para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Efesios 4:12

Nuestro Señor Jesucristo ha instituido un oficio en su iglesia en la tierra. Un oficio es un servicio, un ministerio, investido de ciertos poderes, un servicio hecho en el nombre de y por mandato de alguna persona superior. Tal oficio, que debe administrarse en su nombre, nuestro Señor y Salvador lo ha instituido en su iglesia en la tierra. ¿Con qué fin? Para la edificación del cuerpo de Cristo, para que sean unidas con Cristo siempre más personas y que sean fortalecidas en la fe. ¿Cuáles, entonces, son las funciones de este oficio? Predicar el evangelio, administrar los sacramentos, y perdonar o retener los pecados a las personas individuales. A sus discípulos Jesús les dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (San Mateo 28:18-20). Y otra vez les dijo: “Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitierais los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (San Juan 20:21-23). Este oficio se llama el oficio de las llaves, según dijo Cristo: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos” (San Mateo 16:19). Porque por medio del evangelio, y los sacramentos unidos a él, se perdonan los pecados. Y donde los pecados son perdonados, allí está abierto el cielo. Pero si conforme a la palabra de Cristo se le retienen los pecados a alguno, luego el cielo está cerrado a tal persona.

Oración: Te doy gracias, Señor Jesús, Señor altísimo, porque en tu iglesia en la tierra has instituido el ministerio de la palabra y los sacramentos, por medio de los cuales tú aumentas, fortaleces, y preservas tu amada cristiandad hasta la vida eterna. Concédeme tu gracia, te ruego, para que siempre pueda buscar el perdón de los pecados y el fortalecimiento de mi fe en este oficio. Y guárdame, para que no sea uno de aquellos a quienes se les han de retener los pecados por su propia culpa. Amén.

Y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. San Mateo 18:18

¿Quiénes son las personas a quienes Jesús habla en este texto? ¿A quiénes dio nuestro Señor Jesucristo el oficio de las llaves y todos los poderes que están conectados con él? ¿A quiénes mandó Cristo a predicar el evangelio, bautizar, administrar la Santa Cena, perdonar y retener los pecados? Hay mucho desacuerdo en cuanto a esta pregunta. Por tanto, miraremos a la Biblia, y así, sencillamente, recibiremos la respuesta de la palabra de Dios. – En una ocasión Jesús dijo al creyente Pedro: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (San Mateo 16:19). Así en este lugar el Señor le dio a Pedro el oficio de las llaves. Y ahora el Papa insiste en que el oficio de las llaves le pertenece a él, basándose en la aserción adicional de que Pedro fuera el primer Papa. Pero el Señor les dio el mismo oficio a todos los discípulos reunidos, tanto hombres como mujeres, diciendo: “Como me envió el Padre, así también yo os envío. A quienes remitieris los pecados les son remitidos; y a quienes se los retuviereis les son retenidos” (San Juan 20:21-23). Aquí muchos insisten en que el oficio de las llaves fue dado a los pastores, lo cual no tiene sentido. En el texto a la cabeza de nuestra lección, el Señor le dice a cada cristiano, y a todos los cristianos reunidos en cualquier lugar como congregación cristiana: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo”. Así es que a todos los cristianos, en dondequiera que algunos de ellos estén reunidos, sean pocos o muchos (San Mateo 18:20), el Señor les dio el oficio de las llaves. El oficio de las llaves “es el poder peculiar que nuestro Señor Jesucristo ha dado a su iglesia en la tierra”, dice nuestro catecismo, conforme a la palabra de Dios.

Oración: Señor Jesús, de tu palabra sé que también me has hecho a mí un discípulo y un miembro de tu iglesia a quien has encomendado los poderes y deberes incluidos en el oficio de las llaves. Te ruego que me concedas tu Espíritu Santo para que pueda mostrarme digno de tu amor y fielmente cumplir tales obligaciones en una forma humilde, para que tu santo nombre sea alabado en la tierra para la salvación de muchos. Amén.

Y a unos puso Dios en la iglesia... maestros. 1 Corintios 12:28.

Si es así, como vimos ayer, que el oficio de las llaves está investido en la congregación cristiana, junto con todos los poderes que están conectados con él ¿entonces qué es un pastor? En la congregación cristiana, el oficio de las llaves tiene que administrarse en público, se tiene que predicar el evangelio, se tiene que administrar el bautismo y la Santa Cena, los pecados tienen que ser remitidos y retenidos. Es evidente que no todos los miembros pueden hacer esto en la misma forma. Por tanto Dios ha ordenado que cada congregación escoja y llame a un hombre que debe ejercer públicamente las funciones de las llaves, en nombre de la congregación y en medio de ella. Tal hombre se llama el pastor, el obispo, el maestro. Cuando ha aceptado el llamamiento de la congregación, es Dios mismo quien le ha dado esa congregación, como lo demuestra nuestro texto. Él es, entonces, el mayordomo de los misterios de Dios, en cuanto a su oficio público en la congregación. (1 Corintios 4:1). Él ha recibido esta mayordomía de la congregación. Pero las instrucciones, las direcciones para su mayordomía, para el oficio de las llaves, las ha recibido solamente de Dios. Porque las funciones del oficio de las llaves son ordenadas por Dios, a nadie le es permitido alterarlas en lo mínimo Si el pastor no se mantiene fiel a las instrucciones divinas, o si se hace evidente que es un hombre malo, luego, después de la debida amonestación, la congregación deberá quitarle su oficio. Pero si cumple fielmente las instrucciones divinas, si predica el evangelio en su verdad y pureza; si administra los sacramentos conforme a la institución de Cristo; si perdona y retiene los pecados conforme a los reglamentos que Dios ha establecido, si lleva una vida cristiana – luego la congregación debe saber que Dios le ha dado a ese hombre para alimentarla y él mismo debe estar bien consciente en todo tiempo de que Dios le ha asignado para servir a esa congregación (Hechos 20:28). Es un gran don de la misericordia de Dios que una congregación cristiana tenga un pastor o maestro fiel.

Oración: Señor, mi Dios, te ruego que en todo tiempo nos des a nosotros, tus hijos cristianos, maestros y ministros rectos de tu palabra divina, y que nos mantengas en pureza de doctrina y en rectitud de vida cristiana. Bendícelos en su oficio, y bendice sus labores fieles, para que por medio de su ministerio del evangelio se fortalezcan, y nuestra fe y toda buena obra prosperen entre nosotros. Y dame a mí y a mis hermanos y hermanas en la congregación tu Espíritu Santo para que de buena voluntad aceptemos y recibamos todo lo que nos prediquen de tu palabra revelada. Amén.

Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. Hechos 3:19

Todos somos pobres, miserables pecadores. No hay duda acerca de esto. Pero hay pecadores penitentes y hay pecadores impenitentes. Los pecadores penitentes son los que sinceramente se arrepienten de sus pecados, creen en su Salvador Jesucristo, y tienen la voluntad de enmendarse. Los pecadores impenitentes son los que no se arrepienten de su pecado, no creen en verdad en el Salvador, y no tienen la voluntad de enmendarse. El evangelio debe ser predicado a todos los pecadores, a los penitentes tanto como a los impenitentes. Pero la aplicación del evangelio al individuo, la consolación del evangelio aplicada al individuo, – por la que él tiene la seguridad de la gracia de Dios por medio del bautismo y de la Santa Cena, y por la cual la absolución y el perdón de pecados le son pronunciados a él, es solamente para los pecadores penitentes. Porque los pecados de aquel que se arrepiente y se convierte serán borrados. Esta es la regla divina que conocemos, y que nuestro texto nos enseña. A los pecadores impenitentes no se les debe dar la consolación del evangelio, del bautismo, ni de la Santa Cena, ni de la absolución. A los pecadores impenitentes, cuando se haga manifiesto que son tales, se les debe retener sus pecados. Y el oficio de las llaves, con la administración pública del cual los pastores han sido comisionados por la congregación, es el poder peculiar que nuestro Señor Jesucristo ha dado a su iglesia en la tierra, de perdonar los pecados a los penitentes, y de retener los pecados a los impenitentes mientras no se arrepientan. ¡Que Dios misericordiosamente te conceda, querido cristiano, que en todo tiempo seas un pecador penitente, de modo que puedas llenarte de la consolación del evangelio, la consolación de que tus pecados son borrados!

Oración: ¡Oh Señor, Dios de misericordia, no me permitas caer en el estado de impenitencia por el engaño del pecado! Recíbeme en tu misericordioso cuidado, y por los méritos de Jesucristo derrama sobre mí el Espíritu Santo, para que pueda arrepentirme de mi pecado, creer en Jesucristo, y de buena gana enmendar mi vida pecaminosa. Y así llévame a la fuente de la gracia que tú has hecho fluir para mí en tu sacramento, para que allí encuentre abundante consuelo. Amén.

Porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo. 2 Corintios 2:10

Mi querido cristiano, al considerar y meditar sobre lo que dice la palabra de Dios acerca del oficio de las llaves, ¿cuál tiene que ser tu fe? ¿Cuál tiene que ser tu actitud en cuanto a esta administración pública de este oficio ejercido por el pastor de tu congregación? Entonces tienes que decir con todo tu corazón: Creo que cuando los ministros debidamente llamados de Cristo, por su mandato divino, tratan con nosotros, esto es tan válido y cierto, también en el cielo, como si nuestro Señor Jesucristo mismo tratase con nosotros. Si tu pastor hace algo sin el mandato de Cristo, entonces no tiene valor. Pero cuando hace algo por mandato de Cristo, entonces hace esto en la presencia de Cristo; y entonces esto es tan válido y cierto, tan válido en el cielo también, como si Cristo nuestro querido Señor lo hiciera él mismo. Cuando el pastor predica el evangelio en su verdad y pureza, esto es tan válido y cierto como si Cristo mismo estuviera allí predicando. Exactamente igual es el caso con el bautismo y la Santa Cena y también con la santa absolución. Cuando tu pastor pronuncia la absolución, o te perdona tus pecados, luego esto es tan válido en el cielo como si nuestro Señor Jesucristo mismo te pronunciara la absolución. Recuerda, el pastor hace esto en lugar de la congregación, en la presencia de Cristo. Si, en el debido orden prescrito por Cristo, el pastor retiene los pecados de un pecador manifiesto e impenitente y lo excluye de la congregación cristiana, luego esto también es tan válido y cierto ante Dios en el cielo, como si Cristo, nuestro Señor, lo hubiera hecho visiblemente, en persona. Y es exactamente lo mismo cuando el pastor absuelve a tal persona excomulgada y le perdona sus pecados, y cuando la congregación otra vez lo recibe en su membresía, esto es, después de que se haya arrepentido de sus pecados y ya tenga la voluntad de enmendarse. ¿Meditarás bien en todo esto?

Oración: Señor Jesús, te doy gracias por el beneficio con que nos consuelas a nosotros tus cristianos. Has instituido el santo ministerio por medio del cual tú estás presente en persona, para distribuir los tesoros de tu gracia. Te ruego que conserves el ministerio en tu verdad y en la sana doctrina entre nosotros y entre nuestros hijos. Y concédenos, oh Salvador, tu Espíritu Santo, para que usemos rectamente tal ministerio para fortalecer nuestra fe y para nuestra eterna salvación. Amén.

Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros. 1 Corintios 5:13

Retener los pecados, la excomunión de la congregación cristiana, debe ejecutarse sobre aquellos miembros de la congregación que son pecadores manifiestos e impenitentes. Su pecado tiene que ser manifiesto, o sea, un pecado que es reconocido por todos en la congregación como evidente transgresión de la ley de Dios. Pero aún esto no es suficiente para la excomunión. La impenitencia del pecador también tiene que ser evidente a todos los de la congregación. ¿Pero cómo es posible esto? ¿Quién puede mirar dentro del corazón?, dices tú. No es necesario mirar en el corazón de nadie. Nuestro Señor y Salvador ha indicado la manera en que se puede saber si un pecador es impenitente. Nos da la información en San Mateo 18:15-17. El que sabe del pecado de un hermano debe ir con él, y de una manera llena de amor, paciencia y mansedumbre debe buscar demostrarle su pecado. Si el pecador acepta la amonestación, ha sido ganado y todo está bien. Si se rehúsa a aceptarla, entonces – ahora me dirijo a ti – toma contigo a uno o dos más para que en boca de dos o tres testigos se confirme cada palabra, y otra vez amonesta al pecador con mucha paciencia en amor de Cristo. Si se rehúsa a escucharlos, luego, junto con los testigos, cuéntalo a la congregación del hermano que ha pecado. Esta congregación debe tratar de persuadirlo a arrepentirse. Si persistentemente se rehúsa a escuchar a la congregación, luego ciertamente es impenitente; porque el Señor Jesús, el que escudriña los corazones, dice que después debemos considerar a tal persona un pagano y publicano. Luego el pastor de esa congregación debe imponer el veredicto de la congregación: debe retener los pecados del pecador, excluirlo de la congregación y públicamente anunciar esto. Pero tan pronto como se arrepienta el pecador, públicamente debe ser absuelto de la excomunión. Porque aún la excomunión no busca la perdición, sino la salvación del alma.

Oración: Señor Jesucristo, te ruego me concedas a mí y a todos los verdaderos cristianos tu Espíritu Santo, de modo que tratemos con nuestro hermano que peque conforme a tu palabra y voluntad, para que no se extienda la falta de disciplina y la mundanalidad en las iglesias, sino, al contrario, que los pecadores sean debidamente amonestados y disciplinados con el fin de que Dios les conceda su gracia para el arrepentimiento y la salvación Amén.

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. 1 Juan 1:8-9

Íntimamente conectado con el oficio de las llaves es aquel oficio divino que llamamos la confesión. La confesión contiene dos partes: la primera es la confesión de los pecados. Somos pobres, miserables pecadores, y seguimos así hasta la hora de nuestra muerte. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros”. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados y confesarlos de corazón y boca. Esta es la primera parte de la confesión. El término “confesión” claramente indica esto. La segunda es el recibir la absolución del confesor como de Dios mismo. Entiendes esto por nuestra devoción de anteayer. No debemos de ninguna manera dudar, sino firmemente creer que por la absolución nuestros pecados son perdonados ante Dios en el cielo. Porque si penitentemente confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad, así como ha prometido en su palabra. Y en la confesión, Dios hace esto por medio del confesor. Es cierto, si viene un hipócrita a la confesión que solamente de boca confiesa sus pecados, pero es impenitente en su corazón, no recibe el perdón de los pecados, porque, como no tiene fe, naturalmente no acepta la gracia de Dios que le es ofrecida a él también en la absolución. – Qué acto de adoración tan saludable es la confesión. Allí los hijos de Dios llegan a su Padre celestial y penitentemente confiesan sus pecados e imploran la gracia por los méritos de Cristo; y el Padre celestial misericordiosa y bondadosamente les perdona todos sus pecados. ¡Confíesate con frecuencia, querido cristiano! Y allí di la siguiente oración de confesión, que de inmediato se te concede.

Oración: ¡Oh Dios!, nuestro Padre celestial, confieso en tu presencia que he pecado contra ti de muchísimas maneras; no solamente con transgresiones manifiestas, sino también con pensamientos y deseos secretos que no puedo plenamente comprender; pero que te son todos conocidos. Sinceramente me arrepiento de estos delitos que ahora me pesan y te suplico que en tu gran bondad tengas misericordia de mí, y por amor de tu amado Hijo Jesucristo, nuestro Señor, me perdones mis pecados y me ayudes clementemente en mis flaquezas. Amén.

Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Salmo 32:5

¿Qué pecados hay que confesar? Ante Dios uno debe tenerse por culpable aun de aquellos que ignoramos, como ya lo hacemos al decir el Padrenuestro y también en la confesión general. Porque no hay ni un solo mandamiento de Dios que no violemos diariamente. David ora: “¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos” (Salmo 19:12). Y cuando hemos ofendido y agraviado a nuestro prójimo, debemos confesarle nuestros pecados a él y pedirle su perdón antes de ir a la confesión. El que no quiere hacer esto, demuestra con eso que tampoco ante Dios se arrepiente realmente de sus pecados. ¿Qué dice el Salvador? “Anda, reconcíliate primero con tu hermano” (Mateo 5:24). Pero tal vez conocemos y sentimos en nuestro corazón algún pecado en particular, que además de los otros pecados pesa sobre nuestro corazón y es una carga para nuestra conciencia. Luego es bueno, saludable y beneficioso ir a la confesión en privado, o sea, ir a solas con nuestro confesor, y en privado hablar de nuestros pecados, recibir consejos espirituales y consolación de él, y recibir la absolución precisamente para esos pecados en particular. Esto fortalece y consuela grandemente nuestra fe. Es desafortunado que la confesión privada, donde la absolución se le da a cada persona individualmente, haya caído en desuso. Por causa de nuestra debilidad es mejor que cada uno de nosotros oiga la palabra hablada a él: “tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2; Lucas 7:48). Aunque es cierto que en la absolución que se pronuncia en la confesión en general esencialmente se nos da la misma cosa.

Oración: Dios mío, ayúdame por tu Espíritu Santo para que nunca niegue una transgresión de tu santa ley, ni la encubra o la presente como inocente a causa del orgullo carnal y de la obstinación, sino más bien ayúdame para que libre y penitentemente confiese mis pecados. Y luego permite que obtenga misericordia conforme a tu palabra, por los méritos de Jesús. Amén.

Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvamos a Jehová. Lamentaciones 3:40

Observa al tierno niño cuando ha hecho algo malo, cómo va a su padre y a su madre y ruega el perdón, o recuerda cómo el hijo pródigo volvió en sí y dijo: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (San Lucas 15:18). Así debemos ir a la confesión. Debemos verdaderamente conocer y reconocer nuestros pecados. Debemos tener cuidado de no ir a la confesión solamente por costumbre considerando apenas o no conociendo en qué o cómo hemos pecado. Primero debemos escudriñar y probar nuestros caminos, y volver al Señor. Debemos escudriñar y probar nuestros caminos a la luz de la ley de Dios. “Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). Debemos considerar los mandamientos uno por otro y al hacerlo escudriñar y probar nuestros caminos. Encontraremos bastante mal, transgresión y pecado. También debemos considerar la estación de la vida en la cual hemos sido puestos por Dios, y a la luz de los mandamientos de Dios tratar de discernir en dónde hemos pecado en cuanto a esto y luego debemos levantarnos e ir a nuestro Padre y en sincera penitencia confesarle a él nuestros pecados en el culto confesional. Dios te conceda la gracia por su Espíritu, por los méritos de Cristo, para que tu confesión siempre sea tal confesión sincera.

Oración: Padre celestial, ilumíname con tu Espíritu Santo por los méritos de Cristo, para que en el espejo brillante de tu ley pueda ver rectamente mis muchos, grandes y graves pecados, y verdaderamente reconozca lo terrible que es tu ira a causa del pecado y qué terriblemente castigarás a todos los impenitentes por sus transgresiones. Por el evangelio, sin embargo, permite que aprenda a conocer tu bondadoso corazón paternal, el cual a través de Cristo está abierto hacia mí, de modo que con un espíritu quebrantado y un corazón contrito mas no desesperado, sino al contrario, firmemente confiado en tu gracia, pueda venir a la confesión, en donde ciertamente tratarás conmigo conforme a tu bondad paternal, y me perdonarás todos mis pecados. Amén.

La cena del Señor. 1 Corintios 11:20

En cuanto a la Cena del Señor los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, y también San Pablo escriben: “Nuestro Señor Jesucristo, la noche en que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de Mí. Asimismo tomó la copa después de haber cenado, y habiendo dado gracias, la dio a ellos, diciendo: bebed de ella todos; esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados. Haced esto, todas las veces que la bebiereis en memoria de mí”. Así este Sacramento del Altar, como el doctor Lutero lo llama, es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, bajo el pan y el vino, dados a cristianos con el pan y el vino para que los comamos y bebamos. Este sacramento fue instituido por Cristo mismo. ¿Y cuál es el beneficio de tal comer y beber? “Los beneficios son indicados por las palabras: por vosotros dado y por vosotros derramada para remisión de los pecados. O sea, por tales palabras recibimos en el sacramento remisión de pecados, vida y salvación; porque donde hay remisión de pecados hay también vida y salvación”. – ¡Qué santo es este sacramento y qué saludable! Nuestro Señor Jesucristo, el que es Dios y Hombre, el que es fiel y todopoderoso y que ahora es exaltado a la diestra de Dios, pero que sin embargo está verdaderamente presente con nosotros, en este sacramento da a cada uno que come y bebe el mismo cuerpo y la misma sangre con que en la cruz procuró para nosotros el perdón de los pecados. Y esto lo hace para hacernos completamente seguros del perdón de nuestros pecados, de la vida y de la eterna salvación. ¡Pecador, cristiano, ven a la Cena del Señor!

Oración: Misericordioso Dios, querido Padre celestial, te doy gracias porque en beneficio de nosotros, por medio de tu querido Hijo Jesucristo, has instituido el santo y venerable Sacramento del Altar, en el cual bajo el pan y vino consagrados verdaderamente nos da su cuerpo y sangre para el perdón de los pecados. Concédeme a mí y a todos tus hijos tu Espíritu Santo, de modo que nos acerquemos a este sacramento en verdadera fe, lo usemos debidamente, y seamos fortalecidos por medio de él hasta la vida eterna. Amén.

Esto es mi cuerpo.... esto es mi sangre. San Mateo 26:26-28.

Dios en su palabra nos ha revelado las cosas que son necesarias para nuestra salvación. Si no descansamos entera y completamente sobre esta palabra, sino permitimos que nuestra razón interfiera, seguramente vamos a errar y a hacer toda clase de necedad. Así ha resultado que la iglesia reformada con todas sus variadas ramas y con varios nombres, dice que en la Cena del Señor no recibimos el cuerpo ni la sangre de Cristo, sino solamente pan y vino, y que el pan y vino representan el cuerpo y la sangre de Cristo, que son meras figuras o imágenes del cuerpo y la sangre de Cristo. ¿Para qué torcer las palabras de Cristo, y cambiar su significado claro? Las palabras de Cristo son claras, muy claras, y un niño puede entenderlas: “Esto es mi cuerpo”; “esto es mi sangre”. Y Cristo nos dice que nos da aquel cuerpo que fue dado por nosotros, y aquella sangre que fue derramada por nosotros. Y el apóstol dice por inspiración del Espíritu Santo: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?” (1 Corintios 10:26). Y también dice: “Cualquiera que comiere este pan y bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor” (1 Corintios 11:27). De hecho, en la Cena del Señor Cristo nos da su cuerpo con el pan, y su sangre con la copa. En lugar del sacramento de la Pascua en el antiguo pacto, en el Nuevo Testamento Cristo ha instituido el sacramento de la Cena del Señor, en donde en vez de la carne y de la sangre del cordero pascual, que fue solamente un tipo y figura del Cristo venidero, ahora, bajo el pan y vino, nos da el cuerpo y la sangre del verdadero Cordero Pascual, o sea, el suyo propio. Esto es lo que sus palabras realmente dicen. ¿Y quién, sencillamente para satisfacer su razón, se atreverá a socavar las palabras de la divina institución de un sacramento y las palabras del Testamento Divino del Salvador?

Oración: Señor, que eres verdadero, todopoderoso, omnisciente, ayúdame a aceptar y creer todas tus palabras, tal como claramente rezan, también las de tu Santa Cena. Guárdame contra las interferencias y objeciones de mi razón depravada, para que no naufrague mi fe. Amén.

**La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?
El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? 1 Corintios 10:16**

Es desagradable tener la obligación de hablar de doctrinas falsas y seductoras al contemplar el evangelio. Pero a menos que lo hagamos, la seducción se extenderá. – La iglesia romana, la iglesia del Papa, cuya venida fue predicha en 2 Tesalonicenses 2, enseña que el pan y el vino en la Cena del Señor son cambiados en el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero todos los pasajes de la Escritura que tratan de la Santa Cena demuestran que se nos da a comer y beber pan y vino, pero que ese pan y ese vino son la “comunión” del cuerpo y la sangre de Cristo, o sea, que junto con el pan y el vino se nos dan el cuerpo y la sangre de Cristo. Ya que la iglesia de Roma enseña tal cambio, o “transubstanciación”, también enseña que se debe adorar el pan y vino. Pero las Escrituras no dicen en ninguna parte que se deba adorar el pan y el vino, sino que en todas partes nos mandan comer y beber el pan y el vino de la Santa Cena. Y la iglesia de Roma dice además que el pan en el sacramento, el cual, según su falsa doctrina es cambiado en el cuerpo de Cristo, se debe ofrecer como un sacrificio propiciador de Cristo por los pecados de los vivos y de los muertos. Pero esto es una abominación y una profanación del sacrificio propiciador de Cristo sobre la cruz. “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Pues donde hay remisión de esto, (de los pecados), no hay más ofrenda por el pecado.” (Hebreos 10: 14-18). Y por último, la Iglesia Católica Romana les rehúsa la copa a los laicos, o sea, a los miembros de la congregación, diciendo, con atrevimiento blasfemo: ¡pues el cuerpo de Cristo ya contiene la sangre! Pero el Señor Jesús dice: “¡Bebed de ella todos!” (San Mateo 26:27). – Mi querido cristiano, quédate sencillamente con las palabras de Cristo, y busca el perdón de tus pecados en la Cena del Señor, porque eso te es dado por medio del cuerpo y la sangre de Cristo que recibes junto con el pan y el vino.

Oración: Mi Señor y Dios, no permitas que tu palabra preciosa, la luz brillante e incambiable que ahora brilla sobre nosotros, sea apagada y quitada de nosotros. ¡Guarda a tu querida iglesia cristiana contra la falsa seducción del anticristo de Roma! Mantén entre nosotros tu palabra pura y tu sacramento, y concédenos que en ellos busquemos y encontremos el perdón de los pecados. Amén.

¡Tomad, comed! ¡Bebed de ella todos! San Mateo 26:26-27

La Cena del Señor es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, dados a los cristianos con el pan y el vino para que los comamos y bebamos. Esta es la palabra de Dios y la doctrina enseñada por Lutero. Pero para evitar un mal entendido grosero y una representación maliciosa es bueno que demos brevemente qué clase de comer y beber hay en la Santa Cena – El pan y el vino se toman de un modo natural, es decir, de la misma forma en que comúnmente recibimos la comida y la bebida. Junto con este comer y beber natural del pan y el vino con la boca, también bebemos y comemos el cuerpo y la sangre del Señor de un modo sacramental. ¿Qué significa esto? Significa que junto con el pan y el vino recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo de una manera sobrenatural, de una manera completamente incomprensible a la razón humana, de una manera que no se puede investigar, de una manera que sucede solamente en este sacramento. No busques sondear y comprender esto, mi querido cristiano, porque no tendrás éxito. Sencillamente cree que, junto con el pan y el vino, recibes el cuerpo y la sangre de Cristo no de un modo natural, como el pan y el vino, sino de una manera sacramental, misteriosa. Y para recibir el verdadero beneficio de esto, debes comer espiritualmente en la Santa Cena. ¿Qué significa esto? Significa que tienes que saber y creer, con la ayuda del Espíritu Santo, que con el pan y el vino tu querido Salvador te ofrece su cuerpo que fue dado por ti, y su sangre que fue derramada por ti, para darte el perdón de los pecados, la vida y la salvación, y darte la perfecta seguridad de que posees estos dones misericordiosos.

Oración: Señor Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, Salvador glorificado y exaltado, quien en una manera incomprensible a nosotros llenas todas las cosas, concédeme la gracia para creer firmemente que con el pan y el vino en la Santa Cena me das aquel precioso rescate con que me has comprado a mí, un pobre pecador, o sea, tu cuerpo crucificado, y tu sangre derramada por mí. Concede que la reciba en verdadera fe, que me gloríe en ella, que me consuele con ella y que me jacte de ella frente al pecado, a la muerte y al juicio final. Amén.

Yo recibí del Señor lo que también os he enseñado. 1 Corintios 11:23

Así habla San Pablo de las instrucciones que recibió en cuanto a la Cena del Señor. La Santa Cena es en realidad la Cena del Señor solamente cuando se administra en conformidad con la institución de Cristo como está escrita en la Sagrada Escritura. Para esto son necesarios los siguientes cinco puntos. Primero, tiene que haber comulgantes que participen en la Cena del Señor. Si quisieras ser tal comulgante, debes anunciarte a tu pastor, porque de otro modo él no puede saber si habrá comulgantes. Y es su deber cuidar para que no venga ninguno que no es invitado. Segundo, debe haber pan y vino, vino de uva. El pastor tiene que cuidar de esto. En tercer lugar, este pan y vino tienen que ser consagrados, es decir, tienen que ser santificados y apartados para el uso en la Santa Cena en esta forma, que el ministro del evangelio pronuncie sobre ellos las palabras que Cristo habló cuando instituyó la Santa Cena. En cuarto lugar, el pan y el vino tienen que ser distribuidos y los comulgantes tienen que comer y beberlos. En quinto lugar, tiene que ser confesado claramente que esta Cena es el cuerpo y la sangre de Cristo como él mismo ha dicho. Esos son los puntos principales, de base de los cuales podrás saber si la comunión celebrada en una de las iglesias es realmente la Cena del Señor o no. Todo lo que es más allá que estos cinco puntos no es esencial a la Cena del Señor, y es asunto de la libertad cristiana. Cuidado de toda llamada cena del Señor que no es en verdad la Cena del Señor, que no es administrada conforme a la institución de Cristo.

Oración: Te doy gracias, querido Señor, que en estos últimos días de gran tribulación me permites encontrar lugares para el culto público en donde se celebra la Santa Cena conforme a tu institución. Concédeme la gracia, te ruego, para adherirme firmemente a tal tesoro, y para resistir toda falsificación de este santo sacramento, para que no sea defraudado de mi salvación. Concede que en firme fe me consuele con tu don de gracia. Amén.

Dado por ti. Derramada por ti. Para la remisión de los pecados. San Lucas 22:19-20, San Mateo 26:28

Ya se ha mencionado brevemente en otra devoción cuál es el beneficio bendito que se nos ofrece en la Santa Cena, y que podemos entender la naturaleza de este beneficio por las palabras: “dado y derramada por ti para la remisión de los pecados”. En la Santa Cena recibes el mismo cuerpo y la misma sangre con que en la cruz Cristo procuró el perdón de los pecados para todo el mundo. El rescate precioso con que pagó la remisión de los pecados del mundo entero se te da para tu propia consolación individual. Y así el perdón de los pecados es sellado seguramente para ti. Así tu fe se fortalece, recibes la bendita seguridad de que tus pecados te son perdonados. Y estás asegurado plenamente de la vida y la salvación; porque donde hay perdón de los pecados, hay también vida y salvación. ¡Ve, considera! Derramando su sangre, y muriendo en la cruz, Cristo ha procurado el perdón de los pecados, la vida y la salvación para el mundo entero y también para ti. Tú sabes esto del evangelio. Pero, en la Santa Cena tu Salvador crucificado viene a ti y a tus hermanos cristianos, y dando a cada uno de ustedes el pan y el vino, dice: “Toma, come; esto es mi cuerpo dado por ti. Tomen, beban de ella todos; esto es mi sangre, derramada por ustedes para el perdón de los pecados”. Mientras comes el pan y bebes el vino, él te ofrece su cuerpo, que fue dado por ti, y su sangre que fue derramada por ti. ¿Cómo puedes dudar más que su bendición es para ti? ¿Cómo puedes dudar que Dios te da el perdón de los pecados, la vida y la salvación, cuando él que es tu justicia y la resurrección y la vida, con señales visibles y palabras de gracia entra en tu misma boca y corazón

Oración: Oh Salvador, lleno de amor y misericordia, ¿qué más podrías hacer para asegurarme a mí, pobre pecador, del perdón de los pecados, la vida y la salvación? Tu bondad es insondable. Abre mis ojos y corazón por tu Espíritu Santo, para que pueda aprender en verdad a conocer la superabundancia de tu gracia y regocijarme de poder consolarme de ella en la vida y en la muerte. Amén.

Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan. 1 Corintios 10:17

Ya que la Santa Cena tanto aumenta nuestra seguridad del perdón de nuestros pecados por medio de nuestro Señor Jesucristo, también nos fortalece grandemente para llevar una vida santa. Porque una vida piadosa procede solamente de la firme seguridad de que por la gracia de Dios hemos recibido la adopción de hijos. Y entre más fuerte esté esta fe, mayor fortaleza recibiremos para llevar una vida santa. Participando de la Santa Cena, nosotros los cristianos nos hacemos un cuerpo con Cristo. Si firmemente creemos esto, ¿debemos seguir sirviendo al pecado? ¿No andaremos entonces como conviene a los miembros del cuerpo de Cristo? Y el que es nuestra Cabeza también nos da a nosotros, sus miembros, fortaleza divina para llevar una vida santa. Y su Santa Cena es el medio por el cual lo hace. Una característica principal de una vida piadosa es el amor fraternal que los cristianos deben mostrarse unos a otros. Esto es fortalecido por medio de la Santa Cena. Porque si comulgamos juntos, nos hacemos siempre más convencidos de que, aunque somos muchos, por medio de él llegamos a ser un cuerpo de Cristo. ¿Qué es el parentesco natural comparado con este parentesco espiritual y celestial? ¿Y qué es el amor natural comparado con este amor espiritual? El compañerismo de la Santa Cena, que nosotros los cristianos tenemos entre nosotros y uno con el otro es un testimonio de que, siendo muchos, somos un cuerpo, es decir, que por medio de una fe común estamos íntimamente unidos con Cristo, y por medio de Cristo unos con otros. Por tanto debemos mantener el compañerismo del altar con aquellos que juntamente confiesan la verdadera fe; no, por otro lado, con los que se han separado de nosotros adhiriéndose a la doctrina falsa.

Oración: Te doy gracias, Señor Dios, por los maravillosos dones que me has otorgado en la Santa Cena. Y te ruego que por tu misericordia fortalecieras por medio de ella mi fe hacia ti, para hacerme abundar siempre más en la verdadera santidad y en ferviente amor hacia mi prójimo, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

**Dado por ti. Derramada por ti. Para la remisión de los pecados. Lucas 22:19,20.
Mateo 26:28.**

Si en verdadera fe participamos de la Santa Cena, recibimos el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Esto es ciertamente la verdad. Pero ¿Cómo puede este comer y beber corporal hacer cosas tan grandes? Así preguntan, con escarnio y desdén, aquellos entusiastas que rechazan la doctrina bíblica de los medios de gracia. Y ahora nos unimos con el doctor Lutero en hacer esta pregunta, para llegar a un entendimiento claro en este asunto. – Ciertamente el mero comer y beber en sí no tiene el poder para hacer cosas tan grandes. De eso no hay duda. Pero por medio de las palabras de Cristo: “dado y derramada por ti para la remisión de los pecados”, sí, por virtud de estas palabras, no solamente se contiene en la Santa Cena el perdón de los pecados, la vida y la salvación, sino estas cosas son ofrecidas a cada uno que come y bebe. Por tanto, junto con el comer y beber corporal, estas palabras son lo principal en el sacramento. Pero solamente aquéllos realmente reciben el perdón de los pecados, la vida y la salvación que comen y beben no solamente en una manera natural, sino también espiritualmente, es decir, tales que creen las palabras de promesa. Cada uno a quien se distribuye la Santa Cena de acuerdo a su institución recibe el cuerpo y la sangre de Cristo bajo el pan y el vino. Pero el beneficio, el bendito beneficio de ella, o sea, el perdón de los pecados, la vida y la salvación, es recibido solamente por el que cree las palabras de promesa: “dado y derramada por ti para la remisión de los pecados”. El que come y bebe indignamente, es decir, sin creer las palabras de promesa, a él Dios lo visitará con ira y juicio.

Oración: Señor Jesús, te doy gracias porque en las palabras de institución clara e inequívocamente has afirmado lo que tú deseas darme en la Santa Cena, el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Mi querido Salvador, concédeme tu Espíritu Santo, para que pueda fijar mis ojos sobre estas tus palabras, sacando de ellas consuelo para la verdadera fe, y así obteniendo bendición que dura por toda la eternidad, participando de tu Santa Cena. Amén.

Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y como así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. 1 Corintios 11:28,29

¿Notas esta seria amonestación del Espíritu Santo? Debes examinarte para ver si eres digno de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo bajo el pan y vino para la remisión de los pecados. ¿Quién es digno de hacer esto? El ayuno y la preparación corporal, aparecer con la debida modestia y reverencia en la mesa del Señor, es, en verdad, una buena disciplina externa y una costumbre loable; pero no son más que obras externas que hasta un hipócrita puede hacer. La recta, verdadera, de hecho la única dignidad consiste en creer estas palabras: “dado y derramada por ti para la remisión de los pecados”. Si crees esto, eres digno y bien preparado. Mas el que no cree en estas palabras o duda de ellas no es digno ni apto. Porque cuando Dios de su gran misericordia nos da el cuerpo y la sangre de Cristo, dice: “¡por ti!” Cuando nos da su cuerpo y sangre para la remisión de los pecados, quiere que creamos esto con un corazón gozoso y agradecido. Así ves que participar dignamente de la Santa Cena no se efectúa por ninguna preparación externa, ni pensando pensamientos piadosos ni haciendo varias obras de tu propia elección. ¡Gracias a Dios no es así! Pero si vienes como un pobre y miserable pecador que de corazón deseas obtener la salvación por medio de Cristo, la salvación que es ofrecida en la Santa Cena, luego eres aceptable con Dios, el Misericordioso. Examínate en cuanto a esto.

Oración: Oh Señor Jesús, tú no llamas a santos, sino a pecadores, a la Cena que tu gracia ha provisto, pero tales pecadores que confían en tu palabra de misericordia. Concédeme gracia para que siempre me acerque a tu mesa como un pobre pecador, hambriento de la gracia y confiando en tu palabra que promete la gracia para recibir el perdón que me ofreces en ella con corazón creyente. Amén.

Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. 1 Corintios 11:28

¿Cómo debes examinarte, y según cuál regla, cuando quisieras comer de este pan y beber de esta copa? Primero debes examinarte para ver si realmente te arrepientes de tus pecados. El hijo de Dios siente de corazón sus pecados. El hijo de Dios es movido y controlado por el Espíritu Santo, y cada pecado es tan intolerable para él como lo es la paja en el ojo. En segundo lugar, debes examinarte acerca de si crees en Jesucristo. Creer en Jesucristo es tener un conocimiento correcto de la gran, poderosa, siempre nueva gracia que Jesucristo ha procurado por su sufrimiento y muerte, y que ha puesto en el santo sacramento y siempre te la ofrece allí libremente y sin precio para que pongas tu confianza en ella, y te consueles frente a todos, sí, todos tus pecados. En tercer lugar, debes examinarte en cuanto a si es tu sincero propósito e intención de aquí en adelante enmendar tu vida pecaminosa con la ayuda de Dios el Espíritu Santo. El hijo de Dios que de corazón siente sus pecados, seguramente está seriamente resuelto a abandonar esos pecados. Y cuando este hijo de Dios verdaderamente ha aprendido a conocer, y regocijarse en, la superabundante gracia de Dios en Cristo, gustosamente también enmendará su vida, y seriamente luchará para agradar a Dios. Examínate, en cuanto a si estas tres cosas se encuentran en ti. Si es así, aunque sea en una medida pequeña, – porque todavía tienes el malvado viejo Adán, – luego ve a la Santa Cena, y allí otra vez recibe la seguridad de la gracia de Dios. Eso te fortalecerá espiritualmente.

Oración: Mi querido Padre celestial, sé que todavía me amas como tuyo, aunque se combinen contra mí el mundo, el pecado y el infierno. Concédeme tu Espíritu Santo, para que con arrepentimiento de corazón por mis pecados, con verdadera fe en mi Salvador Jesucristo, y con el sincero propósito de enmendar de aquí en adelante mi vida pecaminosa, pueda venir a tu Cena de misericordia. Y luego concédeme todas las bendiciones que por medio de tu palabra has puesto como los tesoros de este sacramento. Amén.

Creo; ayuda mi incredulidad. Marcos 9:24

La fe, la fe del pobre pecador en su Salvador Jesucristo, constituye la única y verdadera dignidad al presentarse en la Santa Cena, ¿pero qué tal aquellos cuya fe es débil? ¿Pueden ellos acercarse a la mesa del Señor? – ¿Quién es el que es llamado débil en la fe? Pues, uno que en verdad cree en su Salvador, pero cuya fe falta la fortaleza y cuya vida espiritual, luego, también es débil, pero – nota bien esto – que deplora su debilidad y seriamente desea ser más fuerte, una persona que clama como el padre de ese niño endemoniado, tal vez con lágrimas, y dice: “Señor, creo, ayuda mi incredulidad”. ¿Puede tal persona ir a la Santa Cena? Claro que sí, especialmente él debe participar de la Santa Cena, para que pueda ser fortalecida su débil fe utilizando este medio de gracia. El Salvador se regocija cuando tal persona viene a él para ser ayudado por él. Dice: “al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). Ya Isaías profetizó acerca del Salvador: “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare” (Isaías 42:3). ¿Y no es la persona cuya fe es débil como la caña cascada y el pábilo que humea? El que es débil en fe es tan miserable, y se siente tan indigno y humilde. Pero “comerán los humildes, y serán saciados” (Salmo 22:26). La persona cuya fe es todavía débil es enferma, espiritualmente enferma. La Santa Cena es medicina, medicina espiritual. ¿Debe tomarla? ¡Claro que sí! – ¿No te consuela esto, mi querido cristiano?

Oración: ¿Qué soy yo, mi Señor Jesús? Soy una persona débil, miserable, como la caña cascada, fácilmente zarandeado por el diablo, el mundo y la carne, y mi fe es como el pábilo que humea, no encendida con una llama clara y fuerte. Esto lo reconozco y lo deploro. Y tú quisieras ayudarme y sanarme y fortalecerme. Por eso te doy gracias, Señor Jesús. Y vengo a tu Santa Cena y a ti para ser ayudado y sanado por ti. Amén.

No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos. Mateo 7:6

Estas son las palabras de nuestro bendito Señor. Con “lo santo” también incluye la Santa Cena, que es una de nuestras “perlas”. Con “perros” y “cerdos” indica a los que se conocen como impíos e impenitentes; porque según la manera de los perros y cerdos abusan esta santísima cosa que la misericordia de Dios ha provisto para nosotros los pobres pecadores. ¿No es así? Se debe negar la Cena del Señor a tales personas. – Ellos comerían y beberían juicio para sí mismos en la Santa Cena, son indignos de la Santa Cena y “el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe juicio para sí”, dice el Espíritu Santo. (1 Corintios 11:29). Y cuando el pastor a sabiendas e intencionadamente, por indiferencia, por temor a los hombres, o por amor de ganancia admite a tales personas impías e impenitentes, a la Cena del Señor, abiertamente desobedece el mandato del Señor y lleva sobre sí mismo la maldición de Dios. Y cuando los miembros de la iglesia, por cualquier motivo, exigen que tales personas sean admitidas a la Cena del Señor, están en la misma posición. La Cena del Señor es instituido para los cristianos, para los hijos de Dios, que se arrepienten de sus pecados, creen en Cristo, y están seriamente resueltos, con el auxilio de Dios el Espíritu Santo, de aquí en adelante a enmendar sus vidas pecaminosas. Es bueno y provechoso que cada uno considere esto en su corazón.

Oración: En tu misericordia concede, oh Señor y Salvador, que tu santo sacramento pueda ser considerado sagrado entre nosotros y ser usado para el bien de nuestra alma, y para que no sea echado ante perros y cerdos. Concédeme a mí y a todos los sinceros cristianos gracia para llegar al verdadero conocimiento de tu voluntad y meditarla bien en el corazón. Permite que tu digno sacramento sea entre nosotros lo que tu misericordia ha diseñado, una mesa en donde se da comida y bebida saludable a pecadores pobres y llenos de dolor que ponen su confianza en ti. Amén.

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Hechos 2:42

A los heterodoxos, o sea, a los que se desvían de la palabra de Dios en muchos puntos de la doctrina cristiana y creen y profesan la doctrina falsa, por tanto, a las personas quienes a causa de tales falsas doctrinas se han separado de la iglesia ortodoxa, o que quisieran mantener y enseñar la falsa doctrina dentro de la iglesia ortodoxa – a tales personas tenemos que negar la Cena del Señor, y tampoco debemos participar de la Cena del Señor en las iglesias que enseñan doctrinas falsas. ¿Por qué no? ¿Es porque tenemos que condenar a toda persona que tenga doctrinas falsas? ¡De ningún modo! Sabemos y nos regocijamos de que aún entre los heterodoxos Dios tiene a hijos queridos, almas que verdaderamente creen en Jesucristo, pero que no están conscientes del hecho de que se han apartado de, y contradicen la palabra de Dios con su falsa doctrina. ¿Por qué, entonces, no podemos comulgar en el mismo altar con los heterodoxos? Porque el compañerismo del altar es una manifestación externa y visible de la unidad de la fe y el compañerismo eclesiástico. Los que parten juntos el pan, o sea, los que comulgan juntos, con eso confiesan ante el mundo entero que tienen una fe, una doctrina, una confesión o credo en común, como fue el caso con los primeros cristianos, de quienes habla nuestro texto. Practicar el compañerismo del altar – y, en general el compañerismo eclesiástico – con los heterodoxos querría decir entregar lo que es santo y nuestras perlas y reconocer como verdadera y recta la doctrina falsa, la cual debemos de corazón rechazar y condenar, porque se opone a la palabra salvadora de Dios.

Oración: Señor Jesucristo, ¡cómo está rota tu iglesia cristiana por la falsa doctrina, el sectarismo, y las doctrinas contrarias a tu palabra. Señor Jesús, te doy gracias, que aún así sostienes a tus cristianos, a tus verdaderos discípulos, que creen en ti, y son salvos, aún en medio de tan variado y tan fuerte engaño. También te doy gracias porque me has concedido la gracia de conocer la verdad. Dame, te ruego, tu Espíritu Santo, para que a pesar de todo desprecio y calumnia pueda adherirme firmemente a tu palabra, y guárdame contra cada unión con la doctrina falsa. Amén.

Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Mateo 5:23,24

Supongamos que por un pecado que has cometido o por lo que ha aparecido como tal, has dado ofensa a uno o más o a todos tus hermanos en la congregación, de tal forma que tendrían razón en pensar que todavía eres impenitente, y, posiblemente por tu mal ejemplo hayas causado a los cristianos débiles a ser llevados al error. ¿Qué debes hacer, entonces, si quisieras mostrarte un verdadero cristiano? Al instante, con rapidez, con prisa, con ánimo y voluntad has de desquitar esta ofensa. ¿Y cómo debes hacerlo? Debes decir a todos los que conocen el asunto que de corazón sientes lo que has hecho, y que humildemente buscas consuelo en la gracia de Dios, y con la ayuda de Dios quieres enmendar tus caminos. Y no debes ir a la Santa Cena, ni tampoco debe permitirte tu pastor comulgar, hasta que lo hayas hecho. La ofensa sería mucho mayor si fueras a la Santa Cena antes de hacer esto. Dios quiere que primero quites de esta manera la ofensa. Ve lo que dice nuestro texto al principio de nuestra devoción. Ninguna ofrenda, ninguna oración, nada que puedas hacer, ni mucho menos participar en la Santa Cena, es aceptado por el Señor a menos que quites la ofensa que has dado. Pero un verdadero hijo de Dios que sinceramente se arrepiente de su pecado ciertamente está contento y tiene la voluntad de quitar la ofensa que haya dado por su pecado.

Oración: Señor Jesús, soy tuyo. Guárdame del pecado. Ya que soy tuyo, soy tu testigo que debe también proclamarte en palabra y obra, para que yo también edifique tu iglesia cristiana. Misericordiosamente guárdame contra tal ofensa a los demás. Y cuando, por razón de la debilidad de mi carne depravada y las tentaciones del espíritu maligno, haya dado alguna ofensa, ayúdame por tu Espíritu Santo a arrepentirme inmediatamente y quitar la ofensa. Y luego asegúrame de tu gracia por medio de tu santo sacramento. Amén.

Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. 1 Corintios 11:28

Conoces esta palabra de la Escritura. El cristiano debe examinarse antes de ir a la Cena del Señor para ver si está en la fe y por tanto recibirá dignamente este sacramento. Por esa razón no debemos dar este sacramento a los que no pueden examinarse, por ejemplo, no podemos darlo a aquellos que no tienen suficiente conocimiento de la palabra de Dios para examinarse. Primero deben ser instruidos en la palabra. Tampoco debemos admitir a los niños pequeños a este sacramento, porque aunque por medio del bautismo han sido unidos con Cristo en la fe, sin embargo no tienen suficiente entendimiento de la palabra de Dios para poder examinarse.

Deben ser instruidos en la palabra de Dios tan pronto como sea posible, y cuando hayan llegado a una madurez espiritual satisfactoria, debe dárseles la Cena del Señor. Por eso tenemos en nuestras iglesias la costumbre antigua de la confirmación. En ella los niños que han sido instruidos, públicamente, en presencia de la congregación, confiesan su fe, confiesan que se adhieren fielmente a la iglesia de la verdadera fe, y luego reciben el santo sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo. Tampoco se debe dar la Santa Cena a los enfermos que estén inconscientes, ni a los enfermos mentales que no sean capaces de examinarse. Pero en todo esto no debemos olvidar que el Consolador, el Espíritu Santo, seguramente sostiene la luz de la fe en sus corazones y les hace participantes de la salvación si no han sido incrédulos. Y ahora, mí querido cristiano, examínate para ver si eres un pobre pecador penitente que crees en tu Salvador y estás dispuesto a servirle, y luego acércate a la mesa del Señor, en donde recibes tan completa y gloriosa seguridad de la gracia de Dios.

Oración: Ayúdame, Señor Dios, para que yo, un pobre pecador, pueda sinceramente arrepentirme de mis pecados, encontrar verdadero consuelo en tu mérito, desear enmendar mi vida, y así en todo tiempo, hasta el fin, recibir la seguridad de tu gracia que tu santo sacramento tan abundantemente me ofrece. Amén.